16 GEOGRAFÍA PARA EL SIGLO XXI SERIE: LIBROS DE INVESTIGACIÓN

Geografía e historia en Iberoamérica: síntesis de su evolución y consideraciones contemporáneas

Gustavo G. Garza Merodio

Gabriela Dalla Corte Caballero

(Coordinadores)

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

IG INSTITUTO DE GEOGRAFÍA UNAM

Geografía e historia en Iberoamérica: síntesis de su evolución y consideraciones contemporáneas

Gustavo G. Garza Merodio
Gabriela Dalla Corte Caballero
(Coordinadores)

México, 2015

Geografía e historia en Iberoamérica: síntesis de su evolución y consideraciones contemporáneas / Coordinadores Gustavo G. Garza Merodio, Gabriela Dalla Corte Caballero. – México: UNAM, Instituto de Geografía, 2015
144 p., : 22 cm. – (Geografía para el siglo XXI, Libros de investigación: 16)
Incluye bibliografía
ISBN: 970-32-2976-X (Obra general)
ISBN: 978-607-02-7433-6

1. Geografía – Historia – América Latina 2. Geografía – Historia – España 3. Historia – América Latina 4. Historia – España I. Garza Merodio, G. Gustavo, coord. II. Corte Caballero – Gabriela, coord. III. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Geografía. IV. Ser.

Geografía e historia en Iberoamérica: síntesis de su evolución y consideraciones contemporáneas

Primera edición, octubre de 2015

D.R. © 2015 Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria
Coyoacán, 04510
México, D. F.
Instituto de Geografía
www.unam.mx
www.igg.unam.mx

Prohibida la reproducción parcial o total
por cualquier medio, sin la autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales.

La presente publicación presenta los resultados de una investigación científica
y contó con dictámenes de expertos externos, de acuerdo con las normas
editoriales del Instituto de Geografía.

Geografía para el siglo XXI
Serie Libros de Investigación
ISBN (Obra general): 970-32-2976-X
ISBN: 978-607-02-7433-6

Impreso y hecho en México

Contenido

Introducción..... 9
Gustavo G. Garza Merodio
y Gabriela Dalla Corte Caballero

Primera parte. Geografía e historia en Iberoamérica
(siglos XIX al XXI)

Capítulo 1. Los geógrafos iberoamericanos y la historia..... 17
Gustavo G. Garza Merodio

Capítulo 2. Los historiadores iberoamericanos y la geografía..... 33
Gabriela Dalla Corte Caballero
y Gustavo G. Garza Merodio

Segunda parte. Geografía e historia: dos propuestas
a partir del giro cultural

Capítulo 3. En el espejo de Heródoto..... 51
–Geografía cultural e Historiografía–
Federico Fernández Christlieb

Capítulo 4. Percepción europea y realidad americana:..... 67
México y Perú en la cartografía del siglo XVI
Raquel Urroz Kanán

Tercera parte. Geografía histórica y geografía cultural en el estudio del paisaje, el territorio y la urbe en Iberoamérica

Capítulo 5. Geografía histórica y la construcción del paisaje y organización del territorio hispanoamericano: urbes hispanas y 'pueblos de indios' 95
Gustavo G. Garza Merodio

Capítulo 6. La Oaxaca de todos, una mirada desde la geografía cultural 111
José Omar Peral Garibay

Conclusiones 127
Gustavo G. Garza Merodio
y Gabriela Dalla Corte Caballero

Introducción

Gustavo G. Garza Merodio
Instituto de Geografía
Universidasd Nacional Autónoma de México

Gabriela Dalla Corte Caballero
Universitat de Barcelona

En el sistemático, sistémico y estructuralista panorama científico preponderante durante la primacía del pensamiento positivista y neopositivista, el diálogo entre disciplinas era algo que resultaba innecesario, ante un esquema de análisis que daba prioridad a la endogamia disciplinar.[1] En la actualidad la cultura interdisciplinaria permea buena parte del quehacer científico en lo social: apertura epistemológica que también se nutrió de un entender procesos y particularidades de lo socioeconómico a través del matiz de la diversidad cultural y la identidad, así como del análisis del discurso y de la construcción y deconstrucción del espacio. En general, el establecimiento del diálogo interdisciplinar ha sido difícil de lograr. En particular, la vinculación entre la geografía y la historia ha sido una preocupación de antaño en las literaturas anglosajona y francesa. Escuelas que en las últimas décadas, han dedicado buena parte de sus esfuerzos a demostrar la gran cantidad de interrelaciones que permean tanto a las subdisciplinas geográficas e históricas, como a otras del ámbito social. En estos ejercicios interdisciplinarios también ha ocupado un lugar relevante la integración del conocimiento social con el físico-biológico. Estas últimas interrelaciones, desde posiciones teóricas y metodológicas más estructurales o naturalistas, no han sido consideradas como parte del diálogo entre la geografía y la historia, y mucho menos como parte esencial del quehacer de la geografía histórica o la geografía cultural.

[1] Alan Baker (2003:17) nos recuerda a través de la obra de H. B. George, *The Relations of Geography and History* publicada en 1901, que en los tiempos de la consolidación del pensamiento positivista, la extrema especialización aún no existía y se reconocía la necesaria influencia de cierta disciplina en la definición de otra.

Obligados marcos de referencia en la geografía y la historia, los aportes de los ámbitos anglo y galo, no necesariamente incluyen posibilidades de análisis que se fundamenten en las particularidades físico-biológicas, culturales, socioeconómicas y políticas de Iberoamérica.[2] En este sentido, se piensa que un rompimiento civilizatorio como el ocurrido desde hace cinco siglos, el esquema urbano-territorial impuesto y la resistencia de los espacios indígenas y campesinos hacen necesaria una revisión de lo que entendemos por geografía e historia desde 'occidente', así como la forma de vincularlas. La primacía económica, política y cultural de 'occidente', debe evidenciarse en los ámbitos del conocimiento, y en este proceso es primordial pormenorizar los valores y jerarquías que del orbe ha hecho el orden europeo desde fines del siglo XV.

El conocimiento científico[3] que solemos considerar un valor universal, se ha fincado en buena medida, en la exaltación de las instituciones civiles y religiosas europeas, dicha visión de la ciencia, cabe revisarse desde la geografía y la historia a través de las lecturas actuales y pretéritas que del espacio y el territorio han hecho tradiciones culturales ajenas al pensamiento de 'occidente'. Lecturas que a nuestro entender, ya llegan tamizadas por la aversión, el desdén o la incomprensión de quien transcribió la oralidad del 'salvaje', o la escritura del 'otro'. En Iberoamérica, ha habido avances desde la historia o la antropología por separado y de manera conjunta, en la explicación del pensamiento, organización política y prioridades económicas y de apropiación de los recursos desde las visiones indígena, campesina y de influencia africana. Sin embargo, en el análisis de estos

[2] La utilización del término Iberoamérica, obedece a que la definición de este subcontinente como América Latina, es aún más ajena e imprecisa a los pueblos iberoamericanos y a su vez resulta más eurocentrista, ya que hace referencia a una tradición cultural del continente y no a los caducos y decadentes reinos que España y Portugal ya eran para el siglo XVIII. Siendo que la existencia de Haití fue un perfecto pretexto para que Francia promoviera el uso del término América Latina, lo que le asignaba un papel relevante en el devenir de las Américas, en una época en que su influencia intelectual, económica y militar solo era eclipsada por la Gran Bretaña. Por su parte, Cecilia Sánchez (2009:31) argumenta que existía en el siglo XIX la idea de una unidad latina que haría frente al expansionismo norteamericano. La viabilidad de esta alianza latina quedó en entredicho a raíz de la intervención francesa en México. Asimismo, cabe recordar que desde la geografía, Joan Vilá insistió desde la década de 1960 en la utilización del término Iberoamérica (Panadero, 2005:20).

[3] Una de las críticas mejor fundamentadas con respecto a lo que entendemos por ciencia social, es la lograda por Boaventura de Sousa Santos (2009:41-46), quien se ha distinguido por argumentar en contra de la tradicional dicotomía entre ciencia social y ciencia natural, la cual ha actuado en detrimento del conocimiento social. Dicotomía que ha sido una limitante en la construcción teórica de la geografía, al ser la única ciencia social que se ve directamente en la necesidad de incluir en sus discursos los medios físico y biológico.

discursos, la geografía iberoamericana aún tiene un largo camino por recorrer, para logar afianzar su presencia. Labor a futuro, en la que el conocimiento geográfico tiene a su favor en lo teórico, la vigencia de los epistemes que pregonan por un entendimiento espacial de lo social y por una posición prioritaria de las determinantes culturales en sus análisis.

En los retos por venir, la geografía iberoamericana debe prestar especial atención a los acontecimientos del largo siglo XVI (en el caso del Río de la Plata y otras áreas se trata en realidad de una colonización dieciochesca), con sus muy diversas etapas de actuación y preminencia europea, así como a la gestación y ocupación del territorio por parte de los nacientes Estados-nación del siglo XIX. Esto debido a que la primera etapa, es la base sicosocial de las identidades contemporáneas y precursora en la construcción contemporánea del espacio, la organización del territorio y la transformación del paisaje. Mientras que en la segunda etapa, se aglutinaron identidades regionales y se forjó el imaginario de lo nacional, a la par que se integraban o se destruían comunidades originarias o en resistencia.

Al análisis de las tendencias y prioridades sistémicas, en el quehacer historiográfico, así como de los discursos científicos y políticos, en la gestación del Estado-nación iberoamericano, se debe dar prioridad a la vez, a la consolidación del español y el portugués como lenguas nacionales, en detrimento de las lenguas amerindias, en particular de las que habían funcionado como lenguas francas desde el siglo XVI, primordialmente el guaraní, el quechua, el aymara, el maya peninsular y el náhuatl. El antagonismo hacia lo indígena o el campesinado autónomo, como traba primordial, ya al 'progreso' económico, ya a la integración territorial de la nación, se justificó desde discursos científicos o políticos, y en la práctica, por medio de sendas campañas de colonización con gente de origen europeo. Muchas de estas campañas funcionaron, otras tantas fueron rotundos fracasos ante lo adverso de algunos climas o las limitantes técnicas y de abastecimiento.

Una vez expuesto lo que creemos deben ser las prioridades del pensamiento geográfico a futuro, en el análisis de la evolución socioeconómica, política y cultural de Iberoamérica pensamos necesario ahondar sobre la práctica historiográfica que nos orienta. En primera instancia, reconociendo que en todo ejercicio historiográfico subyace algún tipo de carga ideológica, ya de origen metafísico, ya consecuencia de un discurso político, praxis que a su vez, es resultado de la interpretación subjetiva de un determinado proceso social, como dice Michel de Certeau (2010:35), se trata de una historicidad de la historia: esta tesis resulta vital a las interpretaciones contemporáneas en las ciencias sociales, en las que prima el análisis del discurso utilizado y la finalidad explícita o implícita del mismo. Se

trata de discursos en los que el científico social, difícilmente puede desprenderse de las determinantes culturales y socioeconómicas que le son propias, y las cuales son primordialmente resultado del papel asignado a su área de formación y producción dentro del sistema mundo. A lo largo de esta obra, nos apoyamos en esta definición del capitalismo, propuesta ya hace décadas por Immanuel Wallerstein (2011), la cual define el estado embrionario que este sistema comportaba en el momento de la expansión europea de fines de los siglos XV y XVI. Se reconoce que bajo el esquema positivista, e incluso marxista, las prioridades de análisis del capitalismo se basaban en las relaciones económicas y en menor medida políticas, no obstante que es indispensable reconocer el carácter cultural de este sistema, cuya imposición se ha logrado en buena medida, por medio de la extinción de cientos de cosmovisiones y lenguas.

Otra cuestión que nos resulta de vital importancia, es el proponer ejercicios historiográficos que no se basan en cortes sincrónicos y periodizaciones rígidas. En este sentido, cabe destacar que en nuestra propia experiencia desde la geografía, hemos observado cómo la transformación del espacio, o la organización del territorio, se manifiestan más allá de periodizaciones o cortes sincrónicos, propios de la historiografía tradicional. Ejemplo de ello es la mínima trascendencia que implicó la emancipación política de Iberoamérica, en términos de transformaciones en el paisaje, o cómo las guerras civiles, tuvieron marcadas diferencias regionales y temporales en la organización del territorio.

Después de haber enunciado lo que se entiende por quehacer historiográfico, y haber destacado el papel que la geografía guarda en la ciencia social contemporánea, pasaremos a examinar lo que por lo general, ha sido la consideración de la historia desde la geografía. Esta vinculación resulta bastante desalentadora, en tanto que buena parte de la comunidad geográfica, ni siquiera se plantea la necesidad de recurrir al análisis histórico; para Leonard Guelke (1982:ix), esto obedece a la orientación generalizadora y anti-ideográfica con que se identifican a la fecha, las disgregadas escuelas geográficas entre sociales, humanas, físicas, ambientales, y quien sabe, cuantas denominaciones más. Un común denominador en todas estas vertientes del conocimiento geográfico, es la escasa discusión sobre el papel actual de la geografía dentro de la ciencia social y el discurso positivista y neopositivista que predomina en su configuración académico-administrativa. Leonard Guelke agrega, en las mismas páginas arriba citadas, que incluso antes del triunfo del punto de vista social en la geografía, y a pesar de que muchos geógrafos defendían la idea de que su disciplina estudiaba regiones únicas, sus principios teóricos y metodológicos dejaban poco espacio para la inclusión del análisis histórico.

El desgastado discurso de algunos enfoques de la geografía sobre el análisis de la relación sociedad-medio y la región, se debe en buena medida a la exclusión del conocimiento historiográfico en sus análisis y discursos. Ello implica que los geógrafos carezcan, por lo general, de sustentos filosóficos en su aproximación a la relación sociedad-medio y en la definición de la región. En este punto, cabe destacar lo poco que se aprecia a la geografía histórica dentro del conjunto de la geografía. Con la idea de aportar posibilidades teórico-metodológicas que promuevan el papel que la geografía histórica puede y debe tener en la integración y renovación del conocimiento geográfico, se concibió este trabajo colectivo, teniendo en cuenta que le es indispensable a la geografía histórica esclarecer tanto el papel que en ella juega la evolución del pensamiento historiográfico, como su definición desde parcelas socioeconómicas y culturales ajenas a los centros hegemónicos de poder intelectual y tecnológico.

Para dar respuesta a las inquietudes planteadas con anterioridad, pensamos necesario, en primera instancia, llevar a cabo la revisión y reconocimiento de lo logrado a la fecha desde Iberoamérica en lo tocante a la vinculación de la geografía y la historia. El estudio de estos aportes se propone en dos sentidos, primero, lo que los geógrafos iberoamericanos han hecho suyo de la historia, resumen que nos presenta el geógrafo Gustavo Garza, para enseguida revisar la vertiente opuesta; lo que los historiadores iberoamericanos han utilizado del pensamiento geográfico a través de las propuestas del autor antes mencionado y la historiadora Gabriela Dalla Corte.

Después de hecha una sucinta revisión de lo que ha sido la relación de las disciplinas geográfica e histórica en Iberoamérica, se busca en la segunda parte de esta obra, proponer elementos de estudio que brinden pautas a seguir en el esclarecimiento de procesos espaciales en Iberoamérica, por medio de experiencias contemporáneas desde la geografía y la historia, en las que se da prioridad al análisis de las variables culturales, así como a la configuración teórica del investigador en campo y gabinete, de los discursos preponderantes y marginales y del uso amplio y crítico de las corrientes historiográficas desde la geografía. En todo ello, agradecemos los originales aportes del reconocido geógrafo Federico Fernández y de la historiadora Raquel Urroz. En cuanto al aporte del primer autor, cabe resaltar su profundo carácter teórico, al tratar sobre el carácter integrador del concepto paisaje, y su lectura, como fuente primaria de los ejercicios historiográficos. En ello recupera concepciones primarias de la geografía y la historia, ejemplificando con la obra de Heródoto.

En la tercera parte, se presentan dos ejemplos actuales de los frutos que pueden lograrse desde una geografía, que ha abrevado con detenimiento y capacidad

analítica en las profundas y complejas aguas de la historiografía, y que a su vez, se reconoce en las propuestas contemporáneas sobre la inclusión de las cuestiones culturales. Así, Gustavo Garza nos propone una revisión de las bases territoriales de Iberoamérica, con los ejemplos de lo acontecido en los virreinatos de la Nueva España y el Perú como focos culturales y políticos, dejando a un lado las visiones predominantes hasta nuestros días, en las que el devenir iberoamericano, tanto en lo socioeconómico y político como en lo territorial, ha sido explicado por una lógica imperial y eurocentrista. Por último, Omar Peral, nos brinda la posibilidad de abordar el patrimonio cultural desde las tendencias actuales en geografía cultural a través del caso de la ciudad de Oaxaca.

Primera parte. Geografía e historia en Iberoamérica (siglos XIX al XXI)

Capítulo 1. Los geógrafos iberoamericanos y la historia

Gustavo G. Garza Merodio
Instituto de Geografía
Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción

Este capítulo busca evidenciar cómo hasta nuestros días, la mayor parte de la práctica geográfica en Iberoamérica, carece de una vinculación profunda, mucho menos objetiva o crítica, con respecto al conocimiento generado por la historiografía, situación que no es ajena a la mayor parte de la actividad geográfica a escala global, la cual se ha conducido en lo general, bajo parámetros de aislamiento disciplinar. Sin embargo, para el común de la gente y los ámbitos académicos, siempre se ha considerado que estos dos campos del conocimiento son próximos. Incluso la enseñanza de la geografía en centros universitarios en Iberoamérica fue realizada en primera instancia por historiadores, quienes solían presentarla como telón de fondo del devenir humano.

En Iberoamérica, los discursos nacionalistas y la justificación de los paradigmas que sustentan la creación de los Estados nacionales, se han apoyado en paradigmas acríticos y ahistóricos de fuerte carga positivista, tanto en geografía como en historia. Asimismo, ni las sociedades científicas (algunas de ellas constituidas durante el siglo XIX), ni la academia universitaria, han propugnado por la vinculación de la geografía y la historia como base de sus construcciones teóricas y metodológicas. Estas visiones predominantes de los quehaceres geográfico e historiográfico en poco coadyuvaron a la construcción teórica de lo social, mientras que permanecieron ceñidas a un entendimiento de la evolución humana en el que predominaba el análisis de la cultura material, sin que se sopesaran ideologías, subjetividades y escalas de acción e intereses de actores económicos y políticos (Guelke, 1997:234).

Este acartonado y limitado conocimiento científico de lo social fue adoptado por la academia iberoamericana, y sus rígidos y deterministas enfoques siguen justificando discursos eurocentristas, verticales en lo socioeconómico y

cultural, así como exclusivamente masculinos en el estudio del tiempo y el espacio iberoamericano. Para Perla Zusman (2012:67) es fundamental analizar las formas en que las tendencias académicas a escala nacional se articulan con las relaciones académicas transnacionales, ya que esto permite entender de manera más amplia las formas en que los procesos de producción, circulación, difusión y recepción de ideas, se alojan en los diversos países y comunidades científicas. Zusman acota asimismo, que este tipo de análisis permite discernir los procesos de transculturación en la ciencia, labor particularmente trascendente en Iberoamérica, dadas las condiciones socioeconómicas y culturales, que la han caracterizado desde su inserción en el sistema mundo. Cabe señalarse, que entre más débil sea una comunidad científica, con mayor dificultad podrá generar los cuerpos teóricos que le permitan generar discursos críticos y propios.

La revisión de la forma en que las diversas disciplinas científicas se han insertado y desarrollado en Iberoamérica, está todavía por escribirse. En el caso de la geografía, su tradicional división en física y humana ha sido un factor determinante para que perduren aproximaciones mecanicistas y preceptos positivistas hasta principios del siglo XXI. La institucionalización de la geografía en física y 'humana',[4] siguiendo a Carlos Reboratti (2011:26), ha dado lugar a la aparición de unidades académicas diferenciadas en las que en la mayor parte de las veces, conviven personas que "se autodenominan geógrafos", unos ejerciendo labores propias de las ciencias exactas y otros haciendo ciencia social, siendo por lo general, prácticamente inexistente la interlocución entre ambos.

En Iberoamérica, tres países cuentan con tradiciones geográficas sólidas, tanto en lo físico-biológico, como en lo socioeconómico: Argentina, Brasil y México. Asimismo, estos tres eran a principios de la década de 2010, los que en Iberoamérica presentaban el mayor número de departamentos y programas de posgrado en geografía (Palacio, 2011:163). Países como Chile, Uruguay, Colombia, Venezuela, Panamá, Costa Rica o Cuba, cuentan con importantes aportes en materia geográfica, pero en su quehacer predominan los trabajos fisiográficos, la labor cartográfica o el ordenamiento territorial, lo que aleja a la mayor parte de sus aportes de las discusiones teóricas y por ende, del debate interdisciplinar. Cabe recordar, que la geografía iberoamericana, hasta casi fines del siglo XX, ha sido en lo fundamental cuantitativa y regional, todas tradiciones primordialmente adaptadas y adoptadas de las escuelas anglófonas y francesa.

[4] El concepto de geografía humana cabe ser revisado, en tanto que pertenece al esquema de pensamiento positivista, tanto determinista como posibilista, que en poco invitó al diálogo entre lo biofísico y lo social.

Ante lo expuesto hasta aquí, se plantea ahora revisar el devenir de la práctica geográfica contemporánea en Iberoamérica, poniendo especial atención a la ausencia que a la fecha ha predominado de conceptos y corrientes provenientes de la historiografía, para después reconocer las consecuencias en la geografía iberoamericana, tanto del giro cultural o lingüístico en las ciencias sociales, como la inclusión del espacio en los debates teóricos pospositivistas, Se propone por último, la revisión de algunas experiencias contemporáneas desde la geografía en Iberoamérica, en las que ha primado tanto un análisis historiográfico profundo, como la vinculación de la geografía histórica con la geografía cultural.

La práctica geográfica iberoamericana y la historiografía

Como ya se ha mencionado, en Iberoamérica ha predominado una geografía dominada por cuestiones técnicas, cartográficas y de ordenamiento territorial, prácticas de fuerte raigambre positivista y utilitaria. Estas aproximaciones, en las que la tajante división entre geografía física y social es una constante, y una explicación de las formas en que el espacio es producido social e históricamente se encuentra casi siempre ausente. Verónica Ibarra (2005:49) sintetizó a mediados de la década pasada, los desacuerdos de Milton Santos con respecto a las formas de hacer geografía al sur del río Bravo: *a)* su corte causal; *b)* la sempiterna dicotomía sociedad-medio; *c)* el reduccionismo en el juego de escalas; *d)* no tomar en cuenta la división social del trabajo; *e)* la ausencia de lo procesual, y *f)* primordialmente el no enfocarse a la categoría primordial de análisis de la geografía, el espacio. Este resumen que nos habla de una geografía en la que el espacio, ni es producido socialmente, ni en él, urbes, periurbanos y entornos rurales tienen asignado un papel y rango dentro del sistema mundo. El permanecer ajeno a cuestiones teóricas y críticas puede resultar a la vez conveniente, si se quiere permanecer ajeno a temas que contravengan los discursos conservadores y oligárquicos, y que exhiban las arraigadas verticalidades, en términos económicos, políticos, étnicos y de género, que todavía campean en Iberoamérica.

Estas formas acríticas y ahistóricas de hacer geografía, se resumen en Iberoamérica a través de lo acontecido en Argentina, Brasil y México, desde fines del siglo XIX. Los tres países más extensos de Iberoamérica tienen una historia común en la generación institucional de su pensamiento geográfico, en el que primaron la influencia anglosajna en la consideración cuantitativa de la geografía, y las propuestas de fuerte raigambre posibilista planteadas desde la geografía regional francesa. En el caso de México, la obra de Ángel Bassols Batalla, dio

lugar a una importante escuela regionalista de fuerte carga económica y derivada de la escuela soviética.

Del pensamiento cuantitativo cabe recordarse que era la manera de conducir el análisis del territorio, mientras que de la aproximación regional francesa, no se debe olvidar su marcada tendencia a concebir estructuras y funciones en el entendimiento del espacio, por lo que a pesar de tomar en cuenta cuestiones históricas en la definición de las regiones, solían ser construcciones teóricas parciales al no tomarse en cuenta cuestiones ideológicas, culturales y políticas de la región bajo escrutinio.

En Argentina, de acuerdo con Guillermo Cicalese (2012:38), la escuela regional fue dominante durante muchos años y su inamovilidad en conceptos, obedeció en lo fundamental a dos razones:

> por un lado poderosas condicionantes de corte ideológico que bloquearon la posibilidad de innovación en la comunidad, y por el otro, sistemas estructurales de investigación que se mantuvieron por un tiempo prolongado en un estado muy limitado. Se generaron resistencias a cambios en instituciones tradicionales y desconfianza ante determinadas ideas, además de un ámbito poco propenso a perspectivas alternativas e inercia en cuanto a las fórmulas probadas.

Asimismo, este autor reconoce que dicha situación se mantuvo hasta bien entrada la década de 1980. En este sentido, cabe recalcar el papel que jugaron en la evolución de la docencia y la academia en general, las irrupciones al poder por parte de los militares en la Argentina desde la década de 1930, lo que implicó un mayor control ideológico de las universidades y centros de investigación.

Por otra parte, en el caso de la Argentina, a la noción de lo que la geografía debía ser (fundada al igual que en Brasil y México, en las ideas descriptivas del siglo XIX, el posibilismo y unas cuantas cucharadas de neopositivismo), se le dio un mayor peso a la idea del territorio del Estado, como acicate primordial en la construcción de lo nacional. Esto, posiblemente, como consecuencia del enfrentamiento de Buenos Aires con las Provincias Unidas y la denominada 'conquista del Desierto', procesos de la construcción territorial del Estado que no tuvieron parangón en las naciones mexicana ni brasileña. En ambos casos, la primacía política y urbana de la Ciudad de México o Río de Janeiro, no fue puesta en tela de juicio sino hasta el siglo XX, y la ocupación de 'espacios vacíos' no es tan relevante desde el altiplano mexicano o el litoral brasileño, áreas ya relativamente ocupadas al ocurrir los procesos de independencia. Así mismo, estas zonas ya eran crisoles de identidades y alteridades de estos países, mientras que en la futura Argentina,

éstos se desarrollaban de manera independiente en Córdoba, El Cuyo y el noroeste con respecto al hinterland de Buenos Aires y los puertos fluviales.

Para Luis Alberto Romero (2004:79-80), la geografía descriptiva que en el siglo XIX se popularizó en la literatura comercial y en los sistemas educativos:

> ha venido ofreciendo representaciones de los otros sociales mediante representaciones de los otros espaciales. Estas representaciones, ancladas en un etnocentrismo nacional, han concebido a los estados nacionales como entidades socioespaciales que se convierten en alteridades significativas para construir la propia identidad." El mismo Romero (*Op. cit.*:90-91)

rescata de los años sesenta y setenta, la labor de Elena Chiozza y sus jóvenes colaboradores, quienes propusieron por aquel entonces interpretaciones de corte regional que incluían procesos históricos y estructuras socioeconómicas, aporte que no pudo abatir en la Argentina, la primacía de la geopolítica y las formas tradicionales de abordar a la región. Iberoamérica, en su conjunto, hubo de esperar a la década de 1990 para que nuevas propuestas comenzaran a resquebrajar de manera contundente los paradigmas posibilistas y neopositivistas.

Hacia 1970, en el Brasil ya habían surgido sendas escuelas geográficas, la más antigua producto de la influencia de la escuela regional francesa, que desde la década de 1930 había sentado bases tanto en la universidad de São Paulo, como en la Universidad del Brasil con sede en Río de Janeiro. En esta última, fue aún más pertinaz la influencia de la geografía cuantitativa anglosajona. Al igual que en la Argentina, los gobiernos militares impusieron en la medida de sus posibilidades, barreras al desarrollo de las ciencias sociales. Voces y plumas, entre las que destacó un joven, Milton Santos, radicado en París y discípulo de Pierre Monbeig y Pierre George (Caviedes, 2005:44).

A la fecha, la obra de Milton Santos no ha sido superada en profundidad y difusión en Iberoamérica. Su preocupación por la vinculación de la geografía con la historia la hizo evidente, tanto en sus trabajos escritos, como en los eventos académicos en que participó. Para Santos (1988:57):

> El geógrafo se vuelve un empirista, y está condenado a errar en sus análisis, si solamente considera al lugar, como si todo se explicara por sí mismo, y no la historia de las relaciones, de los objetos sobre los cuales se dan las acciones humanas, ya que objetos y relaciones mantienen vínculos dialécticos, donde el objeto acoge las relaciones sociales, y estas impactan los objetos. El geógrafo sería funcionalista si tomase en cuenta sólo la función; y estructuralista si ape-

nas indicase las estructuras, sin reconocer su movimiento histórico o la relación social sin el conocimiento de lo que ha producido...

El geógrafo mexicano Hirineo Martínez (2005:211) rescata la siguiente cita de Milton Santos, en la que nos habla de la relevancia que para el espacio, tiene lo temporal: "… el pasado desde la perspectiva temporal ya no cuenta, está muerto, es el pasado; pero desde la perspectiva espacial, el pasado está vigente, está presente y cuenta." Este dar sentido al tiempo a través de su manifestación espacial, así como las otras propuestas de Santos arriba presentadas, nos hablan de una profunda preocupación por parte de este autor respecto a la vinculación de la geografía con la historia. En el Brasil habrá que esperar a la labor de Antonio Moraes, para tener propuestas más precisas en las temáticas y principios teórico-metodológicos que ayuden a la geografía en sus discernimientos sobre el devenir temporal y las formas de abordarlo.

México, dadas las características políticas del Estado posrevolucionario, presenta una configuración universitaria distinta al resto de Iberoamérica, la cual queda plasmada en el carácter autónomo de la Universidad Nacional desde 1929. Esta facultad dio garantías a la libertad de cátedra, sin que esto significara que el corporativo régimen, institucional y revolucionario a la vez, tratara de inmiscuirse en la vida universitaria. En este relativo orden institucional y libertad académica, la Universidad Nacional en particular y el medio cultural en general, se beneficiaron del exilio español de fines de la década de 1930.

Desafortunadamente, en el ámbito de la geografía, el único intelectual republicano de reconocido prestigio fue Leonardo Martín Echeverría (Panadero, 2005:21), quien desafortunadamente no se integró a la Universidad Nacional, único recinto de enseñanza de la geografía en México hasta la década de 1970. En esta universidad, además de la geografía regional francesa y la geografía cuantitativa anglosajona, el ya mencionado Ángel Bassols Batalla logró fundar y guiar una escuela regional de fuerte corte económico, siguiendo la formación que obtuvo en la Unión Soviética. Por su parte, la geografía cuantitativa utilizada para el estudio del territorio tuvo en el cubano-mexicano Jorge A. Vivó a su reconocido promotor.

La limitada vinculación de la geografía y la historia en México, ha sido en cierta medida subsanada, de acuerdo con Federico Fernández Christlieb (2011:112-113), por historiadores de enorme prestigio nacional e internacional, quienes han desarrollado temas geográficos, más por sus afanes intelectuales, que por un deseo consciente de interactuar con los geógrafos. Cabe destacar entre ellos a Pablo Escalante, Antonio Rubial, José Rubén Romero y Alfredo López Austin de la Universi-

dad Nacional y a Bernardo García Martínez del Colegio de México. Asimismo, Fernández Christlieb insiste en las páginas arriba citadas, sobre el enriquecimiento que la dimensión espacial de la historiografía ha obtenido, gracias al haber incluido en sus debates y tesis, narraciones y descripciones literarias sobre el paisaje, las regiones y los lugares, y cómo estos aportes han redundado a su vez, en nuevas dimensiones de análisis geográfico en las que aproximaciones tradicionales, como la cartografía o la estadística, no han podido penetrar.

Antes de concluir este breve resumen sobre la práctica geográfica en Iberoamérica y su rutinario alejamiento de una profunda y analítica relación con la historia, se piensa necesario ahondar en dos conceptos que han sido medianamente utilizados en nuestro subcontinente y que en primera instancia pareciera que nos hablan de una importante vinculación entre la geografía y la historia: la geopolítica y la geohistoria.

La geopolítica ha sido particularmente practicada al sur de Iberoamérica. En México, la apabullante hegemonía económica y militar norteamericana, y el no tener fronteras con otras naciones iberoamericanas de tamaño territorial y económico similar, son los factores que se cree influyeron en que este concepto no fuese relevante para los geógrafos mexicanos hasta fines del siglo XX. De acuerdo con Luis Alberto Romero (*Ibid.*:86), en Argentina, Brasil y Chile la geopolítica se consolidó durante los años de la Guerra Fría en los ámbitos diplomático y militar. Sin embargo, tal corriente del pensamiento geográfico carece de una construcción histórica crítica y busca en lo primordial justificar tanto el intervencionismo en otros Estados, como la supuesta supremacía racial o la que dicta la posición latitudinal, la abundancia de recursos naturales, las cualidades del relieve continental o de los puertos marítimos. Este discurso determinista sobre las bondades de las latitudes medias y los relieves suaves, amén de la superioridad racial europea, alimentó la idea de supremacía de la Argentina con respecto al estrecho y montañoso Chile, y el tropical Brasil, primacías 'naturalistas' que quedan destruidas ante el mínimo análisis socioeconómico, cultural e histórico que las ponga en tela de juicio.

Por su parte, el concepto de geohistoria acuñado por Fernand Braudel, ha sido profusamente utilizado desde diversas propuestas en Iberoamérica. Pero al consultarse algunos de los trabajos que utilizan este concepto, es notable la falta de identificación con los parámetros expuestos por Braudel, siendo dos las vertientes más comunes desde la geografía iberoamericana; en una, el término geohistoria es utilizado sin que sus parámetros teóricos sean discutidos, asumiendo que se trata de un apócope de geografía histórica, mientras que la otra, manifiesta una clara tendencia estructural en el análisis del territorio o las regiones.

Esta concepción estructuralista del pensamiento braudeliano ha sido criticada por Carlos Aguirre Rojas (1996:45), historiador mexicano, quien argumenta que:

> Aunque a primera vista, la escuela de los *Annales* de la época de Braudel pueden parecer de índole estructuralista, ésta defendió constantemente la visión genética y procesual de los hechos sociales ante la primacía de las estructuras económicas y sociales en la explicación de la historia.

La geografía y el giro cultural y la 'espacialización' de la ciencia social

En la apertura temática y renovada construcción teórica de la geografía a escala global a lo largo de las últimas décadas, han jugado un papel preponderante tanto el denominado giro cultural o lingüístico en las ciencias sociales, como la prioridad que éstas han dado al discernimiento de lo espacial, en busca de respuestas sobre dinámicas y características socioeconómicas, políticas y culturales. Perla Zusman y Gabriela Cecchetto (2012:9) destacan que la preminencia de lo espacial da la posibilidad de poner a la geografía en el centro de los debates epistemológicos contemporáneos de las ciencias sociales, mismas que desdeñaron su relevancia bajo los esquemas neopositivistas del pensamiento científico:

> … mientras por mucho tiempo la Geografía fue descalificada por considerarse un conocimiento demasiado abarcativo o que definía su objeto en el ámbito de la interrelación entre la sociedad o la naturaleza o entre la sociedad y el ambiente, este tipo de propuestas son vistas hoy como un camino que permite superar las dicotomías que atraviesan algunas de las discusiones en Ciencias Sociales.

Por su parte, el denominado giro cultural o lingüístico –véase la compilación realizada por Luis Gerardo Morales (2005) sobre esta definición paralela al giro cultural, la cual hace más evidente el papel que juegan interpretaciones y discursos en la ciencia– comenzó a tomar forma hacia fines de la década de 1980, ante la falta de respuestas por parte de las ciencias sociales, sujetas a los rígidos esquemas de las formas neopositivistas de hacer ciencia. En este renovado quehacer de la ciencia social destacan las propuestas del italiano Carlo Ginzburg (1989), quien criticó a los denominados modelos macrosociales por su explicación basada en la generación de leyes, generalizaciones o regularidades, premisas teóricas de la ciencia positivista que se utilizaban para explicar la realidad social. Para Ginzburg, lo social debe escudriñarse por medio de la recopilación de huellas, rastros

o síntomas, siendo la disciplina histórica primordial en este tipo de labor, ya que se caracteriza por ser irrepetible, singular y cualitativa. La geografía también puede guardar las mismas características, una vez que abandone la finalidad objetiva por la subjetiva y dé prioridad al análisis de la narrativa.

Uno de los aportes más relevantes de esta nueva forma de entender la ciencia en general, es que se reconoce la sujeción de ésta a prioridades económicas o ideológicas. Es decir, que la visión del científico puede ser indirecta, mediatizada y fragmentaria. Uno de los preceptos afectados ante el debilitamiento de los pensamientos absolutos fue el naturalismo científico, lo que condujo a una necesaria revisión de las formas de entendimiento de la relación sociedad-medio y de los discursos 'naturalistas' y 'físicos', quedando la geografía en medio de este debate del cual ha salido medianamente airosa, ante la consolidación de la idea del espacio socialmente construido y el abandono de la idea de una ciencia 'puente' entre lo biofísico y lo social, y de un espacio contenedor de la sociedad, pero ajeno a sus determinantes socioeconómicas, culturales y políticas.

La conjunción de principios analíticos de índole cultural (giro cultural o lingüístico) y cuestiones histórico-territoriales (giro espacial), ha enriquecido las construcciones teórico-metodológicas de las ciencias sociales, y a su vez ha sido particularmente benéfica para el quehacer geográfico, en particular, en la forma de abordar las cuestiones ambientales, al desaparecer las barreras entre el medio y las sociedades que imponían las concepciones naturalistas, posibilistas y neopositivistas. Este renovado análisis de la relación sociedad-medio y la construcción social del espacio, es aún más innovador, tal y como apunta Pere Sunyer (2010:146), al tomar en cuenta las características sociopolíticas y culturales de cada país, e incluso regiones al interior de éstos, como elementos primordiales en la construcción teórica de la ciencia. Esta premisa da lugar a que ciertas perspectivas e intereses temáticos cambien de un país (o región) a otro.

Al interior de la geografía, la contemporánea geografía cultural es la más vigente de sus subdisciplinas en las discusiones sobre el peso del discurso en la ciencia. Para el ya mencionado Federico Fernández Christlieb (2006:220), la geografía cultural es más que un área del conocimiento, es la posibilidad de reconocer el posicionamiento que el investigador tiene con respecto a lo que observa. Otra gran virtud del discurso cultural o lingüístico en la geografía, es el camino que abre en la conjunción de lo físico-biológico y lo social, esto a través de principios como los expuestos por Paul Claval (2001a:11), quien invita a pensar a la cultura no como un solo sector de la vida, sino como parte de todos los dominios de la geografía. Cabe recalcar la necesaria atención que el quehacer geográfico debe dar a las actividades que vulneran tanto al ambiente como al patrimonio

cultural y los derechos de las minorías y colectivos marginales, prestando especial atención a los denominados planes de desarrollo regional o territorial, ante la virulencia que dichos programas, dictados desde la esfera gubernamental o la de los organismos internacionales, suelen mostrar a ras de tierra.

Por otra parte, una de las discusiones más interesante y fructíferas en la solución a problemas de índole espacial, es la consolidación del juego de escalas. Las formas posibilistas y neopositivistas en geografía solían conducir sus labores a una sola escala, como sabemos bien, la favorita era la regional, sin incluir actores económicos, sociales o ideológicos desde sus diversas esferas de actuación: global, subcontinental, nacional, regional o local. Esta disgregación permite identificar los procesos en el espacio, a partir de la asignación que el sistema mundo otorga a un espacio determinado por medio de las diversas escalas de intervención. Otra vertiente en la cuestión de las escalas, es la explicación del arriba citado Paul Claval (*Ibid*.:34) sobre el cambio de escalas de análisis entre la geografía cultural de antaño y la contemporánea, aduciendo que ante la imposibilidad de aprehender la cultura china o la árabe, se debe facilitar la labor observando cómo se construyen las categorías utilizadas por un grupo particular en un ambiente dado. Así, al desprenderse de los modelos macroeconómicos y macrosociales, la geografía en su conjunto se revitalizó, habiendo jugado en ello un papel fundamental las renovadas propuestas con respecto al concepto de paisaje, el cual pasó de ser estructura y conjunción de elementos físicos, para convertirse en posibilidad analítica que da la misma prioridad a lo abiótico y lo biótico que a la presencia física de lo antrópico, así como a las causas subyacentes que lo generan. Cabe reiterar que dichas causas subyacentes son reconocidas en propuestas contemporáneas sobre paisaje, en sus diversas escalas de actuación.

Por último, es necesario señalar que la geografía cultural ha obtenido sin duda, mayores logros y difusión que la geografía histórica en el mundo en general, pero esta ausencia es aún más pronunciada en Iberoamérica. Parte de esta limitante es consecuencia de la cantidad de recursos para investigación y docencia, así como para fuentes de difusión que se dedican a la historia ambiental, campo consolidado destacadamente en Europa central y septentrional, así como en Norteamérica, que se avoca a la construcción de paradigmas sobre la evolución del medio en duraciones prolongadas, en las que estudios meramente físicos o biológicos o recuentos físico-mecánicos de la actividad humana son presentados como parte de la historia sin mayores consideraciones teóricas, siendo que la mayoría de estas propuestas no incluyeron análisis hechos desde la geografía histórica, institucionalizada desde los tiempos de Carl Sauer (Rucinque y Velázquez, 2007:140). La historia ambiental, durante el ocaso de la ciencia neopositivista y

posibilista, se benefició de una posición imprecisa desde la geografía, en general, con respecto a la consideración temporal de la problemática ambiental y a la falta de impulso desde la geografía histórica, de estudios que abordaran al entorno (Garza, 2012:26).

La geografía histórica no puede negar los alcances de la historia ambiental y su amplia difusión y aceptación. Lo que es necesario tanto para la historia ambiental como para la geografía histórica, es que las diversas vertientes historiográficas, como las geográficas, brinden cuerpos teóricos robustos y bien definidos, mismos que propugnen por una clara distinción entre geografía histórica e historia ambiental. Estos atributos se resumen en los siguientes términos para la geografía histórica y la historia ambiental. En el caso de la primera, se debe entender que su prioridad es el explicar las formas y dinámicas que ha mostrado en su evolución, la construcción del espacio a través de sus relaciones sociales, mientras que la segunda debe ser una historia del medio ambiente, no solo en términos físico-biológicos, sino como recuento y análisis de las alteraciones y dinámicas provocadas por la interrelación entre sociedad y medio.

Experiencias contemporáneas en teoría de la geografía, geografía histórica y geografía cultural en Iberoamérica

En la actualidad en Iberoamérica, son diversos los aportes de la geografía que dan cuenta de una construcción teórica y principios metodológicos en los que la prioridad sea el reconocimiento de la construcción social del espacio y cómo en diversas escalas, éste se moldea a partir de su ubicación en el sistema mundo. Algunas de estas experiencias son profundas meditaciones teóricas que tratan sobre las formas de dilucidar el peso del devenir histórico en la construcción del espacio. Otras son aproximaciones más prácticas, que desde la geografía histórica y cultural (que en ciertos casos ya habían cultivado antropólogos o historiadores) van aportando elementos que permiten reconocer las influencias indígenas o de estamentos sociales subyugados, en la evolución urbano-territorial del subcontinente a lo largo de los últimos quinientos años.

En la vinculación de los conocimientos histórico y geográfico, la obra de Antonio Moraes es a la fecha en Iberoamérica, la más vasta y difundida. Este geógrafo brasileño ha sabido dar respuesta y profundidad a las inquietudes de Milton Santos, respecto a la necesaria vinculación del geógrafo con el conocimiento histórico. Al revisarse la obra de Moraes, es palpable una construcción teórica clara, en la que las formas tradicionales de aproximación entre la geografía

y la historia es criticada. Este autor denuncia las inercias de los practicantes de ambas disciplinas, argumentando que los geógrafos se han limitado, en su mayoría, a considerar a "la geografía como la historia del presente" y los historiadores a considerarla como "introducción a la historia" (Moraes, 2008:21). En ambos casos predomina una visión que separa lo biofísico de lo social y que entorpece el diálogo entre ambas disciplinas. Por parte de los geógrafos, acusa asimismo Moraes, existe una clara tendencia hacia el empirismo historiográfico, es decir, el geógrafo incluye cuestiones temporales en su trabajo, como adéndum del espacio que analiza, sin tomar en cuenta cómo han sido definidas o analizadas por las diversas escuelas historiográficas las temporalidades o las dinámicas que ha incluido. Por tanto, y siguiendo de nuevo a Moraes (*Ibid.*:22), una primera interrogante que los practicantes de ambas disciplinas deben abordar es: ¿qué papel debe ocupar la historia en una teoría general de la geografía, y qué papel debe ocupar la geografía en una teoría general de la historia?

La relevancia y vigencia de la forma de hacer geografía propuesta por Antonio Moraes radica en buena medida, en la valoración que hace de lo político, argumentando que usos del suelo, asentamientos humanos, formas de ocupación y las jerarquías entre los lugares son resultados de actos políticos, buena parte de ellos violentos. Asimismo, la influencia del giro lingüístico en este autor, se hace presente, cuando argumenta también en la página arriba citada, sobre el peso de las representaciones, los discursos y las conciencias en la producción del espacio, y destaca en este proceso los designios del Estado, que en ocasiones pesan más que las determinaciones económicas. Estas últimas eran el plato fuerte y casi único del análisis espacial estructural y funcionalista. La elocuencia del discurso de Moraes, llega incluso a discernir en la valorización del espacio y la formación territorial las generalizaciones que delimitan grandes periodos y preconizan las estructuras que caracterizan a éstos. Destaca este autor el papel de las coyunturas, que permiten sacar a flote los posicionamientos individualizados y los intereses específicos.

Otro de los grandes aportes de Moraes es la relevancia que brinda a la escala nacional en el análisis del territorio, lo que le da la oportunidad, tanto de sustentar una escala precisa en el entendimiento del Estado como territorio, como de corregir limitaciones que el posibilismo manifestaba a partir de sujetarse a una sola escala, la regional o subnacional. El problema en el uso exclusivo de esta última escala, es que remite la cuestión del Estado como territorio y figura política a la definición de fronteras, lo cual aleja su tratamiento desde la geografía histórica o la cultural y lo hace casi exclusivo de la geografía política y la geopolítica. Antes de terminar de comentar las propuestas de Antonio Moraes, indispensables

para las renovadas relaciones entre la geografía y la historia en Iberoamérica, no se puede dejar de traer a colación la línea de investigación que establece al territorio del Estado-nación como una formación histórica específica, en la que la articulación material y la construcción simbólica del espacio unifican procesos económicos, políticos y culturales (*Ibid*.:59).

De la Argentina, la obra de la ya citada Perla Zusman, resulta de lo más gratificante para quienes propugnan desde la geografía, por un fundamentado uso del conocimiento historiográfico en Iberoamérica. Sus aportes teóricos en el campo de la geografía histórica, próximos a los de Moraes, dan prioridad al discernimiento de las bases territoriales en el surgimiento de los Estados-nación. Estos principios quedaron manifiestos en su tesis doctoral intitulada: "Tierras para el Rey. Tres fronteras y la construcción colonial del territorio del Río de la Plata (1750-1790)" (Zusman, 2000). No es de extrañar que Zusman aborde el siglo XVIII, específicamente el periodo que solemos denominar de las 'reformas borbónicas', ya que fue entonces, con la creación del virreinato del Río de la Plata, que se dieron las bases territoriales de lo que es la Argentina, mientras que las del Brasil provienen del siglo XVI, cuando el nordeste y el litoral entre los estados de Espíritu Santo y São Paulo, fueron prioritarios a la corona lusitana.

Asimismo, la labor de Perla Zusman (además de las ideas expuestas en la introducción y tercer apartado de este trabajo) ha profundizado en cuestiones que tratan sobre la relación sociedad-medio y cómo ésta ha sido definida de manera dicotómica a partir de las ideas impuestas por 'Occidente'. En un trabajo publicado en México en coautoría con Hortensia Castro (2009:136), se estipula que: "Se trata de una operación epistemológica y ontológica funcional a la construcción del poder económico y geopolítico imperial europeo; entre otros aspectos, organiza y justifica el relevamiento, comparación y clasificación…", tanto del medio biofísico, como de las sociedades del 'otro'. Asimismo, Zusman (2011) ha hecho aportes en la práctica geográfica en su articulación con la historia a través del paisaje, aproximación en la que destaca la relevancia del trabajo de campo (forma de trabajo que en mucho, fue desdeñada por la geografía neopositivista). Su trabajo sobre esta cuestión resume cuatro formas de conducir este tipo de actividad, las cuales se identifican con momentos precisos en el auge de ciertos epistemes: *a)* la exploración y el trabajo de campo; *b)* el trabajo de campo define un método propio para la Geografía; *c)* el trabajo de campo y el compromiso social, y *d)* el método etnográfico y las políticas de trabajo de campo.

En México, la obra que hable sobre las bases de formación territorial a escala del Estado-nación aún está por escribirse. En este país, las escalas que han primado en los renovados discursos sobre geografía histórica y geografía cultural,

son la local y la regional, ya que se ha estudiado el espacio urbano mesoamericano y su transformación durante el largo siglo XVI. Esto no es de extrañar, en tanto que a diferencia de Argentina y Brasil, el México central y meridional reconoce fuertes influencias indígenas en sus bases territoriales, tan es así que la imposición del virreinato de la Nueva España se realizó en buena medida sobre la estructura territorial mexica, ejemplo claro de ello, la fundación de la Ciudad de México sobre las ruinas de México-Tenochtitlan.

La geografía histórica mexicana comenzó a fijar su atención en el espacio urbano mesoamericano hacia el 2000, y en esta labor, su mayor acierto fue haber dado prioridad al análisis del concepto *altepetl*, literalmente montaña-agua, vocablo nahua que denota urbe, espacio urbano o soberanía. Este concepto, tan trascendente para el entendimiento de las prioridades en espacio y territorio en el México prehispánico, comenzó a ser estudiado apenas durante el último cuarto del siglo XX por antropólogos e historiadores, y es tan relevante su estudio, que ha transformado radicalmente las ideas que sobre Mesoamérica primaban en las escuelas tradicionales. La estructura social, política y territorial de Mesoamérica ha sido clarificada a la luz de la inclusión de este término, ya que a pesar de los aportes sobre cuestiones mesoamericanas que se pueden rastrear desde fines del siglo XVIII, existía un faltante en el estamento político-territorial, ya que se reconocía a la soberanía máxima de las principales entidades bajo preceptos occidentales como emperador o señor y a las formas básicas de organización social, considerados como clanes o barrios, quedando la organización político-territorial intermedia sin ser considerada, lo que no permitía ver las bases territoriales locales y regionales, ni mucho menos comprender a cabalidad la intrincada organización territorial del posclásico tardío mesoamericano.

La inclusión del concepto *altepetl* en el estudio de la evolución del paisaje y del territorio en el México central y meridional, permite vincular medio ambiente y cultura en una perspectiva de larga duración (Fernández y García, 2006). Esta entidad político-territorial identifica en su generación y sustento, tanto recursos como el agua, el suelo o la vegetación, como patrones cosmogónicos preestablecidos o jerarquías sociales e interétnicas preexistentes. Todo ello, amplio abanico de interrelaciones sociedad-medio, en las que la diversidad ambiental jugaba un papel fundamental en las disposiciones territoriales. Trascendente en esta labor ha sido la observación de la transición urbano-territorial del *altepetl* al pueblo de indios, que fue el fin de la mayor parte de los *altepetl*, dinámica que es necesario, releer e incluir en la historia urbana, no solo del México central y meridional, sino de buena parte de Iberoamérica, la cual se ha enfocado tradicionalmente a las grandes urbes españolas, sin reconocer a profundidad la relevancia en lo

urbano de asentamientos importantes que recibieron genéricamente el título de 'pueblos de indios'.

Comentarios finales

A lo largo de estas páginas se ha hecho una sucinta reconstrucción de las formas en que se ha utilizado o desdeñado el quehacer historiográfico desde la geografía en Iberoamérica. Las lecciones aprendidas a la fecha, nos hablan de lo bondadosa que puede ser esta relación para el conocimiento geográfico, en particular, en el entendimiento de la relación sociedad-medio y la configuración de identidades, así como en el reconocimiento de las bases territoriales en diversas escalas. Asimismo, en esta renovada vinculación de la geografía y la historia, cabe destacar el papel que juegan la geografía histórica y la geografía cultural en la reconsideración del periodo colonial iberoamericano, a través del estudio de la construcción y deconstrucción de los paisajes y las consecuencias de la imposición de jerarquías urbano-territoriales y formas en la apropiación de recursos que no obedecían a las lógicas territoriales preponderantes en los mundos precolombinos.

Así, queda mucho por hacer para lograr una consolidada y difundida vinculación del quehacer geográfico con la historiografía en Iberoamérica. Esta labor posiblemente tome bastante tiempo, ya que en primera instancia se tiene que seguir abatiendo la disgregación que separa a la geografía física de la humana, y en ello se hacen indispensable largos y profundos debates que reconsideren este último concepto, que no precisamente facilita la integración de lo social y lo biofísico.

Capítulo 2. Los historiadores iberoamericanos y la geografía

Gabriela Dalla Corte Caballero
Universidad de Barcelona

Gustavo G. Garza Merodio
Instituto de Geografía
Universidad Nacional Autónoma de México

Este capítulo busca por medio de tres apartados, reconocer cuáles han sido las posibilidades de vinculación entre los conocimientos geográfico e histórico, a partir de la institucionalización de la historiografía en Iberoamérica. Esta temática se aborda en el primer apartado, para después ejemplificar la lejanía entre la geografía y la historia por medio de la corriente historiográfica denominada 'regional', la cual fue predominante en Iberoamérica a fines del siglo XX, propuesta teórica que a pesar de dar primacía a una categoría espacial, en poco echó mano de la literatura geográfica. Por último, se abordan de manera sucinta las posibilidades de vinculación que ya están brindando frutos en Iberoamérica, entre la geografía y la historia de principios del siglo XXI.

Institucionalización de la historia en Iberoamérica

Una primera consideración que tomamos en cuenta en este resumen de lo que la geografía ha sido y ha significado para las historiadoras e historiadores iberoamericanos, es el reconocer los diversos ritmos que la institucionalización del conocimiento histórico ha tenido en el subcontinente. Nuestro análisis lo conducimos en lo fundamental, en lo acontecido de norte a sur en México, Brasil, Argentina, y en menor medida en el Perú, ya que consideramos que en estos países es donde han ocurrido los debates epistemológicos más profundos con respecto al quehacer historiográfico. Estas escuelas iberoamericanas comparten la importación y adaptación a sus realidades de corrientes del pensamiento europeas y norteamericanas

desde fines del siglo XIX. Con respecto al conocimiento geográfico en la historiografía iberoamericana, éste ha sido utilizado sin haberse discutido en la mayor parte de los casos, su posición y relevancia dentro de la teoría general de la historia.

Para el geógrafo brasileño Antonio Moraes (2000), el que los historiadores consideren a la geografía como introducción de la historia, conlleva una visión herderiana, la cual reduce a la Tierra a ser un mero teatro de las acciones humanas, sin que exista vinculación ni reciprocidad entre lo humano y su entorno. Por su parte, las pautas preponderantes desde el campo de la geografía en Iberoamérica, siguiendo al mismo Moraes, se han ceñido a la fecha y por lo general, a considerar a esta disciplina como la historia del presente; estos principios en poco ayudan a un diálogo fundamentado entre ambos campos del conocimiento y en realidad los han distanciado.

Para cuando el positivismo comenzó a sentar sus reales en Iberoamérica, la mayor parte de sus naciones habían superado su primera etapa político-militar, la cual resultó, en la mayoría de los casos, en la preminencia de un partido (México) o una región (Argentina) o el cambio de régimen político (Brasil), eventos que ampliaron la nómina de héroes de la patria y cuyos desvelos habían sentado las bases de los regímene, que prodigaban estabilidad y progreso. Para los historiadores que buscaban sustentar la naciente identidad nacional, la geografía era, al igual que para muchos de los actuales practicantes de la historia, una mera introducción al ejercicio historiográfico, Una parte introductoria en la que primó un discurso determinista con respecto a lo físico y lo biológico hasta las décadas de 1930 y 1940 y una aproximación que veía en las bondades o impedimentos del medio, las determinantes que dictaban la posibilidad de alcanzar los niveles más altos de desarrollo económico e intelectual.

Bajo este panorama epistemológico de fuerte influencia francesa, se condujo en Iberoamérica el quehacer historiográfico que buscaba sustentar la existencia y personalidad de los jóvenes Estados-nación, surgidos de vertiginosos acontecimientos político-militares, en los que no se puede negar la influencia de los cambios, incluso culturales, ocurridos bajo el régimen borbón. Soflamas nacionalistas que se enfrentaban en sus justificaciones a la carencia de una historia larga y común entre sus partes (cabe recordar que el nacionalismo a escala global surgió a la par de la configuración de las repúblicas hispanoamericanas y el imperio del Brasil). Ante el casi nulo prestigio de las instituciones y tradiciones políticas durante la mayor parte del siglo XIX, el discurso que cobijaba a la nación en Iberoamérica tuvo una fuerte carga territorial. Parte fundamental de esa historia patria, era la inclusión de vastas zonas que no habían sido parte del entramado urbano-territorial heredado de los virreinatos y capitanías. Así, el conocimiento

geográfico utilizado desde una historiografía que cargaba con la difícil tarea de fundamentar un Estado-nación, se limitaba a precisar formas del relieve, el clima y límites nacionales e internacionales.

Nos parece de vital importancia ahondar sobre los límites fronterizos, en tanto que la idea de un Estado como territorio apenas iba tomando forma, en una etapa en la que las nacientes naciones iberoamericanas, como ya se dijo, justificaban su pertinencia en buena medida en la ocupación y administración de áreas antes lejanas del poder central y en la delimitación de líneas fronterizas. En la demarcación de estas últimas, fue determinante el concepto de límites naturales, que ya para comienzos del siglo XIX había ganado presencia en la diplomacia europea, siendo la imposición norteamericana del Río Bravo como límite con México en 1848 o la elección del parteaguas de los Andes entre Argentina y Chile, los ejemplo más grandilocuentes de ello en el continente americano. A lo largo y ancho de Iberoamérica, ésta será la base en la definición de las líneas fronterizas durante el siglo XIX y principios del XX.

Líneas fronterizas cuya definición en la América del Sur fue particularmente violenta, siendo los casos más trágicos los de la Guerra de la Triple Alianza, gestada por los ejércitos de Argentina, Brasil y Uruguay contra la república del Paraguay (1865-1870), cuyas consecuencias territoriales fueron terribles para este último país. Poco después, la Guerra del Pacífico, desatada entre la república de Chile por un lado, contra Bolivia y Perú por el otro (1879-1883), conflicto bélico que dejó a los bolivianos sin salida al mar, y por último, la denominada Guerra del Chaco (1932-1935) entre las repúblicas de Bolivia y el Paraguay, dominio por el Chaco Boreal que reafirmó la presencia paraguaya al norte del Trópico de Capricornio y al poniente del río Paraguay, y dio acceso a Bolivia a esta última vía fluvial.

Otra discusión que no se puede dejar a un lado en la constitución de los Estados en Iberoamérica y las historias patrias que los justificaron, es la preexistencia de naciones a los Estados que empezaron a configurarse a partir de la década de 1810. Para Ricardo Rivas (1996:56): "… la hipótesis de que el Estado precede a la nación y que el nacionalismo es en definitiva una idealización de ese Estado es un buen punto de partida…". A ese respecto coincidimos con este autor, aunque tenemos nuestras reservas con respecto a México, país en el que una idea de nación y la identificación territorial con un ámbito más amplio que el correspondiente a la capital de la Nueva España, el obispado, y eventualmente la intendencia homónima, han sido ampliamente reconocidas. De hecho, el mapa político anterior a la promulgación de las intendencias, denominaba reino de México a cerca del treinta por ciento del actual territorio mexicano. Alain Mus-

set y Carmen Val (1998), ahondaron con diversos argumentos a este respecto, siendo desde nuestra perspectiva, la existencia del golfo o seno mexicano y la de Nuevo México, las muestras más claras sobre la existencia de un territorio que se denominaba México a lo largo del periodo virreinal. El peso demográfico de los criollos para el siglo XVIII, las obras de los ilustrados 'mexicanos' y el culto guadalupano, reforzaron a nuestro parecer, la noción de México como nación antes del grito de Dolores en septiembre de 1810.

Los historiadores positivistas de primera generación a través de su historia patria de fuerte raigambre territorial, en un ambiente más enciclopédico, sin el cuerpo de las ciencias institucionalizado, se vieron obligados a practicar una historia con una relevante presencia de la geografía, en la que el peso de la visión determinista en poco ayudaba al diálogo entre el entorno y el ser humano. Quienes ejercieron la historiografía durante la *belle époque* iberoamericana, fueron individuos próximos a los poderes económicos y políticos que no hicieron sino alabar la implementación del liberalismo y el avance económico de élites y los primeros descuellos de una mínima clase media.

La presencia del territorio en la constitución de la patria es común en diversas escalas a todas las naciones iberoamericanas, todas de una forma u otra ocuparon espacios, desplazaron o exterminaron comunidades originarias y dieron a los límites fronterizos logrados carácter heroico. Sin embargo, creemos que Brasil y Argentina, como casos más extensos de ocupación del territorio, utilizaron de manera positiva la expansión lograda, mientras que el amargo trago de perder más de la mitad de su territorio, significó un trauma para México en su idea de lo nacional. Silvia Lopes Raimundo (2004) aduce que entre las tradiciones constructoras de la memoria nacional, las más consistentes en cuanto al refuerzo de la cohesión, han sido las de carácter territorial, agregando esta autora que en el Brasil, en particular, el tema de la tierra conquistada es fundamental a la conciencia de individuos y colectivos. Así, la idea de nación se puede artificialmente remontar a la etapa colonial y el brasileño tuvo razón de ser en cuanto inició la marcha al interior.

Lo acontecido en el Brasil antes de la Primera Guerra Mundial resulta de lo más interesante, ya que en ese sustentar a la conquista territorial, como tema central en la construcción de lo nacional, se llegó al grado de reconciliar la historia patria de ese país a través de la geografía. Tal y como plantea Antonio Moraes (*Ibid.*), la emancipación política del Brasil en 1822 se produjo con una sociedad en la que casi la mitad de la población era esclava. Inmenso estamento, al que la nueva realidad política resultaba totalmente ajena y no podía ser incluido en el discurso que identificara al antiguo virreinato lusitano como nación, quedán-

dole al Estado como recurso primordial de la unidad nacional, el territorio. Este discurso que vio fortalecido bajo el subsecuente poblamiento de sertones, selvas, altiplanos y pampas. Moraes termina su reflexión aduciendo que esta concepción de fuerte carga espacial, ha sido parte de la cultura política del Brasil, lo que ha estimulado discursos de fuerte contenido geográfico.

Este sentido profundamente territorial de la identidad brasileña y su historia, impuesto por las élites económicas y políticas, tuvo en la figura del *bandeirante paulista* un sinónimo de progreso, modernidad, riqueza e integración territorial (*Ibid.*), principios fundamentales dentro de la modernización social y política de todas las naciones iberoamericanas, las cuales de acuerdo con Annick Lempérière, (1999:76-77) iniciaron estos procesos a distintos ritmos entre las décadas de 1850 y 1870 y algunas lo terminaron hasta las décadas de 1920 y 1930. Esta autora destaca que ante este nuevo embate del sistema mundo, la resistencia de las autonomías locales fue una constante, siendo que las comunidades que estuvieron bajo la Monarquía Hispánica aún guardaban en su memoria las imposiciones del régimen borbón, y que ante la modernización liberal de nuevo veían acotados privilegios y territorios.

En el caso de la Argentina, tal y como nos recuerda Perla Zusman (2001), el discurso sobre la identidad y la ocupación del 'desierto', tuvieron que dejar de exaltar la figura del inmigrante como personificación del avance de la civilización hacia 1900, En tanto que la organización política y sindical de las más recientes oleadas de inmigrantes, ponían en tela de juicio el orden establecido, según las élites políticas, económicas, religiosas e intelectuales. El cambio de discurso llevó a la exaltación de lo criollo, lo del interior y por ende lo gaucho, en general las raíces hispánicas, figuras que en adelante serán los estandartes y portadores de la civilización. No es de extrañar que una atmósfera como ésta sustentara el que posiblemente fue el discurso revisionista de carácter conservador más intransigente en Iberoamérica durante la imposición del liberalismo, revisionismo que también fue común a Paraguay y Uruguay (Guerra, 2003:171).

Al preguntarnos sobre tan acendrado revisionismo en estas latitudes, proponemos de nuevo una fuerte carga territorial en la explicación de los eventos del siglo XIX: en el caso de Argentina, el enfrentamiento entre la provincia de Buenos Aires y los confederados; en el del Paraguay, sus terribles pérdidas territoriales, y en el del Uruguay, su mera existencia, tras la derrota del naciente imperio brasileño y su alejamiento de los problemas internos de las Provincias Unidas. El revisionismo rioplatense tenía que fundamentar una historia patria en la que se justificara la hegemonía de Buenos Aires, que para fines del siglo XIX ya era la metrópoli más grande de Iberoamérica.

Para Ignacio Sosa y Brian Connaughton (1999:13), no cabe duda que la labor de la historia fue prestar un servicio legitimador a la política como continuación de la misma, parte fundamental en la erección de los altares patrios decimonónicos, siendo los textos de historia algo similar a estas exaltaciones primeramente pedagógicas y eventualmente populares de los valores y reliquias de los héroes que nos dieron patria. Esto perduró hasta la Segunda Guerra Mundial, y como nos recuerdan los autores arriba citados (*Ibid*.:14), este tipo de historiografía había estado limitada al Estado-nación, su génesis, su desarrollo y sus conflictos internos, y quedaba pendiente el quehacer historiográfico que fuera más allá de lo nacional, para plantearse una escala de análisis que abarcara a Iberoamérica en su conjunto.

Es con la institucionalización de las ciencias sociales, ocurrida en las naciones más grandes de Iberoamérica alrededor de la década de 1940 (aunque en Argentina ya existían visos de profesionalización de la historiografía desde principios del siglo XX y en Brasil desde la década de 1930), que la historiografía no solo amplía su escala de análisis, sino que comienza a hacerse otras preguntas una vez que el posibilismo permea a la mayor parte de sus practicantes, quienes postulan que en las posibilidades cognitivas y técnicas del ser humano se basa la totalidad de su devenir. De nuevo se asiste a una vertiente del conocimiento que no logra integrar sociedad y medio, limitante teórico-metodológica, que desalentó enormemente las posibilidades de integración, síntesis e interdisciplina, desde los paradigmas predominantes en geografía, y que en tiempos más recientes ha comenzado a considerarse como lastre para llevar a cabo el trabajo historiográfico.

La geografía regional, de fuerte carga posibilista, impulsada por Paul Vidal de la Blache a principios del siglo XX, terminó en palabras de Josefina Gómez Mendoza (2007:116), de cerrar "el bucle de la paradoja" en la evolución de la relación entre la geografía y la historia, ya que de acuerdo con esta autora, la supremacía lograda por la visión vidaliana condujo a que el conocimiento geográfico ocupara un lugar secundario en el conjunto de las ciencias. Esta marginación tiene como característica el alejamiento de la geografía con respecto a la historia y su marcada inclinación hacia lo geológico y geomorfológico, pautas impulsadas por el propio Vidal de la Blache que no alentaron la construcción teórica en geografía. Estas limitantes teóricas, se reflejaron en la amplitud temática e imprecisiones socio-culturales de la geografía regional preponderante hasta mediados del siglo XX. Así, una práctica geográfica que creía encontrar su tabla de salvación en el conocimiento físico-estructural, y una práctica historiográfica cercana a la política (proximidad que como ya vimos en el caso del Brasil llegó a desvirtuar el sentido del territorio con el fin de desdeñar las contradicciones

históricas) y encasillada en el rescate y uso de la fuente documental, difícilmente podían tenderse puentes.

La posguerra tampoco significó el fin del positivismo en la historiografía iberoamericana, y aunque se trató de una etapa en la que se logró una sólida institucionalización, la mayor parte de los discursos logrados reflejaron admiración ante el sostenido crecimiento económico. En esta etapa los nombres de Edmundo O'Gorman, Silvio Zavala, Leopoldo Zea y José Luis Romero fueron frecuentemente citados, esto de nuevo siguiendo a Sosa y Connaughton (*Ibid.*:14). La historia regional –o suprarregional– propuesta hacia mediados del siglo XX, inevitablemente entraría en ciertos puntos en conflicto y en otros en competencia con las historias nacionales tradicionales. Los estudios que se fundamentaron a través de dos ejes, uno centrado en la etapa de la conquista político-militar y las instituciones ibéricas y otro que urgía en dejar atrás el periodo colonial como meollo del quehacer historiográfico.

De esta etapa, pensamos indispensable el ahondar en los preceptos que sobre la mentalidad burguesa vertió José Luis Romero, ya que como destaca Alexander Betancourt (2001:9), la lectura de lo burgués como 'cosmovisión', en el sentido filosófico del término, y no solo como condicionamiento socioeconómico, como es comúnmente definido, permite que las creaciones de la mentalidad burguesa, especialmente el mundo urbano, se entiendan como sujetos históricos que son clave en la comprensión del cambio histórico. El estudio de Romero sobre lo urbano a través de esta perspectiva, complejizó la aproximación a los procesos históricos e impulsó el estudio de la evolución de lo urbano, ámbito al que la ciencia social iberoamericana no ha prestado la necesaria atención, y todavía quedan a principios del siglo XXI muchos casos, dinámicas y temporalidades que deben ser estudiados.

A los acontecimientos político-culturales de fines de la década de 1960, se adelantó en cierta medida la historiografía iberoamericana, al haber comenzado a romper los parámetros neopositivistas en México, Brasil, Argentina y Perú. A partir de entonces, comenzaron a tomar fuerza tanto el pensamiento marxista, como la influencia de la escuela de los *Annales*, desafortunadamente ninguna de estas dos corrientes dio lugar al diálogo entre la geografía y la historia de manera profunda y sustentada. La historia económica y social y la inserción de Iberoamérica en la economía mundo no fueron aprehendidas en sus dinámicas espaciales.

El rompimiento cultural a escala global de 1968, encontró a Iberoamérica ya inmersa en los debates de lo que el conocimiento social debía ser, gracias a influencias europeas y norteamericanas, y proponiendo una visión propia, que se fundamentaba en los aires renovados que brindaba la revolución cubana y el

recuento de los movimientos populares del siglo XX, que para ese entonces iban desde la revolución mexicana a la elección de Salvador Allende, pasando por el peronismo y los gobiernos nacionalistas brasileños anteriores al golpe militar de 1964. En cuanto al conjunto de las ciencias sociales, es importante acotar que en esta etapa es cuando definitivamente se pone en entredicho la práctica positivista y sus vertientes renovadas, al comenzarse a romper los esquemas rígidos de la especialización e iniciarse el diálogo entre las disciplinas, banquete al que todavía no se invitó a la geografía en Iberoamérica, aunque en Europa occidental ya existía cierta sensibilidad respecto a su necesaria inclusión.

Una de las exigencias hacia el inicio de la década de 1970 en el conjunto de las ciencias sociales en Iberoamérica, fue el lograr un método que permitiese emplear un lenguaje común, siendo por aquel entonces, cuando comienzan a ser consideradas las ideas sobre interdisciplina y multidisciplina, discusiones que en mucho no trascendieron los foros donde éstas se condujeron, pero que en la mayoría de los casos coincidieron en que a toda disciplina social le es imprescindible ahondar en la historia. Ni la ortodoxia marxista, ni la posición crítica desde las ciencias sociales, dieron ni de lejos tal primacía en lo social a la geografía. El episteme vidaliano fue prácticamente incontestable hasta la caída del muro de Berlín. Por otra parte, una de las respuestas ante los nuevos retos que se planteaban las ciencias sociales durante el parteaguas cultural y paradigmático de 1968, fue la inclusión de la cuestión regional, la cual fue asumida sin incluir lo que la geografía había logrado hasta entonces a este respecto, exclusión que limitó las posibilidades de análisis de los estudios regionales desde la historia.

La historia regional

La historia regional se convirtió en la perspectiva clave de la historiografía iberoamericana durante las décadas de 1980 y 1990. Al definirse como regional esta aproximación historiográfica, se pensaría que el conocimiento geográfico fue preminente en su definición, sin embargo, tal práctica se llevó a cabo sin que el concepto de región fuese agotado a través de la literatura geográfica. Curiosamente, mientras que la escala regional ganaba adeptos entre los historiadores, los geógrafos venían abandonándola después de décadas de considerarla primordial. Desafortunadamente para los geógrafos, la primacía de esta escala había sido uno de los factores que dificultaban el diálogo con el resto de las ciencias sociales. Asimismo, cabe señalarse que la tradición regionalista vidaliana, con más de medio siglo de predominio, fue la que en cierta medida adoptaron los historiado-

res, sin considerar la fuerte carga geológico-estructural que sustentaba los principios teóricos de esta forma de concebir la región. En México, la obra de Ángel Bassols, fundador y guía durante varias décadas de una escuela regional de fuerte corte económico, fue una excepción en la práctica de la región desde la geografía en Iberoamérica antes de la década de 1980.

Traemos a colación la obra de Ángel Bassols (1983:18), ya que una de sus principales problematizaciones, fue la definición de actores históricos regionales, así como el dinamismo en lo temporal de las regiones. En su interés por definir la evolución de las regiones en México, Bassols echó mano de diversos autores decimonónicos, llegando a abarcar hasta el periodo colonial a través de trabajos como los de Carlos de Sigüenza y Góngora para el siglo XVII y Alexander von Humboldt para principios del XIX. Lo interesante de la perspectiva de Bassols, es que demuestra continuidades y rompimientos en las regiones contemporáneas de México, pero no las aísla, ni las estudia como entes que no tuvieron continuidad. Entre las limitantes que encontramos en la práctica historiográfica sobre la región, destacamos el pensar que su definición es el problema por resolver y que suele mostrarse, por lo general, inconexa con el presente.

A lo anterior cabe agregar que la mayor parte de la práctica tradicional de la historia regional, sin siquiera cerciorarse sobre el concepto de región en geografía, ha utilizado escalas que van prácticamente de lo nacional a lo local. A este respecto, Dení Trejo (2009:6-7) aduce que esta falta de definición de escala en la historia regional, ha llevado a confundir a la región con estados, provincias o departamentos, lo que de acuerdo con esta autora ha dado lugar a anacronismos territoriales. Asimismo, el concepto de región que ha primado desde la historiografía, es de corte herderiano, que como ya vimos al principio de este capítulo, entiende al entorno como algo pasivo sobre el que se desenvuelve de manera ajena lo humano, dicotomía sociedad-medio que limita el entendimiento de lo que una región puede ser.

Por su parte, Arturo Taracena (2008:181-183) argumenta que la historiografía iberoamericana, y la mexicana en particular, han llevado a cabo la discusión en torno a la importancia y pertinencia de la historia regional, discusión que cobró importancia a comienzos de la década de 2000, al llevarse a cabo entonces el balance historiográfico de las últimas tres décadas. Este mismo autor reconoce en las páginas citadas, la abundante experiencia empírica que a través de esta categoría espacial se ha producido: "…lo que obliga a no postergar la construcción colectiva de un camino teórico-metodológico propio de la historia, el cual pueda dialogar con las nociones que sobre éste conciben los otros científicos sociales."

Esta propuesta que debe tener como premisa el comprender que no existe una región exclusivamente histórica, ni geográfica o económica.

Una renovada aproximación a lo regional desde la historiografía, es la experiencia habida en la Argentina, en donde nuevos y originales diseños historiográficos han echado mano de la geografía en su construcción teórica. Así, Susana Bandieri (2005) y en una posterior propuesta con otras colegas (Bandieri *et al.*, 2006), argumenta que la historia de la Patagonia es parte de la refundación historiográfica basada en regiones no capitalinas, consideraciones en las que se reconoce la producción social del espacio. Por su parte, Sandra Fernández y Gabriela Dalla Corte (2000), en su compilación sobre la región y lo local en la historiografía contemporánea, así como una obra posterior de Fernández (2007), sostienen que no han dejado de sorprender a lo largo de los últimos años el dinamismo y la vitalidad de los estudios regionales y locales, ya que brindan nuevas orientaciones geográficas e historiográficas.

Para nosotros, más allá del debate que en la historiografía se debe dar, sobre la inclusión del concepto de región que practica la geografía contemporánea, es necesario en concreto, hacer uso de esta disciplina en el estudio de las regiones que configuraron a las naciones iberoamericanas durante el siglo XIX. Ya que a través de la geografía, pensamos, se puede comprender de mejor manera el estudio de las regiones existentes en el momento de la independencia y el papel preponderante o mínimo que tuvieron una vez lograda la articulación de los Estado-nación iberoamericanos. Asimismo, a nuestro entender, la idea de región al no abordarse desde preceptos geográficos resulta, como ya se mencionó, aislada e inconexa en el tiempo. Es decir, no se estudia la evolución de un espacio, sus continuidades y rupturas en el poblamiento, sino etapas aisladas en las que ha predominado una actividad económica o ciertos patrones culturales. En este orden de ideas, podemos argumentar que la Cuenca de México albergó una región histórica que es la de la ciudad clásica mesoamericana de Teotihuacan, la cual no dejó herencia en el poblamiento de la Cuenca de México, después del primer milenio de nuestra era. Por su parte, la actual región de la cuenca de México, rastrea sus orígenes al posclásico tardío mesoamericano (siglos XIV y XV), al igual que buen número de regiones en el centro y sur de México. Esto, a pesar de todas las transformaciones ocurridas a partir de la conquista española. En el mundo andino, también son varias las regiones que rastrean su origen a los siglos XV y XVI, siendo las más emblemáticas, las que rigen las ciudades de Cuzco y Quito.

La historiografía contemporánea y la geografía

Las propuestas de buena parte de la historiografía iberoamericana contemporánea resultan de vanguardia a escala global, en tanto que a la vuelta de tantos años de construcción teórica en la que se ha propugnado por romper con visiones positivistas y por lograr una lectura desde Iberoamérica de las principales corrientes del pensamiento, principalmente provenientes de Europa occidental y Norteamérica (áreas del mundo, donde el chovinismo nacional suele limitar el intercambio de formas del pensamiento), se han logrado escuelas bien sustentadas con argumentos propios que reconocen ser parte de la comunidad iberoamericana y el papel que a ésta se le ha asignado dentro del sistema mundo desde el siglo XVI.

Así, la historiografía iberoamericana a diferencia de lo que ocurre en otras latitudes, después del desmoronamiento de la Unión Soviética, se sigue identificando con perspectivas críticas y antisistémicas, lo cual redunda en una rica gama de posiciones y resultados. De acuerdo con el ya mencionado Sergio Guerra (*Ibid.*:181), la producción historiográfica iberoamericana es de gran valía, en cuanto se percibe una nueva historia social, política, cultural, así como un tratamiento crítico de las relaciones internacionales. Asimismo, existe una importante dedicación a la crítica historiográfica y a la filosofía de la historia, reconsideraciones que han llevado a tocar temas, periodos, regiones e incluso naciones que no habían sido tomados en cuenta por historiografías más tradicionales. En todo esto, cabe recalcar que a pesar de la influencia de lo micro, propio de la historiografía 'occidental', la historiografía iberoamericana 'posmoderna', ha sabido proponer una visión más amplia al abordar la vida colectiva y sus formas de organización y resistencia.

En este sentido, es importante tomar en cuenta que el análisis de nuestra dependencia ya lleva en Iberoamérica más de sesenta años, larga tradición que ha ido cambiando sus prioridades de acuerdo con la evolución de sus epistemes. Habiendo comenzado en un esquema en el que todavía predominaba la historiografía a escala nacional, cambió al estudio de actividades económicas e instituciones ibéricas y a una primera aprehensión del concepto sistema mundo, a través de la escuela de los *Annales*, para después abrevar en posiciones marxistas que hasta la fecha dejan su impronta en la historiografía iberoamericana para finalmente abrirse al giro cultural o lingüístico y a la 'espacialización' de las dinámicas sociales. Para Brian Hamnett, referido por Sosa y Connaughton (*Ibid.*:20-21), una de las rupturas más significativas en la historiografía iberoamericana, ha sido el tomar conciencia de que unas son las prioridades de la periodización a escala imperial y otras muy distintas las de los territorios locales y sus habitantes. Habien-

do sido constantemente distorsionadas las experiencias iberoamericanas, al haber sido analizadas a través de la óptica de los Estados ibéricos. Hamnett también agrega que al enfocarse a las vivencias americanas *in situ*, se logran matizar las diferencias entre las diversas entidades iberoamericanas.

La periodización se suele presentar como una de las categorías de análisis de la historiografía que no tiene trasfondo ideológico, sin embargo, los resultados de su utilización varían enormemente desde la escala imperial o si se tratan de explicar los procesos nacionales, regionales o locales. En una lectura renovada con respecto a las formas de conducir la periodización, pensamos que una concepción profundamente ligada al espacio, brinda pautas más certeras en la segmentación de los procesos históricos. En nuestra experiencia, al realizar estudios sobre los espacios indígenas preexistentes a la conquista y sus eventuales transformaciones y desplazamientos, hemos roto con las tradiciones positivistas de periodizaciones rígidas, ya que en la evolución urbano-territorial y las consecuencias en el paisaje, los eventos político-militares prácticamente no trascienden, siendo sus cambios palpables a distintos ritmos de acuerdo con la economía, las instituciones y la cultura.

De acuerdo con Alessandra Russo (2007), el cuestionar las periodizaciones tradicionales pasa por abandonar nuestras taxonomías y cronologías 'occidentales', y analizar discursos y manifestaciones plásticas de las diversas sociedades. En el proponer temporalidades no dictadas desde el sistema mundo, se explican de manera más amplia e incluyente los procesos culturales, políticos y socioeconómicos iberoamericanos, perspectivas de larga duración en las que las influencias indígena, europea y extraeuropea, se confrontan y entrelazan en la construcción de sus espacios. Uno de los ámbitos en los que la convergencia de los conocimientos geográfico e histórico tiene mucho que aportar, es en el estudio de la evolución urbana, perspectiva que en Iberoamérica es de gran importancia debido a la marcada dicotomía campo-ciudad, herencia de la organización territorial colonial.

Para la Monarquía Hispánica, la administración de tan extensas áreas solo pudo llevarse a cabo a través de una red de urbes, algunas solamente existieron en el papel, mientras que otras son a la fecha cabeceras de regiones que surgieron o se transformaron profundamente durante el siglo XVI. Para el ya citado José Luis Romero (2001:12), España imaginó su imperio colonial como una red de ciudades. Sin embargo, el estudio de la evolución urbana de Iberoamérica, como ya se ha dicho, cuenta a la fecha con grandes vacíos, tanto en términos temáticos, como de casos de estudio y volumen de lo publicado. Con miras a superar estas limitantes, creemos que la historiografía que ha abandonado el estudio exclusivo

de la economía y hace suyas las mentalidades, la plástica y lo étnico, incluye actores y espacios que no habían sido tomados en cuenta, es una visión de conjunto de la urbe en el que la geografía tiene mucho que aportar.

En el entretejer historiografía y geografía, es primordial reconocer la temporalidad de las etapas que han construido y deconstruido a la urbe. Para Iberoamérica proponemos el estudio del espacio urbano prehispánico y su transformación en asentamiento español, la ciudad colonial con especial atención a sus alteraciones dieciochescas, la modernización de fines del XIX y el XX, asimismo, de ese mismo siglo, la urbe 'nacionalista' de sus décadas intermedias y, por último, el espacio urbano del 'neoliberalismo'.

En cuanto al estudio del medio rural desde la historiografía iberoamericana, éste se concentró durante décadas en la hacienda, incluso cuando los estudios sobre la región primaron en el subcontinente (aunque se estudiaran varias haciendas, éstas no determinaban las características de una región en su conjunto, ya que ésta, como ya se ha comentado, no se puede definir a partir de una sola vertiente cultural, económica o social). Las limitantes fundamentales de este tipo de historia agraria, es que no estudiaba lo rural en su totalidad, quedando fuera la vida de los *pueblos de indios*, los espacios de resistencia como los quilombos, así como la vida de los peones, ni las consecuencias sociales o culturales derivadas de la consolidación y ampliación de las haciendas hacia el siglo XVIII, en detrimento por lo general de tierras comunitarias.

En esta exploración de un mundo indígena y agrario, que en poco había sido analizado durante la primacía positivista, Brian Connaughton (1999: 62), destaca lo ocurrido en el Perú desde fines del siglo XX, donde se ha ahondado sobre la utopía incaica: "...como vehículo de expresión de las angustias y los anhelos de la población objeto de la conquista y la colonización...", recordándonos que este renovado tratamiento de lo andino requiere de un profundo trabajo etnográfico, en el que los autores han mostrado gran pericia al abarcar desde el lejano pasado colonial hasta la actualidad, ejercicios en los que la celebración y la plástica ocupan lugares preponderantes. La celebración y la plástica, son temas de análisis en los que la geografía cultural, en convergencia con la etnología y la historia podrían lograr importantes resultados; desafortunadamente son temáticas en las que la geografía cultural apenas comienza a interesarse en Iberoamérica (Garza, 2014).

Una de las cuestiones en las que el análisis de la evolución en la organización del territorio puede ayudar a brindar respuestas, es la diferencia entre las comunidades indígenas de la Nueva España y las del Perú, mientras que las primeras se asimilaron al sistema virreinal con manifestaciones aisladas de resistencia, en

el Perú, el discurso del milenarismo y las rebeliones fueron prácticamente una constante. Tal diferencia, pensamos más allá de argumentos socioeconómicos, culturales o biofísicos, puede residir en la profunda reestructuración territorial que implicó la conquista española en los Andes, mientras que en Mesoamérica, a pesar de traslados, despoblamientos y profundas alteraciones en el paisaje, se reconstruyó en buena medida el patrón territorial existente hacia 1520.

La práctica contemporánea de la historia y la geografía (permeadas por el giro cultural, en las que la inclusión de temáticas desde una perspectiva espacial ha logrado desde fines del siglo XX, reflexionar respecto al Estado colonial en términos territoriales), debe conducirse de manera conjunta en temáticas que abarcan desde el análisis del discurso del imperio, el reconocimiento de los viejos núcleos coloniales y su papel irradiador en la administración y la cultura, hasta el entendimiento de los procesos en términos de evolución del paisaje y el territorio, así como la inclusión de los espacios negados, segregados o ajenos a las lógicas del capital desde su inclusión en el sistema mundo.

En este sentido, cabe recordar aquella historiografía de fuerte carga económica o la práctica de parte de la geografía económica, que al primar en su análisis una sola vertiente de la actividad económica o un análisis meramente económico de la sociedad, ha dejado fuera a actores históricos y a colectivos enteros, al definir el desarrollo socioeconómico de un país, solo en términos del papel que jugó en su conjunto la economía de exportación durante la etapa liberal del capitalismo a fines del siglo XIX. Para Beatriz Bragoni (2009:199), los enfoques historiográficos contemporáneos dialogan, en más de un punto, con los preceptos teóricos y metodológicos del filósofo argentino Arturo Roig, cuyos aportes los resume Bragoni en tres cuestiones, que a nuestro entender resultan vitales para la inclusión de un renovado conocimiento geográfico en la práctica de la historiografía: *a)* la reducción de escala como estrategia analítica eficaz para la interpretación de problemas generales; *b)* la dimensión empírica como instancia irrefutable de la práctica historiográfica, y *c)* el impacto de la historia cultural en la renovación de la historia política del siglo XIX hispanoamericano.

La inclusión de cultura y análisis del discurso en la geografía de principios del siglo XXI, permite establecer el diálogo tanto con la historia, como con las demás ciencias sociales, con las que se comparten temáticas que van desde los imaginarios y la sexualidad hasta el ordenamiento de la urbe y la preservación del patrimonio cultural, práctica interdisciplinaria que a pesar de enunciar la primacía del análisis espacial, no necesariamente reconoce los aportes desde la geografía, siendo frecuente el encasillar al geógrafo en trabajos multidisciplinarios, como el cartógrafo que brindará la escala de análisis y poco más, sin que sus aportes inci-

dan en la construcción teórica de fondo de cada uno de los estudios conducidos. En el uso que la historiografía iberoamericana puede hacer de la cartografía, nos parece importante destacar el análisis de las cartas decimonónicas que plasmaron realidades y anhelos territoriales de los nacientes Estados iberoamericanos, representaciones cartográficas, caracterizadas por vacíos y silencios, que al no plasmarse en el mapa, realzaban las prioridades económicas, ideológicas y territoriales de las élites nacionales, así como el ideario sobre los Estados vecinos y los tipos de 'diplomacia' que debía seguirse con ellos.

Comentario final

Por último, pensamos indispensable el acotar la relevancia que una mayor vinculación entre la geografía y la historia puede tener en la consolidación y mayor difusión de la geografía histórica. Por su parte, esta subdisciplina geográfica puede ser de gran utilidad e incluso pedagógica, para el historiador en su inmersión en las cuestiones del espacio. Para ello, se hace necesario que la geografía histórica enriquezca su construcción teórica por lo que en primera instancia, es forzoso que abreve en la filosofía de la historia: significado y fin de las diversas posiciones historiográficas, que en geografía histórica deben ser principios teóricos que coadyuven al análisis de las ideas y símbolos de quienes construyen los paisajes y organizan los territorios. En este analizar la construcción del espacio, en perspectivas temporales prolongadas, cabe recalcar la importancia de sopesar el grado de incidencia de actores ideológicos, socioeconómicos y políticos desde diversas escalas.

Segunda parte. Geografía e historia: dos propuestasa partir del giro cultural

Capítulo 3. En el espejo de Heródoto –Geografía cultural e Historiografía–

Federico Fernández Christlieb
Instituto de Geografía
Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción

No hay lugares sin historia y no hay historia que no tenga lugar. Esta relación entre tiempo y espacio asumida tanto por la geografía como por la historia, es particularmente importante cuando se realiza un estudio desde la óptica cultural. La formación de la cultura de una comunidad es un proceso permanente que requiere ser analizado en periodos de larga duración. El espacio queda marcado por las distintas generaciones de seres humanos que lo han poblado, y estas comunidades humanas también quedan marcadas por el ambiente natural en el cual se han desarrollado. El paisaje es el producto de este proceso permanente en el que natura y cultura son prácticamente lo mismo.

La geografía cultural es el enfoque por medio del cual el geógrafo se aproxima al estudio de los paisajes sin desintegrar sus cualidades naturales y sociales. Se trata de una tarea muy compleja que ofrece retos de gran envergadura: por ejemplo, el estudio de un espacio actual requiere de comprender la interacción constante de los factores que los científicos se han empeñado en separar desde hace más de tres siglos por lo que no es fácil abordarlos de manera integrada. Al mismo tiempo, requiere de tener sólidas nociones de historia para no confundir los horizontes que va desenterrando durante su estudio. Hemos escogido ilustrar esta compleja tarea mediante la investigación que realizó Heródoto de Halicarnaso en el siglo V a. de C., momento en que la reflexión de tipo geográfico comienza a tomar forma. La obra de Heródoto nos servirá, en este escrito, como un espejo en el que nos podemos mirar para comparar el enfoque con el que hoy estudiamos el paisaje. Mostraremos que hay vigencia en los procedimientos desarrollados por este viajero.

Dado que el tema es la relación entre la geografía cultural y la historiografía, seguiremos el ritmo de las siguientes tres preguntas que sintetizan a nuestro entender esta relación: ¿qué es el paisaje en su dimensión histórica?, ¿cómo el geógrafo ha leído el paisaje a través de la historia?, y ¿en qué medida el paisaje mismo es también un texto historiográfico?

Para responder dividiremos este capítulo en tres apartados. En el primero hablaremos del 'paisaje' como noción que permite comprender mejor la complejidad del espacio; también definiremos términos necesarios como 'lugar' y 'comunidad' y subrayaremos una característica fundamental en estas categorías espaciales: el cambio. En el segundo hablaremos del ejercicio de escribir la historia de los lugares a partir de la lectura de los paisajes; veremos cómo nace ese enfoque que hoy llamamos geografía cultural. Estos dos primeros apartados nos preparan para abordar el tercero que posiblemente es el que tenga mayor interés para el geógrafo.

Así, en el tercer apartado trataremos de responder a la pregunta: ¿en qué medida el paisaje es también un texto historiográfico? Esta es en realidad la gran especificidad epistemológica de la geografía, la de ser capaz de leer paisajes y aportar datos históricos que no se encuentran en ningún documento archivado. Hablaremos pues del espacio que se escribe como si fuera un texto y que se reescribe una y otra vez dentro de las mismas coordenadas a manera de palimpsesto. En este sentido el paisaje es una fuente primaria y la obra de Heródoto es un buen ejemplo de cómo se puede leer.

Paisaje e historia

Desde la llamada Revolución Científica del siglo XVII, los geógrafos intentaron aislar los aspectos naturales de los sociales y los físicos de los humanos (Russell, 1984). Este empeño fue necesario para profundizar en la investigación de fenómenos que requerían mucha especialización dada la complejidad de su naturaleza. De hecho sigue siendo necesario comprenderlos a escalas tan diminutas como el gen y el átomo y a escalas tan grandes como el planeta o el Universo. El problema ha sido que, en el estudio minucioso de estas escalas micro y macro, se ha perdido la dimensión humana y el propósito mismo de la ciencia (Koestler, 1981). Recuperar en el análisis geográfico la dimensión humana es el reto que se ha impuesto la geografía cultural de las últimas décadas (Duncan y Duncan 1996; Mikesell 1977; Cosgrove 1983; Barnett 2004). El adjetivo 'cultural' no solo evoca la revaloración del espacio a escala humana sino que identifica una comunidad

de humanos específica que define dicho espacio (Bonnemaison 2000). Así vemos que el estudio de todo lugar implica necesariamente estudiar a la comunidad que se identifica con él. El concepto geográfico de 'lugar' supone una relación afectiva entre la gente y su medio y parte del principio de que en ese medio, dicha gente obtiene los elementos con los que se hace una idea del mundo y se explica su propia existencia (Aguilar *et al.*, 2001; Tuan 1977). También supone la diferencia con otros lugares que pertenecen a otras comunidades. Por su parte, la 'comunidad' es un conjunto de individuos asociados entre sí por intereses comunes enfocados inicialmente en la sobrevivencia; las comunidades pueden ser pequeñas o grandes pero la escala de su ocupación territorial es local (Ferras 1992; Marcus 2000; Giménez 2006). En la antigüedad griega, por ejemplo, existía la noción de comunidad asentada en un lugar al que se le ha traducido como 'país'. Este país no debe entenderse como el enorme territorio de los Estados modernos (México, Estados Unidos, Francia) que han rebasado la escala local y que en realidad son entidades de un mundo global.

Cuando el geógrafo decide estudiar ese binomio lugar-comunidad, su mirada convierte el espacio en 'paisaje'. El término geográfico de 'paisaje' hace por tanto referencia a la unidad de espacio que el geógrafo identifica y en cuya morfología han quedado impresas las huellas tanto de la naturaleza como de las sociedades que lo han determinado. Roger Brunet ha definido paisaje como "lo que se ve del país" (Brunet *et al.*, 1992). Para estudiar el paisaje, el geógrafo se adentra en él y hace una descripción sintética de lo que percibe. Habla del uso que los miembros de la comunidad dan al espacio y a los objetos que lo orientan, lo ordenan, lo rigen. Interactúa con los pobladores y así descubre que en el paisaje ha habido cambios, que ese lugar "ya no es como era antes". El geógrafo se siente entonces obligado a estudiar el pasado de dicho lugar pues de esta manera se harán visibles las transformaciones sufridas (Lowenthal 1985; Sorabji 1983; Thrift, 1977). El paisaje que interesa al geógrafo tiene una historia y el estudio de esa historia permite ver las mutaciones en la vegetación y en el uso del suelo; permite también ver la construcción paulatina de canales, puentes, calles, edificios. El geógrafo se acerca así a la historiografía del lugar, a los trabajos escritos por viajeros que lo han visitado, por cronistas locales, por historiadores profesionales y, si es el caso, por arqueólogos que han excavado lo que el polvo y los años cubrieron.

Así pues, la primera tarea del enfoque cultural consiste en tratar de formular una visión del espacio lo menos desintegrada posible. Para ello se asume que cultura y natura proceden de la misma realidad espacial, localizable y representable. El enfoque cultural implica pensar en la naturaleza como un concepto social. No es gratuito que la raíz de 'naturaleza' sea nasci, es decir 'nacer' y que esa

misma raíz lo sea del término 'nación' (Corominas, 1983). La nacionalidad (en el sentido de identidad común) se obtiene por el hecho de nacer en una naturaleza específica, en un lugar, y el 'lugar' es las dos cosas: es natura y es cultura. En este enfoque, 'natura' y 'cultura' pasan fácilmente por sinónimos.

La segunda tarea es rastrear su historia pues, como se dijo, un lugar ya no es lo que era antes, pero la cultura de la comunidad que lo puebla, sí es heredera tanto del lugar mismo como de la historia de las generaciones que la precedieron. El cambio constatable en todo espacio geográfico, sea lento o sea rápido, es la evidencia de que la geografía cultural tiene una base histórica. En consecuencia, el geógrafo interesado en el enfoque cultural debe tener la capacidad de abordar el estudio del espacio relacionando constantemente los elementos sociales y ambientales y haciéndolo en lapsos de larga duración.

En síntesis, el paisaje puede ser definido como el objeto de estudio que concibe el geógrafo cuando identifica un lugar y una comunidad que le interesan. El paisaje se estudia de diversas maneras pero en esta labor el geógrafo trata de mantener relacionados los elementos que identifica y entrena su capacidad para ver interacciones, para ver conjuntos de cosas que guardan relación. Evita, por tanto, aislar los objetos del espacio o analizarlos desvinculados de su entorno, de su posición y de su orientación.

Historiografía y geografía

Paul Claval describe, con su claridad habitual, el proceso en el que los geógrafos se enfrentaron de distintas maneras a la lectura del espacio antes de que el paisaje fuera un concepto espacial útil a dicha lectura. En un primer momento no eran los geógrafos los que andaban por el campo dibujando vistas o haciendo crónicas. Eran los viajeros. Los geógrafos eran sus lectores (Claval, 2012). Se puede decir que esas narraciones de viaje son fuentes primarias y de algún modo son una especie de historiografía espacial. Los informantes no estaban leyendo documentos sino leyendo recorridos, caminos, puertos, mercados, fronteras, parajes en los que pasaban la noche o encontraban gente diferente.

Con la información de los viajeros, los geógrafos hacían mapas, es decir, representaban a su entender lo que había visto el viajero. Si el viajero había atravesado una cadena de montañas y adelante un río caudaloso, el geógrafo dibujaba tales accidentes del terreno. Si el viajero había caminado dos días para llegar a una ciudad y luego medio día para llegar a la siguiente, el geógrafo marcaba estos puntos en su mapa cuidando de distanciarlos proporcionalmente al tiempo reco-

rrido por el viajero. Los mapas que hoy acompañan algunas ediciones de la obra de Heródoto son, en realidad, representaciones de geógrafos dibujadas muchos siglos después de que el viajero de Halicarnaso escribiera su Historia (Brotton, 2012). Los portulanos son otros mapas típicos en los que un viajero, en este caso un navegante, reportaba a un geógrafo su periplo. No sorprende que el resultado sea una sucesión de topónimos. Casi no hay mapa; es un contorno de costa literalmente formado por una lista de lugares y de rasgos fisiográficos.

El geógrafo es desplazado del escritorio del hacedor de mapas en el siglo XVIII. Esto sucede en cuanto los ingenieros empiezan a hacerlos mejor dado que son capaces de levantar puntos con distancias exactas una vez que ha sido inventado el cronómetro y que los marinos lo pueden subir a sus embarcaciones (*Ibid*.). Recordemos que determinar la longitud fue uno de los obstáculos de la exploración marítima durante mucho tiempo. Los mapas de los servicios cartográficos e hidrográficos europeos comienzan a tener mucha mayor exactitud aunque en el fondo sigan sin darle mucha vida a las descripciones. Son mapas que dicen dónde están los hitos del paisaje pero no nos hablan de la vida que los explica.

Claval (2012) afirma que en este vacío los geógrafos vuelven a encontrar su oficio. Ahora se dan a la tarea de explicar y enmendar las descripciones de otros, de relacionar esas largas listas de accidentes topográficos, fitológicos y zoológicos con las de los pueblos que habitan los territorios. El geógrafo no ha perdido de vista la importancia de un espacio integrado en donde sus preguntas tienen en su centro al ser humano, y consecuentemente, sale al campo a constatarlo. El mejor ejemplo es Humboldt. En la nueva definición, el geógrafo se familiariza con el concepto de paisaje que ha sido acuñado en varias lenguas de Europa Occidental pero permanece fija la obsesión que le viene del siglo XVII por hacer ciencia, por ser "objetivo" y por tratar de predecir las leyes de la naturaleza.

El aporte realizado por Charles Darwin en 1871 es definitivo. En *El origen del hombre*, ilustra la manera en la que las "naciones" también se sujetan a la "selección natural" insinuando en ese marco las diferencias de unas respecto de otras. Sin que fuera la conclusión de Darwin, este naturalista proveyó de argumentos a otros pensadores que buscaban mostrar que el progreso de las naciones era el resultado de un proceso biológico inevitable (Darwin, 1945).

Podemos señalar el inicio del determinismo geográfico en la obra de Friedrich Ratzel, quien se explicó para sí la existencia de los Estados políticos como si fueran organismos sujetos a la evolución de las especies, razonamiento al que llamó "biogeografía" (Ratzel, 1987 [1897]:59-71). La virtud de este geógrafo alemán es, desde luego, insistir en la evidencia de que el lugar y la comunidad que lo pueblan están en estrecha relación. Su exageración consistió en concluir que si un

estado era fuerte y extenso, esa era la muestra de su vitalidad y de su superioridad como especie. Más aún, que la tendencia de los estados superiores era la de crecer y complejizarse ocupando más y más espacios.

Para probarlo decía: "cuando se dibuja el mapa de un estado negro [en referencia a los estados africanos] una imagen simple aparece: la de un organismo elemental. La aldea del jefe está rodeada de caseríos y acaso uno o dos senderos que lo comunican con los territorios vecinos" (*Ibid.*:62). Los estados vigorosos, en cambio, son organismos robustos guiados por una idea política superior que los une hacia un destino común. Si acaso hay partes de su alma que no están de acuerdo con esta idea superior, dichas partes terminan por sacrificarse en beneficio de la unidad. El suelo es la única base material de la unidad del organismo político. El Estado, en su proceso evolutivo, va necesitando nuevos órganos: un bosque, una costa, un espacio fértil para la agricultura, una cantera; todos son órganos del Estado y mientras más evolucionado es el Estado, más órganos tiene y más especializados son (*Ibid.*).

Como se sabe, la visión biogeograficista de Ratzel produjo una fuerte impresión en el general alemán Karl Haushofer quien la adaptó a la realidad europea de principios del siglo XX. Probablemente estas sean las ideas de fondo que dieron al Tercer Reich la determinación para lanzar una ofensiva sobre sus estados vecinos (Tuathail *et al.*, 2006). Por ello, desde la Primera Guerra Mundial, los geógrafos opuestos a la Alemania nazi se cuidaron mucho para dejar de insistir en la relación entre suelo y gente, quizás demasiado, de modo que la historiografía que muchos escribían se convirtió en etérea. Sin embargo, hubo escuelas que se cuidaron de seguir estudiando la relación entre las comunidades y sus ambientes como la escuela de los *Annales* en Francia (Braudel, 1997). Hubo otra, que incluso comenzó a servirse sistemáticamente del concepto de 'paisaje': la llamada escuela de Berkeley, en los Estados Unidos (Sauer, 2008).

El paisaje como un texto legible ha sido explicado para diversos lugares y sus comunidades con cierta insistencia desde que la geografía redefinió el adjetivo 'cultural', a principios del siglo XX. Carl Sauer fue uno de los primeros geógrafos modernos en hablar de la 'morfología del paisaje' como una fuente de información sobre la dispersión de los rasgos culturales y sobre la periodización que podría hacerse de algún lugar específico (*Ibid.*). Sauer estableció una primera manera de hacer geografía cultural y dejó una escuela importante –la de Berkeley– entre sus alumnos y seguidores. Era una geografía que describía con detalle la cultura material (técnicas, herramientas y materiales de construcción) y la ubicaba en mapas. Una segunda geografía cultural, preocupada también por los significados de aquella cultura material, apareció hacia los años 1980. Quizá

los trabajos más célebres de esta segunda geografía sean los de Denis Cosgrove (1984) y James Duncan (1990), pero no son los únicos. En el siguiente apartado se explicará que la lectura de paisajes, como si fueran textos, es bastante más antigua y que es, en realidad, consubstancial a la geografía de todas las épocas exceptuando a las corrientes positivistas y cuantitativistas.

Aquella geografía practicada por la Escuela de Berkeley en la primera mitad del siglo XX, tuvo el acierto de traer sobre la mesa de análisis novedosas variables. Una de ellas fue la diversidad en la manera en la que las distintas naciones construían sus casas, los materiales que utilizaban y las herramientas de las que se servían. Hubo estudios sobre la expansión de los estilos arquitectónicos en los templos religiosos (Deffontaines, 1948) o sobre la difusión de técnicas agrícolas (Sauer, 1952), pero hacia los años 1970 se criticó esta forma de trabajar porque la geografía cultural enumeraba los objetos e incluso los fechaba pero no podía explicar mucho más que la dirección en la que se habían difundido en el espacio (Claval, 2012).

Surgieron así nuevas perspectivas que ampliaron la definición del adjetivo 'cultural'. Hasta entonces 'lo cultural' de la geografía significaba lo inventado y transformado por los humanos en contraposición a 'lo natural' que era dado por la naturaleza. Era una geografía muy positivista en el sentido de apelar a métodos científicos que revelaran algún tipo de regla del comportamiento o al menos de una teoría general que lo prefigurara. En este sentido la geografía cultural no se distinguía en su método de la geomorfología, lo cual fue muy bueno en un principio pues proveyó de rigor a la tarea, pero después acotó su potencial dejándola casi inservible.

Para los años 1980, el adjetivo 'cultural' de la geografía ya era algo más vívido (Claval, 2001b). Se comenzaba a despojar de la mirada del científico para asumir una responsabilidad compartida con los propios miembros de las comunidades estudiadas. No se trataba solo de describir la arquitectura o la herramienta, sino de dejar al usuario hablar de todo aquello que esos objetos significaban en su ámbito local. El paisaje, que hasta entonces había privilegiado el sentido de la vista, se llenaba ahora de nociones que apelaban a lo invisible, a lo sagrado, a lo intangible (Foote *et al.*, 1994; Jackson, 1995). Hubo una aproximación inevitable con la antropología que por esos años estaba precisamente migrando de la descripción física a la interpretación subjetiva de los rituales y las prácticas cotidianas desde una perspectiva cultural (Eriksen, 2001). Ambas disciplinas se lanzaron a la búsqueda de fuentes históricas que si bien ya habían sido consultadas por geógrafos y por antropólogos en el pasado, ahora ofrecían una lectura diferente (Hiernaux, 2010). Los mismos historiadores adoptaron un giro cultural, más

subjetivo y menos acartonado. Se vio, desde luego, que no todo estaba en el acto presente sino también en el pasado. El paisaje se asumió como un registro en el que las naciones –naturaleza incluida– habían dejado su impronta.

El proceso de introspección que la geografía cultural ha tenido en el siglo XX le permitió deconstruir nuestra disciplina al tiempo que comenzar de nuevo a concebir el paisaje como una entidad compleja en donde sociedad y naturaleza no podían ser revisadas por separado. Al final de esta deconstrucción descubrimos que la base de la geografía actual es un espejo de lo que se hacía en la antigüedad. Hemos descubierto que en realidad nos estamos mirando en el espejo de Heródoto.

Heródoto y el paisaje como historiografía

La lectura de datos históricos en el terreno y su consecuente relación escrita, data por lo menos de Heródoto. Dicha lectura habla de los cambios tanto en los lugares como en los hábitos de las comunidades. Quizá por eso es común decir que este personaje griego del siglo V a. de C., es considerado el padre de la historia (Gramont, 2003), de la etnología (Gondicas y Boëldieu-Trévet, 2005) y de la geografía (Lacoste 1976). Si lo ponemos en términos contemporáneos, Heródoto concibió un proyecto de investigación para describir el mundo Mediterráneo luego de las guerras entre griegos y persas. Para ello realizó un amplísimo trabajo sobre el terreno viajando enormes distancias para ver los lugares y escuchar las narraciones de sus habitantes. Durante su recorrido observó también hábitos de los pueblos que encontraba y características ambientales que le eran desconocidas y aunque no tenían que ver con la explicación de la guerra, tuvo a bien reportar toda esta información. Una segunda parte de su trabajo consistió en escribir el texto producto de su indagación, mismo que fue editado posteriormente en nueve partes (Barguet 1985).

Hemos querido referirnos a este autor clásico porque su trabajo nos permite extrapolar aquello que la geografía cultural tiene por objetivo hoy en día. Los llamados Nueve libros de la historia, escritos por Heródoto, en realidad portan originalmente un título mucho más simple y a la vez más completo que podría ser traducido como La investigación (Gondicas y Boëldieu-Trévet 2005; Barguet 1985). Los estudiosos de este trabajo subrayan la constante preocupación de su autor por ser exacto en su descripción, por consignar sus fuentes de información y por no emitir prejuicios aunque el autor no pueda escapar a su condición de griego que viaja por tierras bárbaras.

Siguiendo a Gondicas y a Boëldieu-Trévet (2005), veamos con mayor detenimiento el procedimiento seguido por Heródoto y valoremos aquello que sirve para ejemplificar la lectura contemporánea del paisaje. Heródoto decide salir al campo para leer una historia que pretende averiguar en los lugares y con sus comunidades. Para hacer su investigación [historiè], él se apoyará primero en su vista [opsis], después en lo que escucha [akouô] y finalmente en su reflexión personal [gnôme]. De algún modo este procedimiento es un método que nace al mismo tiempo que la reflexión científica aunque el término de 'ciencia' o el de 'geografía', no vendrán sino siglos más tarde.

La vista es, desde entonces, el sentido privilegiado de percepción; de ahí que hacer los recorridos en el campo sea imprescindible. Denis Cosgrove ha resaltado cómo la cultura occidental ha tenido preferencia por el sentido de la vista como la fuente más confiable para indagar los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad (Cosgrove, 2002). Heródoto hace descripciones precisas sobre lugares que él ha visto y guarda prudencia ante aquellos otros que la tradición sugiere o que sus informantes le han dicho (Hérodoto, 1985 [siglo V a.J.C.]).

En Egipto, Heródoto describe los rasgos del paisaje que hoy consideramos geomorfológicos: describe el aluvión y habla de los limos depositados anualmente por la crecida del río y la consecuente formación del delta. Más arriba en el valle, al sur de Heliópolis, habla de la cadena montañosa de Arabia orientada de norte a sur y otra paralela del lado de Libia. Al poniente de esta última, el suelo es más rojizo y arenoso que las áreas modeladas por los aluviones en donde el suelo es arcilloso y oscuro (libro II: 12). Los ojos del viajero están instalados en el centro del valle, a uno u otro lado del río y descubren que el valle del Nilo se estrecha en un momento y más arriba vuelve a extenderse. Heródoto sube hasta Elefantina, en Asuán, y describe las cascadas de las inmediaciones. Río abajo –describe– las crecidas del Nilo fertilizan el suelo que los egipcios siembran cada año. Ningún pueblo, observa Heródoto, tiene una tarea agrícola más fácil que éste pues no necesitan, ni arar ni deshierbar y la siega y la cosecha requieren de poco trabajo en comparación con otros sitios (*Ibid.*:14). Si bien casi nunca llueve, el agua llega regulada anualmente por el Nilo y es canalizada para irrigar sus campos (Butzer, 1976).

Metodológicamente, privilegiar la vista es una actitud que data explícitamente desde Heródoto. Antes de él, la forma y extensión de la Tierra podía concebirse con base en mitos y sus rasgos locales podían ser la narración de cuentistas y comerciantes cuya percepción o comunicación podrían estar involuntaria o deliberadamente sesgadas. Heródoto aprovecha para criticar a Homero o a "algún otro poeta anterior a éste" por haber inventado que alrededor de la Tierra

circulaba por completo un río llamado Océano (Libro II: 23). Desmarcarse de la fábula constituye para Heródoto, una actitud de rigor en el procedimiento de su investigación.

La segunda fuente de información en importancia es el oído, es decir, las narraciones orales de quienes han visto un lugar y son capaces de describirlo. Esto es imprescindible cuando la opsis no tiene la capacidad de determinar lo sucedido ya sea porque el fenómeno está lejano en el espacio o en el tiempo. En Egipto mismo, Heródoto es capaz de hablar del delta del Nilo y de ciudades del sur hasta Thebas y Elefantina, pero el alto Nilo es necesario que lo deduzca a partir de sus informantes, de quienes afirma, "en esta región, sus informaciones me han parecido exactas" (Libro II:5). Con base en sus informantes, expone entonces que el alto Nilo se compone de dos tributarios que hoy conocemos como el Nilo Blanco y el Nilo Azul (Libro II: 17). En estas zonas al sur de Asuán, da a conocer que los habitantes son los etíopes (Libro II: 29).

Una de sus conclusiones más interesantes en la región, la obtiene Heródoto de conjugar el *akouô* con el *gnôme*, es decir, el testimonio de sus informantes con su reflexión. La pregunta que se hace es ¿hasta dónde llega Egipto y en dónde comienza Libia? Para responder se basa en la consulta que los pobladores de la zona donde colinda vagamente Egipto con Libia hicieron al oráculo de Amon. La consulta consistía en solicitar que les dejaran comer carne de vaca pues ellos eran libios y por ello tenían derecho a comer de todo, en oposición a los egipcios que tenían prohibida la ingestión de ese animal. Dicho oráculo les respondió que lo tenían prohibido dado que, a pesar de residir fuera del delta, ellos eran efectivamente egipcios pues vivían en el valle del Nilo y tomaban de sus aguas (Libro II:18). Cultura y naturaleza se mezclan con homogeneidad en este relato.

Heródoto, sin embargo, desconfía de las narraciones que hablan de lugares más remotos. No acepta, por ejemplo, las que ha escuchado acerca del nacimiento de río Nilo que constituyen, en la época, una interrogante mayor dado que toda esa agua proviene inexplicablemente de una zona terriblemente desértica. "Nadie puede decir nada sobre las fuentes del Nilo ya que la Libia que éste atraviesa es un país desértico e inhabitado" (Libro II:34). No obstante, afirma haber oído que unos viajeros nasamones (de un pueblo nómada de Libia cercano a Sirte) caminaron muchos días sobre las arenas del desierto hacia el sur hasta que llegaron a una planicie en donde crecían árboles frutales, sitio donde fueron apresados por gente muy bajita con piel de color muy oscuro. Atravesando pantanos en los que había cocodrilos, sus captores los llevaron a su ciudad donde pasaba un río de gran corriente. Si bien Heródoto no da crédito a esta narración, al menos la consigna en su investigación y deja ver al lector que este río "bien podría ser el Nilo"

(Libro II:32 y 33). Si la aventura de los viajeros tuvo lugar, seguramente llegaron al río Níger (Gramont, 2003), aunque desconcierta un poco la descripción étnica de sus captores que más bien podrían ser gente Aka, de la zona más cercana al río Congo (Forbath, 2002).

Si nos fijamos bien, la investigación de Heródoto es una especie de averiguación policial en la que el encuestador clasifica a sus testigos con base en el grado de confiabilidad. Los hay de primer grado, aquéllos que dicen que vieron, y los hay de segundo grado, aquéllos que escucharon lo que un tercero vio. Así mismo hay otros encuestados cuya declaración es simplemente desechada por ser poco confiable.

Heródoto se interesa por las transformaciones ambientales y culturales, es decir, por la historia que subyace a las formas que ve y a las narraciones que escucha. Sus observaciones le hablan del cambio experimentado por los paisajes y en ese sentido son textos de historia ambiental abiertos a la lectura. Si en las cimas de los montes hay conchas marinas es porque anteriormente esos materiales se hallaban sumergidos. "Sin duda [agrega] Egipto fue antes un golfo que se extendía desde el mar septentrional [Mediterráneo] hacia Etiopía" (Libro II:11). El delta "es una formación reciente" y su continuo crecimiento hacia el norte abre nuevos campos de cultivo para los egipcios que van ocupándolos en la medida en que se van formando (Libro II:15). Con mucha claridad deja ver que los paisajes evolucionan con el tiempo y cambian por completo su apariencia y el uso que los pobladores hacen de sus suelos.

Heródoto lee en el paisaje las soberanías vigentes, los nuevos límites de los pueblos que ahora están gobernados por persas o por griegos y que antes eran autónomos. Al hablar de los pueblos de Libia (topónimo genérico para África del Norte) afirma: "cuatro razas la habitan, ni una más que nosotros conozcamos: dos son autóctonas, las otras dos no; son autóctonos los libios al norte y los etíopes al sur; los fenicios y los griegos llegaron del extranjero" (Libro IV:197). Lee también los procesos de dispersión de las civilizaciones, como en el caso de ese grupo de 240 000 guerreros egipcios que abandonaron su lealtad por el faraón Psamético y la adquirieron por el rey de Etiopía, el cual los premió con las tierras que pudieran arrebatarle a sus enemigos. Con esta defección, asegura Heródoto, comienza la civilización de Etiopía mediante la adopción de las costumbres egipcias (Libro II:30).

Terminamos este apartado diciendo que de los tres recursos de los que echa mano Heródoto para hacer su *historiè*, (vista [opsis], oido [akouô] y reflexión [gnôme]) es la última la que ha evolucionado más entre los dos momentos de la geografía cultural que describimos en el apartado anterior. En la primera geogra-

fía cultural –la de Sauer– la reflexión se concentraba en develar los procedimientos y mecanismos de la expansión de un proceso en el espacio. En la segunda geografía cultural –la de Cosgrove o de Duncan– la *gnôme* está mucho más revolucionada y busca con insistencia significados de las cosas, incluso de aquéllas que no se expanden en el espacio o permanecen enterradas.

Epílogo

Respondamos sintéticamente a las tres preguntas que hicimos en la introducción: *a)* ¿qué es el paisaje en su dimensión histórica?, *b)* ¿cómo el geógrafo ha leído el paisaje a través de la historia?, y *c)* ¿en qué medida el paisaje mismo es también un texto historiográfico?

a) El paisaje en su dimensión histórica constituye una fuente de información primaria, igual que la excavación de un arqueólogo o el archivo de papeles y mapas hallado por un historiador. El paisaje es repositorio de acciones humanas conjugadas con la topografía natural.

b) El geógrafo ha leído el paisaje haciéndose presente en él, introduciéndose en sus lugares e interactuando con sus habitantes. El geógrafo lee con los pies. Camina constatando que, en el paisaje, hay informaciones de diversas épocas entremezcladas y trata de ordenar la secuencia que ve. Sus observaciones las contrasta con las conclusiones que otros estudiosos del pasado han obtenido: en particular con informes arqueológicos y con textos históricos. Ante la diversificación de la geografía en el siglo XX, el geógrafo que comprendió que cada comunidad concibe su espacio de manera diferente y con una lógica igualmente válida, definió el enfoque cultural propiamente dicho.

c) Por último, el paisaje es también una especie de fuente ante la cual el geógrafo debe usar la vista y el oído para después moderar su apreciación. Hemos visto el ejemplo de Heródoto quien durante años consigue leer paisajes que le darán una visión general del mundo mediterráneo que resulta balanceada y esclarecedora.

Sin embargo, Heródoto también es útil para reflexionar sobre los momentos de debilidad del geógrafo y del historiador. A menudo, la necesidad de terminar un relato, una historia, una descripción, un artículo académico, lleva a su autor a realizar conclusiones apresuradas o a inventar puentes entre dos informaciones

que sí pudo comprobar. Heródoto no pudo escapar a esta tentación y en momentos donde su vista no pudo comprobar, prefirió confiar en su oído y posiblemente en relatos de segundo grado. Para terminar este capítulo se dedica un comentario a la siguiente cita textual de la Investigación de Heródoto que me consumió varias semanas de trabajo en bibliotecas. El párrafo, extraído del libro III, habla de un paisaje que se localizaría, según el autor, al sur del mar Caspio y al norte de la ciudad de Susa (o Shush), en el actual Irán:

> En Asia existe una planicie circundada por montañas entre las cuales se abren cinco cañadas. Anteriormente pertenecía a los cerasmios […] hircanios, partos, sarasgas y tamaneos; desde el establecimiento de la dominación persa, pertenece al Gran Rey [de Persia: Asuero]. Entre las montañas que la circundan sale un gran río: el Aces. Estaba dividido anteriormente en cinco cauces que irrigaban los países que mencioné pasando por una cañada diferente. Desde la dominación persa todo ha cambiado: el rey mandó represar con esclusas las cañadas de la montaña y el agua, impedida de seguir su curso normal, se desvía hacia la planicie interior formando un manto de agua dado que el río aporta aun sus aguas sin hallarles salida. Los pueblos que antes aprovechaban sus aguas, ahora se encuentran privados de ellas y están en la peor de las angustias: en invierno el cielo les envía lluvia como en todas partes, pero en el verano, cuando siembran mijo y sésamo tienen necesidad del agua; dado que les es negada, se van a Persia con sus mujeres para manifestarse y llorar a las puertas del palacio; el rey ordena entonces abrir las esclusas que proveerán el agua a aquellos que más la necesitan; cuando sus tierras han bebido suficiente, se cierran las esclusas y se abren en otra parte para aquellos que tienen urgencia (Libro III:117, traducción del autor a la versión francesa).

El párrafo es excelente para ejemplificar un paisaje en el que la naturaleza provee los elementos básicos (río, montañas, planicie, clima lluvioso en invierno) y la cultura de los pueblos también deja rasgos de larga duración (los sembradíos de mijo y de sésamo, las esclusas, el palacio). También es elocuente para mostrar que la política ambiental y económica cambió cuando los persas ocuparon la zona. Es una descripción que no desintegra los elementos sociales y ambientales y que además toma en cuenta la historia en lapsos de larga duración. Es una pieza de historiografía perfecta si no fuera porque es falsa.

Se sabe que no pocos lectores de Heródoto, desde la antigüedad hasta el siglo XIX, criticaron algunas de sus afirmaciones y muchos de ellos descalificaron su obra completa. En la antigüedad, Tucídides llegó a concluir que para tener

certeza en una averiguación, era necesario abstenerse de hablar de las cosas del pasado o de las cosas lejanas. Si esto fuera atendido, no existiría la historia como ciencia y la geografía estaría destinada a ser exclusivamente local y desprovista de su dimensión temporal que es necesaria para comprender los procesos de cambio. Cicerón fue más balanceado en su crítica sobre Heródoto pues igual lo llama "el padre" de la *historiè*, como lo tacha de contar en ella fábulas. Por su parte, Plutarco también habló mal de Heródoto criticando que en sus narraciones, los bárbaros quedan demasiado bien parados, es decir, que aunque el investigador es un griego, manifiesta demasiada admiración por Egipto, Babilonia o Persia (Gondicas y Boëldieu-Trévet, 2005). En estos tres autores, lo que queda claro es que no hay unanimidad sobre la veracidad de su obra. En los siglos posteriores, después de mucho analizar y comparar los llamados Nueve Libros de Heródoto con otras fuentes y sobre todo con el testimonio de muchos otros viajeros, hay nuevas voces que lo critican. En particular, hay dos autores decimonónicos que se detienen a analizar el párrafo arriba citado en el que se da cuenta de la división en cinco ramas del río Aces.

Uno de ellos, François de Bovet, dedica un capítulo entero al asunto del río Aces en el que expone su versión según la cual, acaso las descripciones de Heródoto podrían situarse en las planicies al este del mar Caspio en los actuales Uzbekistán y Turkmenistán, y que el manto de agua que se formó por la contención del río Aces es el Mar Aral en el que se vertían efectivamente varias corrientes. Si estos dos cuerpos de agua –el Caspio y el Aral– se unían en el pasado, lo hacían probablemente por los paleocauces de ríos que llevaron los nombres de Ochus y de Oxus. Uno de éstos podía haber sido el Aces de la narración de Heródoto.

Sin embargo, sigue Bovet (1835), Heródoto no señala la posición del Aces y se ve inclinado a afirmar que está al sur del Mar Caspio pues esta ubicación convenía a la lógica de su descripción por dos razones: primero porque los habitantes de Susa –cercana al Mar Rojo– no podrían alejarse demasiado –hasta Turkmenistán– para hacer sus súplicas anuales en el palacio y segundo porque en su narración había una montaña, misma que al sur del Caspio –en Irán– podría hallarse, pero no en las planicies de Uzbekistán o Turkmenistán. El otro autor decimonónico que desacredita a Heródoto es Peter Edmund Laurent y él simplemente afirma que la existencia "de esta corriente [la del río Aces] es bastante improbable y nos parece muy difícil determinar a qué río estaría aludiendo" (Laurent, 1837:372). ¿En qué momento la historiografía antigua asentó al sur de Caspio los paisajes descritos por Heródoto?

Bovet dice que es en el libro de Ester, hoy parte del Antiguo Testamento, de donde probablemente Heródoto recoge esta narración pues los lugares que cita son los mismos que se mencionan en el capítulo III. En este capítulo se da cuenta del edicto concebido por Asuero, el rey de Persia, para exterminar a los judíos de la zona (Ester 1988 [s.f.]). Bovet (1835:224) afirma que lo que dice Heródoto

> no es más que una tergiversación de lo que se lee al final del capítulo III del Libro de Ester respecto del edicto dado por Asuero a solicitud de Amán, así como lo que se dice a principios del capítulo IV, de los gritos de Mardoqueo y los gemidos de los judíos cuando vieron esta ordenanza anunciada en Susa y sus provincias.

"El río Aces, que se sepa, no ha sido ni reconocido por geógrafo alguno ni encontrado por ninguno de los viajeros modernos. Lo que dice Heródoto es efectivamente de esas cosas de las que se puede hablar pero que no se pueden ver" (*Ibid*.:223). Con esta frase, Bovet devela la fragilidad de un método que si bien da resultados para hacer una investigación, depende de la calidad de los informantes del investigador y de la propia capacidad para contenerse de llegar a conclusiones sin contar con pruebas.

Capítulo 4. Percepción europea y realidad americana: México y Perú en la cartografía del siglo XVI

Raquel Urroz Kanán
Facultad de Filosofía y Letras (Posgrado)
Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción

Este trabajo propone partir de ciertas ideas fundamentales que conformaron el humanismo cristiano en materia de cosmografía y geografía. De tal forma que se extraiga la proyección que apuntó hacia algunos de los primerísimos conceptos sobre la naturaleza y la humanidad americana. Enseguida se desarrolla una de las tantas formas que tuvieron los europeos para aprehender y ordenar una realidad social –que resultaba sumamente heterogénea y compleja–, con base en la distribución geográfica de las múltiples exploraciones españolas. Esto es, los primeros colonizadores debieron elaborar una clasificación sobre las múltiples culturas halladas bajo un esquema básico de niveles de civilización. Bajo su lógica espacial, podían manifestarse los diferentes grados de evolución de los pueblos, como por ejemplo, en los elementos propios del desarrollo urbano entendido al modo europeo. A continuación se explica y ejemplifica con cartografía coetánea, la manera en que se configuraba un panorama general de la América en su conjunto una vez conquistados los centros urbanos de Cuzco y Tenochtitlan. Por último, se desarrolla la manera en que estas dos ciudades y sus complejos aparatos estatales brindaron los parámetros necesarios para jerarquizar y segmentar las demás macro regiones del espacio geográfico del Nuevo Mundo. De manera que pueda vislumbrarse lo que serán los primeros años de vida colonial cuando se construía ya una tipología social asociada al espacio americano. Los mapas del siglo XVI nos dan muestra de ello. Su diseño fundamental acomodaba tierra adentro los imperios inca y mexica, mientras que al margen de ellos se dibujaban tierras de guerra y barbarie. En suma, la gran mayoría de las regiones americanas encontraron su sitio dentro de la cartografía europea que dibujaba una primera configuración general del hemisferio occidental.

De forma aclaratoria, vale decir que este trabajo no hace referencias etnográficas sobre los pueblos indoamericanos; ni enuncia definiciones al respecto. Así como tampoco apunta a ninguno de sus complejas formas de organización sociocultural, procesos de identidad o de arraigo, pertenencias o transformaciones territoriales, etc. En todo caso, se trata de brindar apenas alguna pista para comprender algunos aspectos sobre las categorías culturales y las herramientas jurídico-políticas que fueron construyendo los españoles para crear ciertas nociones del espacio y de sus habitantes, de manera colectiva y homogénea.

La América ancestral fue un espacio cuya existencia geográfica se fue conformando históricamente en una red inmensa de grupos humanos que habitaron y moldearon el continente por medio de infinitas formas culturales. Formadas por una combinación de climas y regiones que incluyen islas, costas tropicales, altiplanos y llanuras templadas; las dos grandes masas que conforman el continente, presentan cierta continuidad territorial de configuración longitudinal. No obstante, más que una unidad geográfica que pudiera haber facilitado los desplazamientos y vínculos sociales a través de las vías naturales de paso a lo largo de cordilleras y los ríos, se trató de una gran disposición histórica que permitió que en sus espacios se tejieran tradiciones intelectuales que luego convergieron en un desarrollo de rasgos análogos y de hondas raíces históricas (Zavala, 1961:133). Esto es, aunque existieron infinitas formas diferenciadas e identificables, éstas pudieron conectarse en sus fundamentos más profundos. Así nos lo recuerda Brotherston cuando se refiere a tierra quiché como la productora de la *Biblia* americana: el *Popol Vuh*, síntesis de una geología y una cosmogonía completa de la América indígena (Brotherston, 1997:371).

Desde un enfoque histórico-geográfico, y otro con perspectiva cultural, Silvio Zavala y Gordon Brotherston respectivamente, son dos autores en los que se basó esta investigación y quienes desarrollaron una visión totalizadora de la América, tanto precolombina como virreinal, en un sentido de conjunto. Pero esto es lo que pensamos y sabemos hoy. En cambio, cuando el continente recibió la presencia del mundo cristiano, los españoles tuvieron que elaborar su propio esquema explicativo frente a lo que se posaba ante sus ojos. La conciencia europea requirió plantearse cuestiones, tanto de carácter natural como de índole moral, que explicasen la naturaleza del Nuevo Mundo. Las respuestas vendrían de la geografía recién hallada, pero también de su propia historia cultural, la cual brindaba sus fundamentos.

Básicamente, las interrogantes que desataron su polémica fueron dos; la primera era saber si América participaba o no de la misma naturaleza que la europea o, lo que es lo mismo, si estas nuevas tierras formaban parte del mundo conocido.

La segunda giraba en torno al origen de sus pobladores, buscando determinar su condición humana (O'Gorman, 2002:15-16). Para ir respondiendo a estas interrogantes –y a medida que avanzaban las exploraciones al interior del continente–, los europeos fueron construyendo a lo largo del siglo XVI sus categorías identificatorias, mismas que nacían de esquemas culturales propios y de profundas concepciones filosóficas que los orientaban. Estas nociones fueron recogidas por las crónicas españolas, así como representadas en la cartografía coetánea. A la postre, todas ellas arraigaron como criterios fundamentales de la historiografía del Nuevo Mundo y, por ende, como parte de una filosofía de la americaneidad. En realidad, el territorio americano pasó por diversos grados de identificación, apropiación, conceptualización y representación; no siempre relacionados con el aspecto real y exacto de su geografía. Sobre todo, su percepción respondía a distintos momentos de avance en la posesión y el despojo de las tierras nativas.

En estos inicios –y aunque en vísperas de las grandes transformaciones económicas e intelectuales del siglo XVI– la conquista, la explotación y el ordenamiento territorial en el mundo iberoamericano se presentó como una empresa de carácter más medieval que moderna. Así nos lo sugiere Baschet (2009:317) cuando propone denominarla como un "feudalismo tardío dependiente". Esto es, en conformidad con una lógica feudal emanada del imperialismo español, se reorganiza el hábitat iberoamericano con el fin último de realizar el sueño de todo conquistador: fundar señoríos que otorguen la posición social y el poder de la aristocrática hidalgueña, la misma que no fuera obtenida en sus propias tierras (*Ibid.*:315). En este sentido, cabrá la pregunta sobre el objeto del deseo español en tierras americanas. Es decir, ¿fue hallado aquello buscado por los españoles en espacios americanos? Saberlo dependerá de las nociones geográficas que imperaron a la hora de identificar y definir este territorio. Aunque debían ajustarse a una realidad física inédita, sus principios explicativos nacían de razones históricas, de justificaciones morales y de cierta manera de entender el mundo. Al final, será un grupo en el poder quien logre una síntesis conceptual que construya un diseño espacial, imponiendo límites y modelando formas culturales en sus paisajes.

Fuera cual fuese el patrón espacial impuesto, éste no pudo llevarse a cabo de forma homogénea y unitaria. Únicamente, en ciertas partes de su geografía se cumplieron las condiciones y anhelos esperados. En este sentido, los españoles determinaron conquistar dos capitales densamente pobladas en áreas que hoy denominamos Mesoamérica y los Andes. Fueron estos dos focos de civilización los que, a su parecer, albergaron dos conglomerados urbanos que seguían directrices semejantes a las de Europa. En última instancia, esto significaba la promesa de

su transformación en importantes reinos y provincias pertenecientes a la corona española. De hecho, hubo un largo periodo que refiere la cartografía del Nuevo Mundo, en que se concibió y se representó el espacio iberoamericano conformado fundamentalmente por dos grandes centros de poder político: México y el Perú, ambos rodeados por fronteras bárbaras excluidas de toda civilización.

La ciudad sería el corazón que cohesionaba las prácticas sociales y generaba estas identidades colectivas. Dentro de ella, cada individuo viviría portando una doble lealtad: como fiel a la iglesia y como súbdito del rey. Entre todas sus clases sociales, era la burguesía el estamento que ocupaba el lugar central. De forma que, como nos lo recuerda Pirenne (2012:282-283), más valía ser parte de las oligarquías de las ciudades y contar así con los privilegios corporativistas. Se trataba de un exclusivismo respaldado por el derecho que sostenía la propia comunidad de la ciudad representada en el municipio. Sin embargo, este esquema de política urbana controlada por una pequeña burguesía, se modificaba para el caso de Castilla. Allí, se trataba, más bien, de una nobleza heredera de una casta militar ligada a la corona, aquélla encargada de dirigir y dar forma al cuerpo social de las ciudades (*Ibid*.:361). Es esta la fórmula espacial que se buscará prolongar en América bajo un ideario geopolítico: ganar tierras, otorgar títulos de dominio e implantar cierto modelo urbano. No obstante, como bien lo estudió Lockhart (1982:65) para el caso hispanoperuano, no podía ser ninguna nobleza quien llevara a cabo el nuevo ordenamiento del territorio, ya que ésta había llegado tarde a su repartición. En el caso de Lima o de Cuzco, por ejemplo, solo fue hasta 1556 que se estableció plenamente una clase cortesana virreinal. En su lugar, eran los conquistadores y veteranos de guerras quienes se apropiarían de las tierras por medio de la encomienda.

América: frontera de 'Occidente'

Uno de los efectos más inmediatos de los primeros viajes trasatlánticos fue el trasplantar lugares mítico-fabulosos hacia nuevas tierras. Era la fuerza del cristianismo la que echaba a andar las grandes epopeyas, aquéllas que tendrán lugar en el desierto, en la selva, en bosques o islas remotas (Le Goff, 2013:27). Por ejemplo, cuando Colón arribó a la región de Paria en Venezuela, creyó honestamente haber llegado al Paraíso Terrenal ubicado en el fin de Oriente: en la parte más elevada de la Tierra, la única que había logrado escapar al Diluvio (Colón, 1982:213). Pero además del jardín del Edén, existían otros sitios paradisiacos que se buscaron y representaron en una profusa cartografía americana. Algunos

de ellos fueron la Fontana de Juvencia, el país de Cucaña o el reino de Jauja, la ciudad salomónica de Ophir, Eldorado o Manoa, Quivira, entre otras.

No obstante, el Infierno también había emigrado a los confines del mundo. Junto con él, gran parte del bestiario "clásico" inventariado y difundido en la Edad Media por San Isidoro de Sevilla, en sus *Etimologías*; y por San Agustín, en *La Ciudad de Dios*. Así, por ejemplo, se americaniza el mítico lugar poblado de engendros y monstruos en el extremo oriental: Gog y Magog serán representados en cartografía americana temprana como en el caso del mapa de Juan de la Cosa de 1500, el globo de París de 1515 o el mapa de Hulsius de 1599.

Se puede decir que las descripciones ambiguas que se hacen de los habitantes americanos y de su naturaleza corresponden, más bien, a estados momentáneos que justifican diferentes acciones de despojo o coloniaje. De modo que, unas veces el indio será domable, y otras, el salvaje, será un caníbal (Duviols, 2000). Esta ambivalencia se explica no tanto en las distintas percepciones sobre su aspecto físico –como pudiera ser el color de la piel– sino por la situación o estatus legal que en un principio quedaba indefinida, dando pie a manipulaciones cambiantes (Bernard y Gruzinski, 1999:43). Sea como fuere, es necesario recordar que, en todo momento, los indígenas americanos fueron considerados moral y legalmente como parte de la progenie adánica, del único posible origen humano –con la consabida falta de su estereotipado paganismo. De hecho, Gerbi (1992:23) corroboró que no hay un solo cronista de las Indias que dudara del hecho de que América participaba de la misma naturaleza del viejo mundo y, por tanto, de que ambos mundos formaran parte de una unidad cósmica esencial. Esto significa que, a pesar de cualquier calificativo o criterio moral aplicado al Nuevo Mundo, éste se definía como extensión y prolongación de Europa.

Sin embargo, con los hallazgos constantes de extensos territorios en el hemisferio occidental, la superficie terrestre se comienza a relativizar forzosamente. Esto es, todo puede ser centro y todo, periferia. Es el caso del extremo Oriente –Indias Orientalis– como una región del mundo esencialmente dinámica, que solo se fija momentáneamente por medio de los avances en la posesión y colonización de nuevas tierras. De manera que las fronteras de la ecúmene no solo se recorrerán hacia el oeste conforme las exploraciones revelen nuevos espacios en esta dirección. También se acomodarán con respecto a nuevos centros considerados políticamente estratégicos y geográficamente radiales frente a otras regiones fronterizas. Esto puede corroborarse por medio de los grandes mapamundis elaborados en la segunda mitad del siglo XVI. Ellos nos muestran una primera percepción y visión del espacio global americano, así como de sus regiones geográficamente ubicables. Las Indias *Meridionalis* estuvieron representadas como

una inmensa franja vertical de tierra conformada por dos grandes bloques con sus respectivos centros hegemónicos: México y Perú; mientras que sus colindancias se representaron, en primer lugar, con la Patagonia como isla o tierra fantástica poblada por gigantes (Anónimo de Sloane de 1530; Apiano, 1545; Hulsius, 1599). Al norte se dibujó la tierra de Paria, es decir, una región inexplorada pero posible vía de acceso a tierras doradas o a Asia (Münster, 1540; Gastaldi, 1560); al este, se ubicaba la cuenca amazónica como una suerte de gigantesco pantano insular, lleno de papagayos, palo Brasil (Cantino, c.1502) y, sobre todo, caracterizado éste por ser tierra de caníbales (Kunstmann II, 1503; Grynaeus, 1532; Plancius, 1596).

Por último, hacia el oeste y en zona andina, debía encontrarse la tierra aurífera, única con posibilidades de asentar una capital política y económica. Este centro nuclear debía fundarse en torno a la ciudad de Eldorado y próximo a un inmenso lago inexistente –pero representado en cartografía– denominado Parime. Este sitio fue buscado en Colombia, Ecuador, Paraguay y Perú, casi siempre representado entre el Orinoco y el Amazonas como en el mapa de Hondius de 1599 o de De Bry de 1590 (Porro, 2013).

En síntesis, se trataba de un conjunto de regiones que conformaban el hemisferio occidental y que denotaron tanto fantasías positivas como negativas de la propia alteridad europea, así como una actitud calificatoria frente a distintos niveles de civilización. La cartografía del siglo XVI da cuenta de ello y muestra la supremacía y el lugar central que ocuparon las ciudades americanas consideradas "europeizadas". De entre todas las regiones selváticas y desérticas pobladas por seres deformes, aparecen inequívocamente dos nombres de sitios centrales fuera de toda barbarie: México y Perú representan, en este sentido, los dos centros hegemónicos en los mapas de Apiano de 1545 o 1596; de Ramusio, 1556; de Plancius, 1596, y en el grabado de 1645 de Williem Blaue.

Posibilidad y realidad Iberoamericana

De modo general, la descripción de los primeros cronistas trata los grandes rasgos de la naturaleza que ofrecían las nuevas tierras. Sabemos que a la hora de interpretar el paisaje, los primeros exploradores recurrieron, más que a experiencias pasadas o *in situ*, a su propia percepción cultural. Ésta provenía y era consecuencia del redescubrimiento de los antiguos, cuyas obras contenían toda respuesta. Es decir, la verosimilitud de la realidad americana vendría únicamente si su existencia era certificada, ya fuera por los autores clásicos o por la propia

Biblia (*Ibid*.:79). En este sentido, la primera impresión global y contundente de la geografía americana corresponde con el paraíso terrenal bíblico. De modo que las obras de Colón y Vespucio –y, más tarde, las de Pedro Mártir de Anglería y Martín Fernández de Enciso– representan una permanente llamada de atención a la riqueza natural de las Indias: buenas y ricas tierras, de flora exuberante y de selva virgen. En suma, la Tierra de Paria que describen los primeros cronistas –a excepción de su profunda humedad– será considerada una perpetua primavera (*Ibid*.:348-349).

Desde el punto de vista jurídico, los espacios de las Indias pertenecían a la Corona y por medio de las acciones militares una ciudad podía convertirse en la institución facultada para, desde allí, repartir y tomar posesión de las tierras. Pero el carácter de su funcionalidad lo definiría, en gran medida, la propia geografía física de cada sitio en particular. Además, las condiciones de clima y de latitudes, muchas veces determinaron el carácter del lugar elegido y los tipos de colonias que se fundaban en el Nuevo Mundo. Dominio político-militar que encontró en el archipiélago antillano el punto de apoyo y la puerta de entrada a las posesiones continentales. Además, como nos lo sugiere Silvio Zavala, las islas del Caribe fungían como centro de aprovisionamiento y de aclimatación para los futuros colonizadores (Zavala, 1961:60). Para 1501, la reina solicitaba por vez primera se hiciera población en La Española. Así, se fundaba la provincia de Santo Domingo en 1502. Como corporación municipal, se conformaba entonces la primera institución legal que daba jurisdicción a los soldados sobre los indios (Moya, 2000:116). De modo que se establecía uno de los primeros pasos legales dentro de la estratagema de la invasión: hacer de los conquistadores fundadores de repúblicas y villas. Esta operación disolvía la estructura militar en las conquistas de estas tierras, volviendo de fácil mezcolanza la figura de capitán general con la de título de gobernador, al tiempo que los miembros de las tropas de expedición se tornaban (potencialmente) en dueños de la tierra.

Este deseo encontraba su explicación en la propia tradición hereditaria española donde la propiedad de la tierra suponía beneficio económico y posición social. El paso previo para que esto sucediera, es decir, el establecimiento de futuras poblaciones por fundarse, gravitará en torno a la encomienda. Precisamente la institución que permitirá conformar un lugar de residencia y de gobierno para la gran mayoría de españoles que solo allí alcanzaban alto rango. En otras palabras, en las nuevas ciudades con gobierno, los conquistadores podían acercarse al equivalente de "hidalguía peninsular" (Lockhart, 2000:361). Para comprender el peso valorativo del terruño entre los españoles, acaso debemos seguir la tesis de Lockhart, quien nos propone comprender las expediciones como una ciudad

en movimiento. Ellas tuvieron su propia estructura interna de carácter urbano, representando la expresión más temprana de una nueva sociedad española que venía equipada para convertirse en inmigrante y en colono (*Ibid.*:347). De forma tal que desde los primeros intentos por fundar ciudades a lo largo de sus campañas, los españoles comenzaban a experimentar el sentido de pertenencia y a comprobar sus posibilidades de permanencia.

A pesar de los propósitos imperiales de implantar encomienda y de las intenciones de soldados no enriquecidos de hacerse de tierra, los primeros asentamientos fueron de carácter efímero. Esto es, el trasplante de la tradición española al Nuevo Mundo tuvo sus inconvenientes: estos espacios ya contaban con amplias y densas poblaciones indígenas propietarias de tierra. Por tanto, la posesión de ella no podía realizarse de inmediato ni en cualquier sitio. En otras palabras, mientras que llegara el momento en que las tierras se despoblaran para volverse disponibles, los colonizadores podían concentrarse en la tarea que representaba el botín, la mano de obra y los tributos.

México y Perú: capitales de 'Occidente'

Naturalmente el aprovechamiento y las condiciones de habitabilidad en las distintas áreas geográficas dependerían de los recursos desigualmente repartidos, de su posibilidad de explotación y circulación, etc. En este sentido, se advertirán distintos desarrollos europeos tanto en las costas y vertientes, como en valles y altiplanos interiores. No obstante, las preferencias de los colonizadores en sus primeros asentamientos estarían determinadas, en gran medida, por el hallazgo de concentración geográfica indígena sedentaria y por tanto, de densa mano de obra.

Desde sus derroteros marítimos, los españoles tuvieron noticias de dos antiguas sedes que albergaron altas culturas indígenas. En otras palabras, Cuzco y Tenochtitlan eran los dos núcleos centrales que en sus rastros geográficos se dejaban descubrir desde espacios costeros. Desde esta perspectiva continental se configuraban las primeras nociones geográficas de los valles interiores, de las mesetas centrales y de dos grandes capitales política y simbólicamente poderosas. Así, pues, tanto desde el Atlántico, como desde el Pacífico, comenzaban los procesos de reconocimiento y delineación, tanto de las futuras capitales virreinales como de espacios americanos fronterizos.

En efecto, dentro de los trópicos se habían desarrollado dos áreas culturales atravesadas por altas cordilleras y divididas en su interior por un gran número de regiones naturales con condiciones ecológicas y recursos altamente diferenciados.

Mesoamérica y los Andes fueron extensos espacios de tal variedad ambiental que sus productos, provenientes de distintas altitudes, fueron explotados desde fechas muy tempranas, generando procesos de circulación de bienes, intercambios recíprocos y altos grados de redistribución. En suma, se trata de dos focos de civilización fundamentalmente agrícolas que activaron procesos económicos que descansaban, a su vez, en instituciones políticas. De manera que se desarrolló una clase dominante que ejercía su dominio sobre la mano de obra, así como sobre la organización y distribución de la tierra por medio de diversos mecanismos de poder. Aunque existieron variaciones con respecto al grado de centralización económica y política para ambos casos y, por tratarse de la administración de amplias extensiones geográficas, los centros de poder crearon subdivisiones político-territoriales con distintos grados de autonomía. Es decir, en cualquiera de los casos existieron tipos de dominio diferenciados, muchas veces determinados por las distancias, los recursos o, bien, por el choque con territorios enemigos. Todo ello resultó en el establecimiento de esquemas de poder que se sobrepusieron a las unidades ya existentes. De cualquier manera, para el siglo XVI existieron dos sistemas políticos en pleno funcionamiento, basados en estructuras de poder ideológicamente constituidos. A la llegada de los españoles, éstos habían alcanzado formas estatales de gran complejidad basadas, en gran medida, en el control territorial.

Desde sus capitales religiosas y políticas, se desplegaban acciones económicas, políticas y rituales sobre una red de asentamientos deliberadamente modificados. En muchos casos, esto generaba núcleos urbanos altamente poblados y territorialmente ordenados. Estos mismos centros de poder estatal fueron identificados muy pronto por lo españoles que incursionaban tierra adentro. José de Acosta (1987:405-406), en su *Historia Natural y moral de las Indias*, es quien mejor lo sintetiza cuando declara:

> En la India Occidental solamente se han descubierto dos reinos o imperios fundados, que es el de los mexicanos en la Nueva España, y el de los ingas en el Pirú; y no sabría yo decir fácilmente cuál de éstos haya sido más poderoso reino; porque en edificios y grandeza de corte, excedía el Moctezuma a los de Pirú; en tesoros y riqueza, y grandeza de provincias, excedían los ingas a los de México. […] Una cosa es cierta, que en buen orden y policía hicieron estos dos reinos gran ventaja a todos los demás señoríos de indios que se han descubierto en aquel Nuevo Mundo…

Derivado de su geografía y de su historia, el altiplano del Anáhuac se configuró en una estructura radial cuyo núcleo de poder fue capaz de articular un am-

plio sistema espacial en total funcionamiento a la llegada de los españoles. Desde su capital, el imperio mexica desplegaba un aparato coercitivo que sojuzgaba a cientos de pueblos dentro del espacio mesoamericano que alojaba millones de habitantes. En realidad, se trataba de un poder constituido por tres capitales dinásticas que organizaron el territorio por medio de un principio que Pedro Carrasco (1996) intentó desanudar y presentar. Por un lado, nos explica, se trataba del repartimiento de tierras y su distribución de manera entreverada, entre las cabezas de una triple alianza y los señores locales. Por el otro lado, regía la compartición de tributos, aunque por lo general, a favor de la sede del poder en Tenochtitlan. Como resultado, y dentro de una lógica político-territorial, se desarrolló una estructura de gran complejidad con respecto a la tenencia de la tierra, acrecentando tanto sus categorías como sus derechos. Es decir, las divisiones territoriales funcionaron sobre varios niveles de la estructura socio-territoral ya existente, aunada asimismo a una segmentación política previa de reinos, ciudades y parcialidades de pueblos regidas por sus respectivos reyes y caciques. En fin, el imperio mexicano fue un mosaico de sectores territoriales carentes de demarcaciones fijas, pero sobre los cuales hubo distintos tipos de dominio, muchas veces bien consolidados en su parte nuclear y otras tantas de alcances pasajeros en sus regiones apartadas.

Como contraparte del mundo mesoamericano, el espacio andino encontró en el imperio inca el reino de mayor extensión de la América antigua. Bajo su administración, se desarrollaron formas culturales de gran complejidad administrativa tales como un sistema de transporte y comunicación que delimitaba cuatro grandes regiones en torno a un centro político religioso. El total de sus espacios estuvieron conectados por una inmensa red caminera que fungía como el elemento estructural e integrador de todo el imperio. Éste tuvo una dirección general de norte a sur que iba desde el sur de Colombia y Ecuador a la altura de Pasto, a través de la cordillera de los Andes, y hasta la región central de Chile, el Tucumán argentino y el Altiplano de Bolivia. De forma transversal existió otro camino que cruzaba desde la costa del Pacífico hasta el borde amazónico de la Cordillera (Raffino 2006:76).

Pero más que ser un Estado totalitario que conquistó fronteras por medio de una maquinaria militar, se trató de un grupo en el poder que organizó a otras comunidades étnicas bajo un régimen redistributivo que incluía el acceso a regiones y altitudes ecológicas muy distantes. En otras palabras, el incario desarrolló una economía basada en la captación de mano de obra organizada bajo relaciones recíprocas, pero asimétricas, que conformaron una sociedad regimentada y altamente burocratizada. De tal manera que, a la llegada de los españoles, funcionaba en los Andes un aparato político eficaz donde el Estado obligaba a millones de

varones a contribuir con su trabajo para su debida autosuficiencia, para el sistema de redistribución, así como para sostener un aparato administrativo y una elite señorial que residía en el Cuzco.

El mundo andino preincaico tuvo una primera noción implícita del espacio que puso en práctica a nivel local. Se trataba de pisos ecológicos dispersos y distantes que Murra (2009:78) denominó archipiélagos verticales. Los explicó como si se tratasen de islas periféricas con un centro, en donde las tierras accesibles eran un conjunto de lotes distribuidos en diferentes ámbitos ecológicos. De modo que la posesión de la tierra por cada grupo comunitario funcionaba como entidad discontinua, aunque también como un conjunto de regiones comunicadas y diferenciadas por sus microclimas y sus recursos locales (*Ibid*.:121). No obstante, bajo el incanato, se organizó una nueva estructura territorial comunicada por medio de caminos ya existentes, pero esta vez conectados entre el núcleo y el resto de sus áreas. De esta forma el valle del Cuzco se construía como el centro de una triple territorialidad: el desierto costero, la sierra y las selvas tropicales en las tierras bajas. Es decir, se trataba de dominar, en un solo sistema, los elementos del paisaje que precisaban dimensiones espaciales compartidas entre planicies, cerros y lotes agrícolas.

El segundo criterio espacial consistió en la división simbólica del territorio total. Estuvo conformado por cuatro grandes segmentos, los mismos que previamente habían estado habitados y organizados por distintos grupos étnicos, pero que esta vez eran movilizados y reasignados por el Inca. A grandes rasgos, estas cuatro regiones estuvieron separadas y demarcadas por medio de mojones naturales o huacas. Además de estar organizadas bajo cientos de líneas visuales en el paisaje que marcaban secciones de canales de riego, propiedades de tierras y grupos sociales. Al territorio en su conjunto se le denominó *Tawantinsuyu*, palabra quechua que quiere decir "las cuatro partes del mundo" (Garcilaso de la Vega, 1944:17) o "los cuatro términos del imperio". Su sede fue la ciudad de Cuzco donde se concentraron las instituciones estatales y un aparato de ideología religiosa.

Tenochtitlan y Cuzco: ciudades paradigmáticas

Será en las costas atlánticas del Caribe, donde los españoles recibieran las primeras noticias del imperio mexica (Thomas, 1994:127). El mismo Bernal Díaz del Castillo (1986:21) se refirió a él como el reino de *Colhua* o México mientras acompañaba a Cortés a establecer el primer cabildo de tierra firme. En efecto,

con la fundación de la Villa de Veracruz se conformaba el cabildo americano, o lo que es lo mismo, el primer consejo municipal en tierras continentales (Gibson, 2007:168-169). Su establecimiento representaba ya no solo el acto oficial de fundación de un pueblo colonial, sino uno de los primerísimos pasos de la hispanización política de los espacios del Nuevo Mundo. Fueron en estos años, precisamente, cuando comenzó el reconocimiento de la calidad de los lugares a lo largo de la vertiente atlántica y del Golfo de México en particular. Se ponderaban así las posibilidades de elegir los sitios de poblamiento español. Muy pronto, se descontaban "terrenos" y "aires" calificados de malsanos. Esto, al menos, desde la percepción europea que consideraba los lugares calientes y húmedos como de nocivos y, por lo tanto, de alto riesgo para asentar en ellos a toda población española.

De cualquier manera, la vertiente del Golfo y, en particular, Veracruz, tomaría su propio lugar en el nuevo esquema espacial que comenzaba a configurarse. Si los tres fundamentos de la organización del espacio novohispano se conformaron por medio de asentamientos, caminos y puertos, Veracruz se constituyó, más que en nodo de población, en un pivote de comunicación (Ita de, 2012:168). Esto es, aquel espacio de carácter marítimo y costero sería determinado finalmente en función de su carácter comercial y financiero, bajo el régimen de puerto único. Con ello se evitaba establecer poblamientos, no solo poco prometedores en materia de labranza, pero también altamente riesgosos frente a incursiones de corsarios (*Ibid*.:203). En fin, la costa no podía destinarse a ser sede de un nuevo gobierno español. Pero sí, en cambio, podía vislumbrarse ser éste un punto donde arrancaba uno de los pasos naturales más cortos entre océanos.

Una vez logrado el dominio político-militar de México-Tenochtitlan y a pesar de sugerencias contrarias, Hernán Cortés vislumbró las ventajas estratégicas en lo militar y económico, así como deológico, de las ruinas de esta ciudad. Teniendo el conquistador que enfrentar en ello, en primera instancia a instrucciones reales en materia de población, al tratarse de un sitio malsano y húmedo, el de antigua capital mexica. Para el europeo del siglo XV, en parajes así, se "levanta exhalaciones y vapores calientes", espacio "anegadizo" que no producía "aires libres" y "buenos", y por tanto estaba dispuesto a ser insalubre (Musset, 1999:6). Desde la estancia en Coyoacán, Cortés debía esperar únicamente el favor real y con él, la posibilidad de auto gobernarse, lo cual llevaría a cabo por medio de la jurisdicción sobre la ciudad de españoles y las repúblicas de indios del centro, más los pueblos comarcanos o chinamperos establecidos alrededor de la laguna. En suma, ahora se comprendía, como asienta Cortés (2010:138) "…que cuando este

nombre de *Culua* se dice, se ha de entender por todas las tierras y provincias de estas partes, sujetas a *Temixtitan*".

En este caso inédito, debía obtenerse únicamente el derecho de petición, ya que se contaba con los símbolos de poder y el emblema heráldico anteriores (Rubial, 2010:64). Es decir, se le solicitaba al rey el escudo de armas de la ciudad, pero no así un acta de fundación. Sucedía que Cortés reconocía plenamente el carácter de una capital fundada doscientos años atrás, con ello buscando dar cierta continuidad política al mismo proyecto estatal en pleno funcionamiento. De modo que, en materia de geografía, la empresa de la Conquista constituyó la determinación de recoger la herencia prehispánica en cuanto a mantener el área central e incluso reforzar su posición (García Martínez, 2006:63). Quizá, porque en la percepción española, la ciudad de Tenochtitlan contaba con gobierno y policía, ambos regímenes considerados fundamentos de la vida urbana civilizada (Ramírez y Fernández, 2006:119). Sin embargo, dicho ordenamiento debía contar con nuevas formas espaciales. Para crearlas, se aprovechaba y se adaptaba la estructura previa de organización política y de estratificación social. Para ejercer el gobierno, de hecho, se ideó un sistema de "dominio indirecto" en donde los señoríos y sus caciques debían sobrevivir para fungir como intermediarios (Gibson, 2007:168-169). Con la salvedad de que ahora los espacios virreinales se debían integrar en comunidades cristianas. Esto es, "ponerlos en policía humana" o, lo que es lo mismo, bajo un ordenamiento legal que los constituyese en ciudadanos y vasallos para su futuro adoctrinamiento (Ramírez y Fernández, 2006:135). Esta fórmula podía llevarse a cabo únicamente a través de la implantación de un modelo de poblamiento. Se tratase ya de la reunión o, bien, del traslado de indios dentro de ciertos patrones de asentamiento español, las formas que adquiría este nuevo diseño territorial eran la reducción o la congregación. Ambas formas llevando implícito tanto la traza como los límites establecidos legalmente. De manera que, desde la escala local de pueblos y barrios de indios, hasta la traza completa de las ciudades españolas, se replicaba un modelo urbano en la parte central del territorio virreinal. Éste quedaba administrado por una trilogía de poder: encomenderos, caciques y doctrineros (García Martínez, 2010:182).

En cartografía, la primera vez que Europa tuvo oportunidad de contemplar la imagen de una urbe americana, fue por medio del mapa de Tenochtitlan que aparentemente mandaba Cortés al rey en 1522. Ella evocaba, más bien, un asentamiento español. Una ciudad isleña trazada a la manera europea, en particular, rememorando la ciudad de Venecia. Lo que debía destacar el artista, eran sus trazos geométricos, su arquitectura y los iconos y emblemas que denotaban actividad urbana (Mundy, 2000:xiv). Fue la única vista que, a lo largo de dos siglos,

representó el mundo urbano de México y de toda la América del norte (Kagan, 1998:127). Era una imagen que cultivó la idea de una ciudad exótica, pero altamente urbanizada. En fin, sitio donde la civilización había arribado.

Fueron los indígenas americanos quienes se hallaban en posesión de un conocimiento práctico de la geografía. En este sentido, solo ellos pudieron ser guías efectivos de los nuevos inmigrantes europeos en su proceso de instalación en el medio americano. Es el caso del área chibcha del Darién junto con el istmo de Panamá que serían concebidas para servir de acceso al Pacífico o, por lo menos, para ser 'descubierto'. Se sabe que, después de una limpieza de autoridades informales sobre gobernaciones poco estables y turbulentas en Gracias a Dios y Cabo de la Vela (en Honduras y en Colombia, respectivamente), Vasco Núñez de Balboa encontró el sitio más calmado de la selva ecuatorial para poblar y fundar el primer asentamiento permanente en Tierra Firme. Con gobierno municipal y con carácter de ciudad, Santa María la Antigua, –futura Panamá– se constituía como la futura capital de Castilla de Oro en la región de Veragua; además, se constituyó como punto de partida de futuras expediciones hacia latitudes meri-

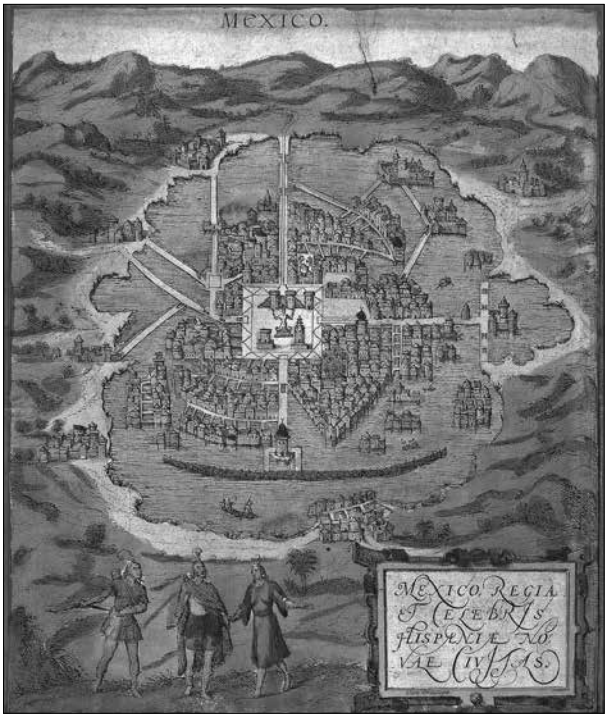

Figura 1. "Ciudad de México", grabado de G. Braun y F. Hogenberg [1572], "Civitatis Orbis Terrarum", en Kagan (1998).

dionales, sobre todo a partir de 1513, cuando los verdaderos descubridores del Pacífico, es decir, el cacique Panquiaco y su hijo, guiaron a Nuño de Balboa hasta las costas del mar del sur. Fue en los litorales del Pacífico que comenzaban a llegar noticias sobre la ciudad de Birú o Pirú como la de un gran reino aurífero. Se sabe por cronistas como Francisco de Jerez –quien acompañó a Francisco Pizarro en su expedición de 1526 a lo largo de la costa–, que se dio un primer encuentro con gente proveniente del incanato.

Fue así que comenzaban a aparecer los primeros indicios de la existencia material del imperio inca. La costa, en este sentido, constituía su periferia; mientras que las tierras altas y el valle del Cuzco, el centro del poder real. En efecto, los españoles percibieron que era precisamente en los caminos que se materializaba la función unificadora de un poder estatal. Y algunos cronistas pudieron percibir y corroborar este gran diseño espacial como lo hizo Pedro Cieza de León (s/a [1553]:426) y quien declara: "… como en España, los antiguos hacían división de toda ella por las provincias, así estos indios, para contar las que había en tierra tan grande, lo entendían por sus caminos". De hecho, casi todos los primeros cronistas del Perú interpretaron y describieron dicha estructura espacial aludiendo a la propia Roma y, sin temor a equivocarse, equipararon al Cuzco con una monarquía en su forma imperial (Someda, 2010:55).

Una vez más era desde el mar donde los cronistas inauguraron distinciones y divisiones del espacio. Se perfilaban entonces largas franjas constituidas por distintos tipos de terreno. Comenzaba pues a describirse la geografía de los Andes, distinguiendo el desierto costeño de las tierras altas del Perú. Así lo explica uno de sus primeros cronistas: "Por manera que todo lo descubierto del Perú se entiende por dos nombres, que toda la distancia que hay desde las montañas a la mar, agora diste poco o mucho, se llaman los Llanos, y todo lo demás se llama la Sierra" (Zarate, 1965:522). Tal y como aparecerá, más adelante, en el *Teatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius de 1570. Y aunque muy poco a poco se alcanzaba a comprender el concepto geográfico basado en una gran diversidad ecológica, los españoles les interesaba identificar tierras andinas con la mítica Ophir o la ciudad de El Dorado. La huella a seguir era el sitio que albergaría a quienes vivían al modo europeo. No cabía duda que, entre toda aquella variedad y distinción ecológica, era en la sierra central donde se encontraba aquel reino aurífero, lo que se podía corroborar fácilmente mirando aquellas imponentes construcciones de piedra y reconociendo sus formas políticas de organización estatal (Pease, 2010:182).

En realidad, en 1532 ya se había fundado en la costa la ciudad de Piura como primer asentamiento español del área andina. Sin embargo, solo con la llegada a

Cuzco y más adelante con la ciudad de Lima se buscará reorganizar las bases del poder político colonial. El primero, como residencia de encomenderos; la segunda, como sede del poder administrativo. Es cierto que en un primer momento los conquistadores iniciaban una administración española en el Cuzco en donde se adaptaron incluso al trazo de la propia capital, adecuando únicamente algunos elementos propios de los centros urbanos de Castilla. Pero, en materia territorial, el sello particular de la conquista se haría patente en la delimitación de los nuevos espacios repartidos bajo la forma de encomienda. Este sería el primer modelo espacial que tuvo como lógica fundamental la concentración de la ocupación directa del suelo o, lo que es lo mismo, de la propiedad otorgada (Pease, 1993:197). Esto es, se ejercía la jurisdicción sobre espacios reducidos, con límites claramente establecidos y diseñados como centros urbanos.

En 1534 se expedía el acta de fundación y se celebraba la ceremonia que volvía al Cuzco 'república cristiana'. Esto podía ser constatado del otro lado del Atlántico por medio de su cartografía. Ella mostraba señas fehacientes de su carácter urbano: una traza cuadriculada con muralla y torres de piedra que delimitaban la vida en comunidad. Por si fuera poco, la ciudad quedaba ordenada en

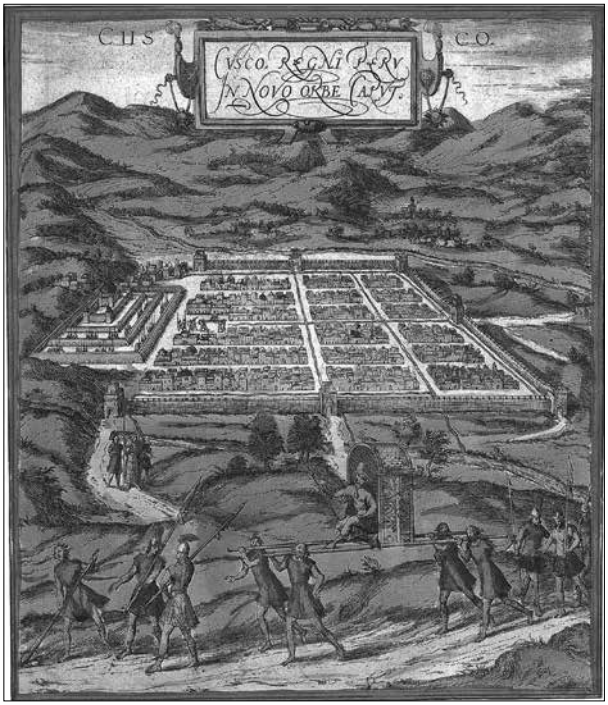

Figura 2. "Vista de Cuzco", grabado de G. G. Braun y F. Hogenberg [1572], "Civitatis Orbis Terrarum", en Kagan (1998).

su interior en una jerarquía social y política, tal y como lo mostraba su primera imagen trazada en 1556 por Ramusio (Kagan, 1998:154). En suma, sobre Cuzco se proyectaba todo aquello que sugiriera policía y civilización, pero siempre al filo del primitivismo e idolatría que se mantenían fuera de la traza regular.

A pesar de todo, no sería allí la sede del gobierno español. Entre otras razones, sus élites habían resultado muy resistentes frente a su cristianización –en contraste con la mayor disposición de los mexicanos para asimilar e integrar nuevos elementos religiosos (Bernard y Gruzinski, 1999:332). Francisco Pizarro se trasladó muy pronto a la llanura costera, que (aunque sin recibir muchos comentarios favorables, sobre todo, en materia de metales preciosos) resultaba lugar más bajo y accesible con respecto a Cuzco que rosa los tres mil metros sobre el nivel del mar. Por medio de un acto formal y un acta de fundación expedida en 1535, la sede de poder quedaba designada por medio de una corporación encargada de crear la nueva institución de gobierno. En realidad se buscaría proyectar la nueva ciudad como puerto y población mercantil. Al final, la ciudad costera se conformaba como la capital del virreinato.

En materia de cartografía, este nuevo bastión de gobierno bautizado como la Ciudad de los Reyes, pasaba sin embargo inadvertido. De hecho, será hasta 1688 que aparezca la primera representación de esta sede virreinal, ofreciendo así una imagen idealizada de su capital: ciudad amurallada de población criolla (Kagan, 1998:271).

Finis Terrae: fronteras ibéricas, siempre movedizas

Bajo contrato privado y con título de adelantado, fue a partir de 1530 que los españoles más aventureros comenzaban un nuevo ciclo de expansión ibérica hacia tierras ignotas. Ellas definían nuevas fronteras del Nuevo Mundo en función de los dos grandes virreinatos de México y Perú. En un principio se trató de producir una válvula de escape que disminuyera las tensiones entre los conquistadores por la distribución del botín. En realidad, estos nuevos avances se volvían necesarios y, de hecho, eran estimulados para todos aquellos que se habían visto progresivamente apartados del poder en favor de unas pocas familias que ya habían arraigado en el centro de México. Ya fuera con el fin de repartir nuevas tierras e indios, fundar fuertes y ciudades o encontrar yacimientos de metales, debían buscarse nuevas rutas de exploración. Su avance dependerá no solo de las aptitudes geográficas de las nuevas tierras halladas a su paso sino también de las formas organizativas que se hubiesen alcanzado entre las sociedades encon-

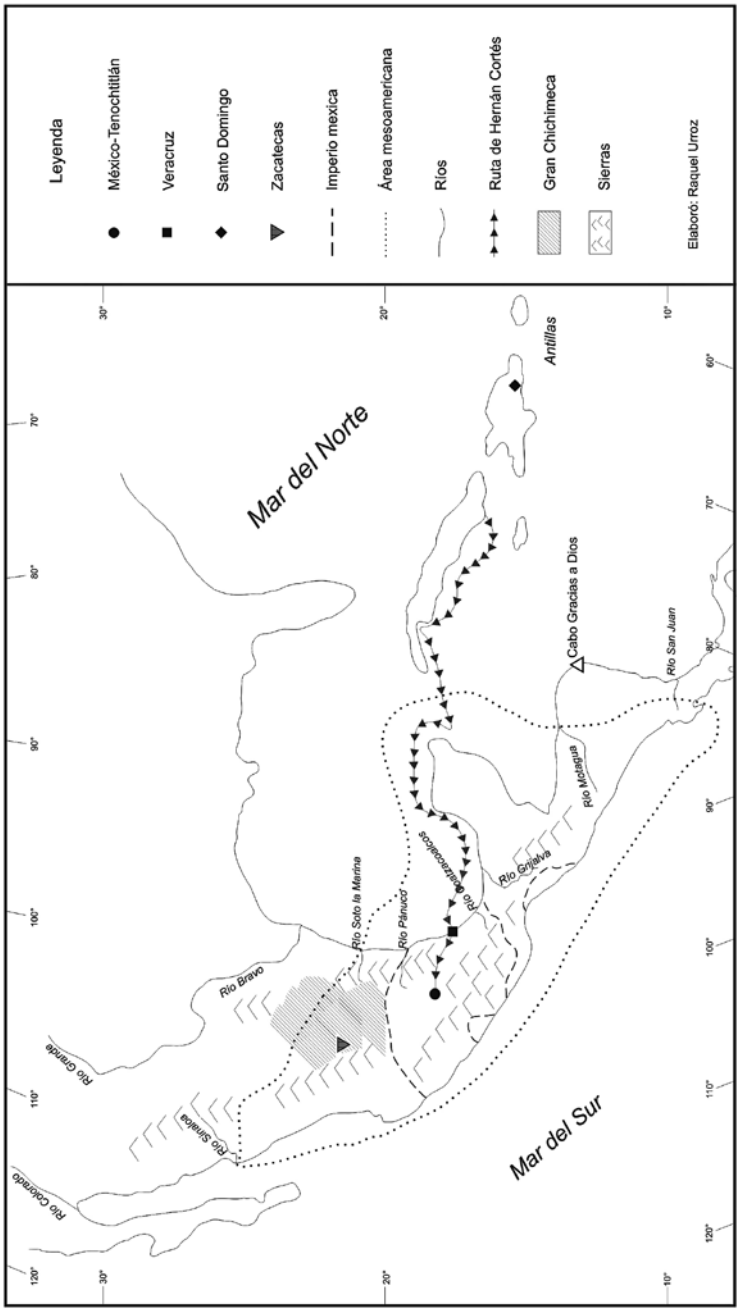

Figura 3. Área de Mesoamérica en el siglo XVI, Imperio Mexica, Virreinato de la Nueva España y Ruta de Cortés.

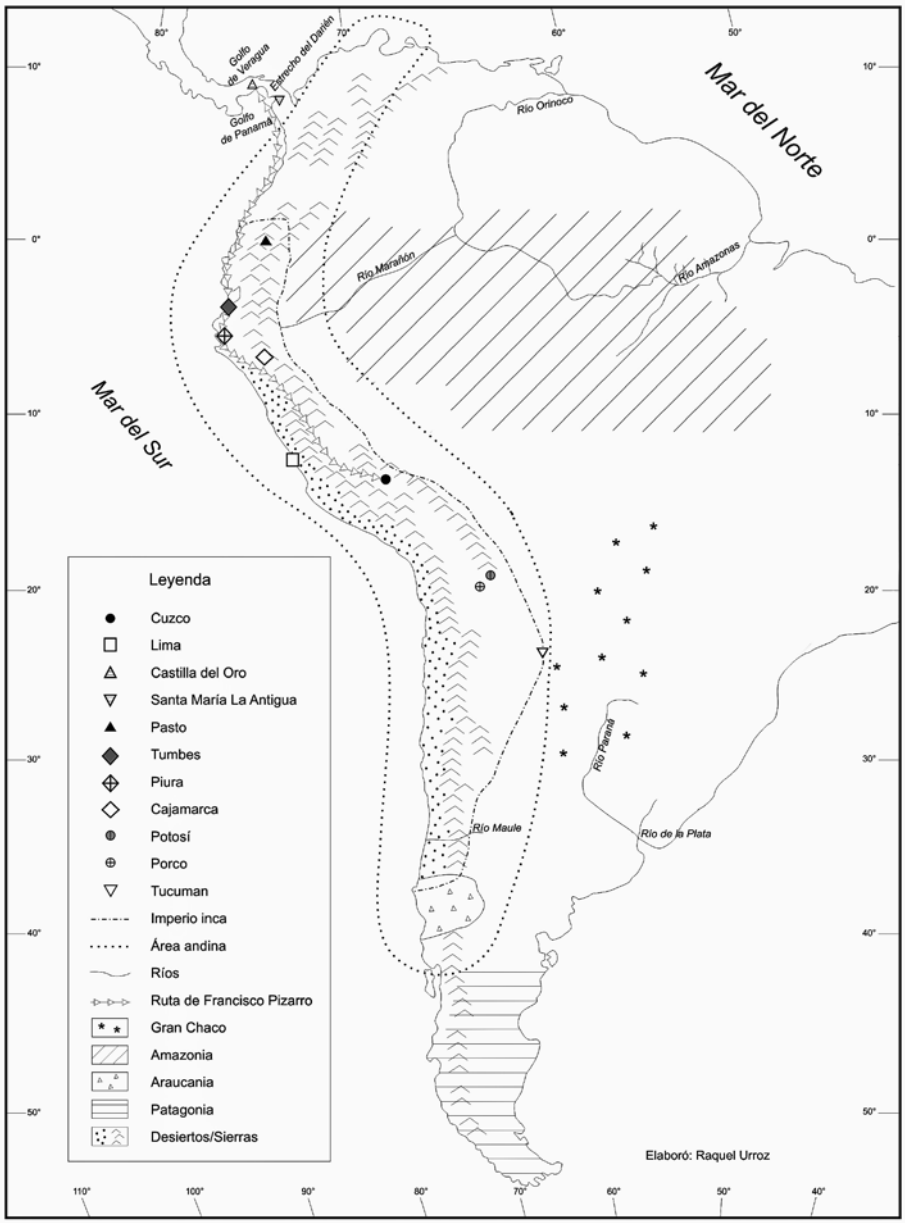

Figura 4. Área de los Andes en el siglo XVI, Imperio Inca, Virreinato del Perú y Ruta de Pizarro.

tradas. A juicio español, se trataba de terrenos agrestes donde se habían desarrollado formas sociopolíticas primitivas, carentes de fuertes poderes estatales. Más bien, se percibieron como sistemas fragmentarios controlados por autoridades múltiples donde internamente existían rivalidades y luchas de facciones que sin embargo los españoles aprovecharían.

Casi de forma simultánea, mientras que la capital de México se representaba como un espacio paradigmático de urbanismo y civilidad en América, se percibían sus propias fronteras conflictivas. Sus habitantes, se creía, eran todos grupos cazadores-recolectores que se movían en territorios de sobrevivencia limitados dentro de una geografía del desierto, la misma que ofrecía homogéneas formas de vida económica y un estado de precariedad generalizado (Sheridan, 2002:22). De hecho, lo que entendemos como el 'norte' de México nació efectivamente en función de la capital virreinal, a partir de la ruta central que se trazó hacia Zacatecas y solo después hacia otros puntos: Camino de Tierra Adentro. En virtud del contraste con su referente principal y con punto de partida, los españoles calificaron el septentrión mexicano en primera instancia con base en una tipología del paisaje: se identificó una enorme zona desértica, ignota, poco poblado o, en su defecto, habitada por nómadas. De manera que en el proceso de ocupación española quedaba justificado perfectamente la penetración a un espacio libre de propietarios (Tomé Martín, 2012:56-57), y en donde el nativo conformaba solo "una pieza más del juego de oposiciones en la lucha por un mismo espacio" (Sheridan, 2002:21).

Aunque hoy sabemos que la frontera septentrional de Mesoamérica no comprendió una sola unidad étnica, ni puede ser considerada un área cultural homogénea, el término de "Gran Chichimeca" es útil como herramienta, no solo para integrar a tantos grupos de diverso origen y lenguas en un inmenso territorio (Braniff, 2001). Además, porque puede funcionar para comprender las categorías europeas que calificaron tanto a los nativos norteños como a sus espacios en los únicos términos posibles: de enemistad y de guerra. De hecho, la primera forma territorial que tomaron los espacios limítrofes se llevó a cabo por medio de la construcción de puestos militares a lo largo de los caminos, como todo un sistema defensivo conformado por presidios. De forma que en primer lugar estas tierras se iban definiendo pero no en su dimensión política, sino únicamente en su aspecto militar, donde imperaba la caza de esclavos. Estas eran tierras concebidas para estos fines: una colonización con base en el descubrimiento de yacimientos mineros, el establecimiento de estancias ganaderas, o la fundación de misiones religiosas que amortiguaran la dificultad del proceso de pacificación. En el fondo, entre la cultura del Altiplano central que encontraron los españoles y el norte

"chichimeca" perduraría una continuidad socioeconómica. Esto es, los españoles en su avance al septentrión emplearían los mismos patrones que funcionaron y dieron dinamismo a las mismas fronteras ancestrales. Estos puntos son: la minería, el comercio a larga distancia y la guerra. Prácticas que integraron a ambas esferas culturales desde tiempos remotos y que se volvieron los mismos patrones empleados por los españoles (Weigand y Weigand, 2000).

En realidad, el norte de Mesoamérica nunca contó con mojoneras estables. En todo caso, era la Nueva Vizcaya que englobaba todo el norte del virreinato en el primer siglo del siglo XVI (Cramaussel, 2010:173). Sin embargo, con la explotación minera de Zacatecas, a partir de 1546 comenzaba un nuevo avance territorial hacia el norte y su sistemática penetración. Entonces, se comenzaba a fijar cierta dirección de avanzada hacia el noroeste. Se trataba del "camino de Zacatecas" que debía continuar hacia el noroccidente o hacia el interior de la Sierra Madre Occidental, donde aparecían nuevas fronteras que domesticar. De manera que Nueva Galicia y Nueva Vizcaya se configuraban como nuevas "tierras de guerra" poblada por flecheros o chichimecas indiferenciables en sus rasgos culturales, ya fuesen por ejemplo pertenecientes a los guachichiles, pames o comanches (Álvarez, 2010:191). Se prefería asociarlos a un espacio marginal e identificarlos en su conjunto de acuerdo con sus "inclinaciones guerreras" como "indios bravos" (*Ibid.*:203). De modo que pudo justificarse la declaración de una guerra generalizada en el altiplano septentrional de México. De cualquier manera, los nuevos asentamientos por establecerse en las zonas marginales debían ser penetrados con el apoyo de las misiones jesuitas o franciscanas, de tal forma que se extendían y poblaban a costa del traslado de pueblos del centro de México o de zonas lejanas, de los propios repartimientos o de las misiones ya fundadas (Saignes, 2000:291). En muchos casos se les trataba como "esclavos de rescate". En fin, se percibían como agrupaciones sociales rígidas y cerradas que debían ser repartidas para las encomiendas y coadyuvar así con el nuevo ordenamiento territorial.

No obstante, debemos pensar en las categorías construidas por el pensamiento colonial. Desde esa perspectiva, resultaba más práctico identificar tipos puros de sociedades con pocas delimitaciones y diferenciaciones. En este sentido, las fronteras no estuvieron dadas a priori ni basadas siquiera en la realidad empírica. Surgieron, por el contrario, de los prejuicios elaborados sobre tipos culturales ajenos. En el caso de las naciones de frontera, éstas se clasificarían con pocas formas intermedias. Es decir, debían ser gente civilizada con cierto régimen de gobierno y asentamientos fijos en tierra adentro; o, por el contrario, serían bárbaros, errantes y salvajes que se movían en zonas marginales (Boccara, 2010:110-111). De cualquier forma, se trataba de una forma de aprehender in-

telectualmente una realidad compleja para su debida segmentación en "sujetos coloniales colectivos" (*Ibid.*:118).

En el caso del septentrión novohispano, las 'naciones' indígenas se configuraban por medio de criterios variables e irregulares. Sobre todo, según la lengua que se hablara. El definirlos en función al sitio donde vivieran, ya fuese la sierra o la llanura, se tornaba más un criterio más complicado. Esto porque los españoles "notaban que los indios cambiaban fácilmente de territorio para cumplir con ciertas actividades productivas" (Cramaussel, 2000:280). Sin embargo, podían ser designados de acuerdo con las extensiones geográficas más extendidas. Los tepehuanes, los tarahumaras y los conchos fueron estas 'naciones' que poblaban todo lo largo de las montañas de la Sierra Madre y posiblemente hasta el río Bravo (*Ibid.*:284). De cualquier modo, fueron las encomiendas o parcialidades de ellas las que dieron forma de reducciones misionales y rancherías, en las que se buscaba arraigar a los indios en un mismo sitio. En suma, a través de la vía de la esclavitud, la encomienda o el repartimiento y el acceso a su mano de obra constituyó el principal criterio para designar su cultura, fragmentar sus comunidades y asociar cada grupo de indios a cierta lógica espacial. Así, pues, al ordenarlos socialmente bajo categorías inventadas se iban definiendo en relación con el avance territorial y el establecimiento de centros recién fundados. La encomienda fue, en este sentido, la primera forma de poblar y trazar fronteras con respecto a mundos que se mantenían en la gentilidad.

Mientras que las fronteras del norte se recorrían y ampliaban permanentemente, los límites hacia el sur sufrían un retroceso territorial. De manera que muy tempranamente se delinearon las zonas fronterizas que quedaban marginales con respecto a los Andes Centrales. En efecto, se consideró que los grupos étnicos en Sudamérica se clasificarían jerárquicamente en grados de civilización según su cercanía al modelo inca. De tal modo que los indios de las tierras bajas y selváticas se alejaban moralmente de los habitantes de la sierra en tierras altas (Caillavet, 2010:75-76). Sobre todo, eran enclaves de difícil acceso, poco poblados, considerados ausentes de atractivos económicos y con un clima riguroso y malsano. En fin, la falta de civilización en las partes bajas y costas sudamericanas se constataba por la ausencia de estructuras políticas que, desde la percepción europea, resultaban difíciles de identificar. No obstante, se buscó su penetración y conquista sistemática por todos sus flancos desde las tierras altas.

La respuesta, sin embargo, sería contundente: ante el empuje invasor por el lado sureste, los guaranís y chiriguanos de gran parte del actual Paraguay –y algunas áreas de Bolivia y Argentina–, establecerían toda una defensiva infranqueable (Saignes, 2007). En el norte de Argentina, los chaqueños también

conformaban una frontera austral de guerra que expulsaba constantemente a los españoles. Los pueblos mapuches de Chile –o denominados araucanos por los españoles– defendieron sus fronteras hasta alcanzar el repliegue de los españoles.

Todo ello contrastaba sorprendentemente con aquellas fronteras que años atrás había penetrado el poder inca en el *Collasuyu*, es decir, desde la cuenca del Amazonas en el noroeste de Bolivia, el norte y centro de Argentina, y hasta la zona centro de Chile. En realidad, eran zonas marginales que habían causado mala impresión al propio incanato, las cuales, sin embargo, pudieron ser cercadas y controladas exitosamente por aquel imperio andino. En cambio, los españoles se topaban con la furia de las regiones más bélicas que existieron en la América indígena austral: la Amazonía y la Araucanía fueron zonas donde los choques violentos eran permanentes. Estos espacios limítrofes se convirtieron en tierras de asaltos e insurrecciones continuas, de guerra de guerrillas, pero también de todo tipo de intercambios e incluso de refugio. Sobre todo fueron sitios ideales para un permanente tráfico de esclavos a quienes se les enviaban a las minas del Potosí o de Porco. En estos sitios, la encomienda fungió como sustituto de la esclavitud extrema y como cubierta para las incursiones armadas. Charles Gibson (1990:161) piensa que en general donde la población era poco densa, donde los habitantes eran en gran parte migrantes, donde no había fuertes estructuras organizadas en comunidades y en donde se prolongaban las guerras de conquista, la encomienda era inapropiada y solo funcionaba como mecanismo de captación de mano de obra. En este sentido, solo será hasta posteriores décadas que se extenderán, por un lado, las estancias ganaderas o agrícolas integradas a una economía de minas; y, por el otro, se establecerán las zonas de misión. Todo ello dando como resultado, ya fuera las reducciones forzadas de poblaciones indígenas, los etnocidios o la exterminación de pueblos completos.

De cualquiera de las formas empleadas, las tierras de frontera no fueron consolidadas ni siquiera a lo largo de todo el siglo XVIII y, por lo tanto, continuaron siendo percibidas como tierras conflictivas que quedaban fuera de toda civilización. Tal y como lo condensará Acosta (1987:404):

> De esta suerte se gobierna la mayor parte de este Nuevo Orbe, donde no hay reinos fundados ni repúblicas establecidas, ni príncipes o reyes perpetuos y conocidos, aunque hay algunos señores y principales, que son como caballeros aventajados al vulgo de los demás. De esta suerte pasa en toda la tierra de Chile, donde tantos años se han sustentado contra españoles los araucanos, y los de Tucapel y otros. Así fue todo lo del Nuevo Reino de Granada, y lo de *Guatimala* y las Islas, y toda la Florida y Brasil, y Luzón, y otras tierras grandísimas, excep-

> to que en muchas de ellas es aún mayor el barbarismo, porque apenas conocen cabeza, sino todos de común mandan, y gobiernan, donde todo es antojo, y violencia y sinrazón y desorden, y el que más puede, ese prevalece y manda.

Conclusiones

El siglo XVI es un momento de exploración y de dominio del medio geográfico americano. Sin embargo, las nociones europeas aplicadas a una realidad espacial inédita nos proporcionan no tanto un valor antropológico o etnográfico sobre su naturaleza, como sí, una función de operador de demarcaciones político-culturales para la naciente época virreinal. Estos principios culturales moldeados en nuestro continente arrancaron en el Caribe. Fueron sus aguas el verdadero elemento móvil que develó a un lado del planeta el otro de sus hemisferios. Los hombres que lo atravesaron hicieron posible la universalización de una rama de la civilización, la de la Europa Occidental. Parafraseando a Fernández de Oviedo (1986:71) cuando evoca a las Antillas y su carácter de mar mediterráneo, es posible pensar al Caribe como el área desde donde se expandió la cultura de Occidente hacia la América continental: espacio imprescindible de conformación de culturas a lo largo del siglo XVI.

En este sentido, se trató de una zona que reunió a esas dos grandes mitades del continente en una sola amalgama cultural de costas, selvas y tierras interiores. En fin, el centro de gravedad de la ecúmene antigua se trasladaba al Caribe, creándose de tal suerte una segunda ecúmene, aquélla que, tan solo en su conjunto, pudo configurar sus grandes centros y periferias como partes constitutivas de todo sistema imperial, encarnado éste en la monarquía española del siglo XVI. De tal suerte que desde el Tratado de Tordesillas, el Pontífice Romano otorgaba la facultad al monarca español de generar una empresa política que abarcara un espacio terrestre de océano a océano. Además, donde los virreinatos del Perú y de Nueva España fueran las dos grandes plataformas y puentes que reunieran los mares y vincularan los espacios del mundo occidental.

Es cierto que no cualquier viajero ni conquistador pudo percatarse de los distintos modos de producción existentes, ni de la naturaleza de sus unidades políticas o de sus rasgos étnicos particulares. Todas ellas, por cierto, características que no coincidieron con una territorialidad fija. Más bien, guiados por esos mitos que daban forma a la nueva geografía, posiblemente lo que hallaron fuera lo que venían esperando encontrar: fuertes y ricas estructuras estatales que dominaban ciertos espacios concéntricos, allí donde se diera un sinónimo de asentamiento

y gobierno, pero ante todo sitios concentradores de poder ideológico. Por ello, Europa podía otorgar la primacía de la occidentalización al hemisferio occidental, sobre todo, con los reinos de Perú y Nueva España como los ejes del Nuevo Mundo. Es decir, ambos casos se confirmaban como réplicas de ciudades y sociedades europeas con potencia suficiente para irradiar un modelo urbano, toda una cultura civilizatoria. Por tanto, la orientación general de los espacios geográficos en el Nuevo Mundo, así como las poblaciones que emergían tanto en las costas como al interior, tendían a converger hacia las líneas que comunicaban con los grandes establecimientos americanos. Lo que redundó, no en estimular las relaciones interamericanas, sino en que el Atlántico impusiera a todo el continente la dependencia con las metrópolis europeas.

En el caso iberoamericano, toda esta idea se materializará en el cabildo, como la instancia de gobierno que dictará la distribución y explotación del terruño. Se trataba, pues, de una honda concepción del territorio sobre el cual se ejercía trabajo humano. De modo que, a cierta escala de poder político, los consejos municipales también se tomaban en sus manos el papel civilizatorio fundamental: mediador entre los españoles y la población indígena explotada, así como ordenador del nuevo espacio colonial. En tanto que en su nivel ideal, ambas capitales podían ser potencialmente repúblicas cristianas, réplicas de la ciudad celestial depositaria de las virtudes cívicas y religiosas. Justamente, será esta noción la que brinde al Nuevo Mundo su carácter de doble espacio contrapuesto, y con ello originando dos tipos de civilización: la sociedad urbana que gobernaba con policía cristiana y la de sus periferias consideradas polis paganas y espacios de corrupción y pecado. En otras palabras, Iberoamérica resultaba ser de tal magnitud territorial que abarcaba gran parte del hemisferio occidental y, por fuerza, se configuraba por grandes extensiones marginales. Por todo lo dicho, se puede pensar que no fueron las dificultades del medio lo que impidió que los españoles poblaran por ejemplo la Amazonía u otras regiones selváticas. Más que una razón geográfica, la falta de integración con la periferia urbanizada del continente se debió a una mentalidad, a un prejuicio que identificaba ese interior con la barbarie, digna solo para la rapiña y no, en cambio, para trabajarla, domesticarla.

En suma, América nacía con ello dividida en niveles distintos de civilización y de esto sobrada cuenta dan los mapas del siglo XVI y XVII. Ellos recogieron parte de las primeras representaciones territoriales americanas, contenedoras de una ideología de poder implícita que dio pie a la configuración general del nuevo continente, nutriendo el imaginario europeo por los siglos siguientes.

Tercera parte. Geografía histórica y geografía cultural en el estudio del paisaje, el territorio y la urbe en Iberoaméricana

Capítulo 5. Geografía histórica y la construcción del paisaje y organización del territorio hispanoamericano: urbes hispanas y 'pueblos de indios'

Gustavo G. Garza Merodio
Instituto de Geografía
Universidad Nacional Autónoma de México

Este capítulo busca explicar, cómo la geografía histórica contemporánea desde Iberoamérica tiene, en la inclusión de las perspectivas en paisaje y territorio del mundo precolombino, particularmente en Mesoamérica y los Andes, amplias posibilidades teórico-metodológicas que generan la inclusión de actores y prioridades en el territorio, que matizan en el espacio la imposición cultural, económica y política de Castilla y Aragón, transformación del paisaje y reorganización del territorio que las visiones preponderantes hasta fines del siglo XX presentaban como logro en lo fundamental de la hazaña imperial española, siendo que de incluirse temáticas indígenas, sus actores eran presentados como entes pasivos, sin influencia en la deconstrucción y reconstrucción del paisaje, ni en eventuales reorganizaciones del territorio.

Geografía histórica, paisaje y territorio

La geografía histórica en Iberoamérica es una de las ramas de la geografía que en general y hasta principios del siglo XXI, no ha logrado consolidarse. En este capítulo se busca demostrar su aplicabilidad, como fundamento teórico, en el entendimiento de la evolución del paisaje y el territorio desde el inicio del dominio político-militar ibero. En su reconocida obra *Explanation in Geography*, David Harvey (1971:82) cita a Henry Darby, quien defendía la idea de que las bases de la geografía debían ser la geomorfología y la geografía histórica, visión integradora del pensamiento geográfico, en la que los conceptos paisaje y territorio priman como categorías de análisis, principios teóricos en los que lo físico-biológico y su

relación con lo humano son analizados a través de la evolución del pensamiento humano, tal y como propuso desde hace casi medio siglo Robin Collingwood (1956:216). Ahondando a este respecto, es importante recalcar que toda pesquisa tocante al espacio que se precie de histórica, debe enfocarse a las características que guardan y han guardado las diversas sociedades y sus instituciones.

Pero esta inclusión de la cultura y la ideología en el análisis de la evolución del espacio, no ha sido fácil de lograr en geografía. Leonard Guelke (1982:21) argumenta que la inclusión de esquemas más humanísticos en geografía histórica no implicó la adopción de un renovado concepto de historia que se basara en el análisis temporal del pensamiento humano. Por su parte, Derek Gregory (1982:250) aduce que la prioridad en el discurso de la geografía histórica, una vez superadas las posiciones positivistas y estructuralistas, fue la vinculación dialéctica entre acción y estructura, lo que dio lugar a la conjunción de formas estéticas con el estatus teórico de la narrativa utilizada.

En Iberoamérica, aún queda un largo trecho por recorrer para lograr una geografía histórica que se fundamente en el análisis de discursos y manifestaciones culturales de comunidades y colectivos. Entre las cuestiones que son propias de las renovadas formas de abordar la geografía, y en particular la geografía histórica, destaca el papel que juegan las escalas, tanto espaciales como temporales, esto debido a que la sociedad, la economía, las identidades y las instituciones operan influenciadas no solo por los acontecimientos locales, regionales y nacionales, sino por determinantes dictadas desde los centros de poder financiero y cultural, respaldadas en muchos casos por inercias culturales y políticas arraigadas en las diversas sociedades.

Bajo los criterios epistemológicos del giro cultural o lingüístico, una de las premisas es la exposición de las capacidades, las necesidades, la percepción y los símbolos del colectivo bajo escrutinio características y dinámicas de la población que se han configurado en temporalidades de distinta duración, y cuyo análisis vincula profundamente a la geografía histórica con la geografía cultural. Ambas comparten en sus quehaceres, tanto el estudio de las formas de apropiación del entorno, como el entendimiento de la organización del territorio en diversas temporalidades. Estas dos vertientes del conocimiento tienen en los estudios del paisaje dedicados a la evolución del mismo, métodos que permiten entreverar los aspectos biofísicos y humanos en la construcción de identidades, las formas de organización político-territorial y los procesos económicos.

En esta consideración socioeconómica y cultural de la evolución del paisaje y el territorio en Iberoamérica, seguimos la propuesta hecha por Raquel Urroz en el cuarto capítulo de esta obra colectiva, exponiendo al núcleo de los virreinatos

de la Nueva España y Perú como centros difusores del dominio territorial y la adecuación del paisaje a los principios cosmogónicos y urbanos de los iberos (el litoral brasileño daba poco lugar a ello, no así las mesetas mexicanas o andinas o el litoral peruano), y a los resultados ambientales de las transformaciones desencadenadas por los europeos a partir de principios del siglo XVI. En concreto, con respecto al proceso de dominio político-militar y político-territorial, se es de la idea que es necesario profundizar desde la geografía en cuestiones tocantes al estudio de lo ajeno, la negación del 'otro' y las aversiones o afinidades que los iberos encontraron en la diversidad ambiental de las tierras más allá del Atlántico.

Por otra parte, no se puede dejar de reconocer que el análisis de causas subyacentes en paisaje y territorio, también se refleja en el estudio de lo regional. Buen ejemplo de ello nos brinda José Gasca (2009:14), enumerando temas que a principios del siglo XXI permean en el análisis de la región:

> los entramados socioespaciales, las escalas de acción e intervención de los diversos tipos de actores e instituciones, el comportamiento espacial del poder económico y político, la regionalización de los procesos económicos, así como la alteridad y reivindicaciones de la diferencia y el simbolismo e identidad en el paisaje y su influencia en la organización del territorio." Gracias a todos estos renovados aportes, la marginalidad y carácter periférico de decenas de regiones en Iberoamérica, pueden ser estudiados de una forma más amplia, que entienda causas subyacentes en diversas escalas y temporalidades, e integre lo físico-biológico, lo socioeconómico, lo político y lo cultural.

Algunas regiones de Iberoamérica se encuentran cumpliendo el mismo papel protagónico que les fue asignado dentro del sistema mundo durante el siglo XVI, convirtiéndose en los nodos del entramado socioeconómico, político, militar y cultural en el que se fue organizando, en el territorio, el poder de la Monarquía Hispánica. La Ciudad de México y los altiplanos centrales y meridionales de México, y la capital peruana y sectores del litoral peruano, fueron sin duda los espacios en los que los españoles condujeron sus mayores esfuerzos para construir a España fuera de ella, utilizando la figura que propuso Fernand Braudel (1984, tomo I:80; tomo II:382; tomo III:225, 230) sobre la recreación de lo europeo en otros continentes. El ensayo español obtuvo en las principales ciudades virreinales sus mejores logros, ya que en el campo, solo los cascos o casas grandes de las haciendas pudieron plasmar dichos ideales; en el resto, la cultura material indígena, negra o de las castas, difícilmente daba una imagen europea, incluso en las tierras templadas o elevadas.

Dos de las particularidades, como ya observamos en el capítulo 2, en la implementación del orden mundial europeo en Hispanoamérica, fue su organización y consolidación por medio de un sistema de ciudades: *republicas de españoles*, espacios privilegiados alrededor de los que orbitaban las *republicas de indios*, y el surgimiento, como consecuencia de ello, de una profunda dicotomía campo-ciudad, misma que se piensa, es base en buena medida del profundo centralismo de nuestros sistemas político-territoriales. La diferenciación regional y la ocupación posterior de territorios no anexados durante el régimen virreinal, también se ven permeadas por tan desiguales estructuras y articulaciones territoriales (Garza, 2009).

En el reconocimiento de las características en la construcción del paisaje y organización del territorio en la Nueva España y el Perú, así como el impacto que estos núcleos tuvieron en el conjunto hispanoamericano, es indispensable tratar como base territorial de estas dinámicas, tanto al ordenamiento existente en el momento del apogeo de las soberanías de México-Tenochtitlan y el Cuzco, como el encasillamiento de las comunidades indígenas supervivientes a la lógica espacial europea y la apropiación de los suelos más productivos por parte de particulares europeos, además de profundas transformaciones del paisaje en los altiplanos mexicanos y el litoral peruano a lo largo del siglo XVI.

El centro y sur de la Nueva España y el litoral del Perú como centros difusores

A este reconstruir el paisaje y el territorio del núcleo del virreinato de la Nueva España, es decir el *reino* de México y el extremo meridional del *reino* de Nueva Galicia, así como del litoral central del virreinato del Perú, le es indispensable, como ya se ha dicho, reconocer el legado territorial prehispánico que con diversas identidades y formas de apropiación de los recursos, todavía se manifiesta en entornos donde vive alrededor del veinte por ciento de la población iberoamericana. Tanto mexicas como incas experimentaron casi paralelamente una expansión territorial sin precedente en Mesoamérica y los Andes, cortas etapas que significan la base tanto del territorio contemporáneo, como el origen de decenas de regiones.

El pensamiento andino y mesoamericano coincidían en una antigua veneración de la montaña, que se traducía en el espacio, en las formas en que el paisaje era construido y el territorio organizado. Los montes eran economía y política, ya como proveedores de alimentos e insumos, ya como refugio o base en la arti-

culación del territorio. El importante papel de las montañas en la cosmología de las sociedades andinas, está bien documentado etnográfica y etnohistóricamente (Leoni, 2005:151), lo mismo podemos decir de la experiencia desde la antropología, la geografía y la historia en México, en particular después de haber sacado a la luz el concepto de *altepetl*,[5] a lo largo de los últimos treinta años. La sacralidad de las montañas, en ambas civilizaciones, cuenta con sendas pruebas arqueológicas y etnohistóricas, mismas a las que se les puede agregar en la reconstrucción del antecedente urbano-territorial, el conocimiento sobre el alineamiento de templos y conjuntos urbanos con respecto a las elevaciones más reverenciadas, así como la capacidad de los Estados mexica y quechua de legar elementos arquitectónicos en la propia montaña. Al parecer, ninguno de los antecesores de la Triple Alianza que encabezaba México-Tenochtitlan, o del régimen de los señores del Cuzco, logró alcanzar la altitud y grado de elaboración obtenido por ellos, en su veneración de la montaña.

Estos principios cosmogónicos, en la práctica convertían a la montaña en base de la consolidación y posible expansión de entidades político-territoriales, tanto en Mesoamérica como en los Andes (Fernández *et al*., 2006; García, 1998:58-60). Asimismo, comparten ambos procesos civilizatorios, fundamentos filosóficos en lo tocante al entendimiento sobre el espacio, destacando entre ellos la lógica de la dualidad, que en el paisaje y el territorio se traducía en las formas y ritmos en que linajes, por lo general pares o cuádruples, asignaban la apropiación de recursos y el usufructo de las tierras de cultivo o pastoreo, en el caso de los Andes. Lo próximo del discurso urbano-territorial de buena parte de Mesoamérica y de los Andes centrales, también se refleja en términos de jerarquías: los *sayas* quechuas corresponden a lo que en México se define como un *altepetl* simple, quizás compuesto por una sola etnia o linaje, aunque posiblemente más complicado en el panorama étnico-territorial de ambos posclásicos, pero definiendo sin duda, un espacio urbano a escala local.

Al estudiar la extensión de un *altepetl* y un *saya*, es fácilmente distinguible cómo procuraban ocupar cuantos nichos ecológicos les fueran posibles. En algunos casos son riquísima exposición de pisos ambientales, que incluso de acuerdo con la región, pueden abarcar opuestos en precipitación y temperatura. En el caso del *altepetl*, Federico Fernández y Ángel García Zambrano (2006:20) han propuesto el concepto de 'rinconada', retomado de las crónicas del siglo XVI, para ha-

[5] *Altepetl* define al espacio urbano en lengua náhuatl y proviene de las raíces *atl* (agua) y *tepetl* (montaña). Por lo tanto, la idea de lo urbano, lo civilizado se encuentra relacionada, así como las posibilidades de organizar el territorio, a la montaña como espacio sagrado y seguro, y al agua, que garantiza la fertilidad.

cer referencia a los espacios ideales que permitían protección y el almacenamiento de agua: cientos de pequeños valles intermontanos del Eje Neovolcánico y las sierras Madre albergaron a cientos de poblados que pudieron recrear estos pequeños universos autocontenidos. Al estudiar el patrón de asentamiento andino (Canziani, 2010), parece ser muy próxima esta idea preconcebida de espacio ideal.

Así, ceñidos a bases territoriales configuradas bajo esquemas similares de súbita expansión y dominio, pero de vieja raigambre cultural, se encuentran profundas similitudes en los parámetros de organización del territorio y construcción del paisaje en ambas civilizaciones. Su diferencia fundamental era el carácter exclusivamente pedestre de Mesoamérica, mientras que en los Andes, la capacidad de transporte que otorgaba el uso de la llama dio lugar a un dimensionar el espacio en forma más dinámica. El uso de la llama puede explicar en buena medida la inmensa extensión del Estado inca (más de 2 000 000 de km^2), en comparación de lo que alcanzaron a abarcar los mexicas (unos 350 000 km^2).

Tanto la antropología, como la etnohistoria y la arqueología contemporáneas, han revisado sus ideas sobre el dominio territorial ejercido por los imperios anteriores al español (DeMarrais, 2013:353). Uno de los preceptos abandonados ha sido el del dominio monolítico y omnipotente del poder imperial: las formas de negociación política de los señoríos autónomos y la asimilación recíproca de deidades, así como soluciones territoriales ajenas a la idea occidental de demarcación y sojuzgamiento, eran parte de las formas de construcción y expansión de lo que entendemos por imperios desde el pensamiento europeo. Las coincidencias en las formas de control político y territorial entre el mundo andino y el mesoamericano, también se muestran en las maneras en que algún Estado periférico era admitido bajo el poder central como miembro autónomo, sin que su estructura económica o política fuese mayormente trasgredida (Alconini, 2008:66; Garza *et al.*, 2007). Los límites medianamente porosos de buena parte de las fronteras son características que también compartían las dos grandes hegemonías existentes en las Américas a la llegada de los españoles. La 'incanización' o 'mexicanización' de las élites regionales se conducía de acuerdo con el grado de injerencia de los jerarcas de dichas naciones. Por lo general, entre más autonomía tuviera el linaje regional, mayor realce político y económico lograba gracias a su alianza con incas o mexicas; a su vez, el gobernante regional sacaba provecho como mediador entre sus sujetos y el poder central.

La conquista político-militar de las soberanías mexica e inca ha dado ríos de tinta, así como el estudio de las instituciones españolas y la perspectiva de la organización del territorio desde la lógica imperial. En contraposición, el territorio durante el virreinato desde la perspectiva regional, local e indígena ha sido

poco tratado, así como las transformaciones desatadas en términos ambientales. Por su parte, el estudio de lo urbano, como ya hemos visto, debe profundizar en los aportes indígenas tanto en las primeras fundaciones españolas, como en las características que obtuvo el vivir en *traza* y *policia* a partir de las primacías socioeconómicas, culturales y ambientales indígenas.

Desde la esfera anglosajona se han generado propuestas que se expresan en dos escalas: la imperial o intercontinental y la regional, visiones de fuerte carga biologicista, en las que la respuesta indígena es poco reconocida. Estos discursos necesariamente deben ser enriquecidos y reposicionados a través del conocimiento etnohistórico. Muestra de estos trabajos son las obras de Crosby (1991), en la escala imperial, mientras que en la regional se cuenta con obras como la de Melville (1999). En Iberoamérica es fundamental destacar los aportes que desde México, el Perú y otros países andinos se han hecho, al estudiar las formas de construcción del paisaje y organización territorial prehispánicos a través del estudio del pensamiento indígena.

Por otra parte, la sujeción político-militar de las soberanías mexica e inca por parte de los españoles provocó que sus formas de construcción del paisaje y organización del territorio, en vez de ser más coincidentes, pensando que se encontraban regidas por un mismo ente político, comenzaran a divergir. Pueblos altitudinales que dedicaban especial energía al control de los ecotonos, entre los climas cálidos y templados (la extendida práctica agrícola en sitios escarpados por medio del acondicionamiento de laderas tenía una mayor posibilidad de complementación alimentaria en estas zonas de transición, donde existen cientos de vegetales, vertebrados e insectos pertenecientes a entornos que se encuentran entre los de mayor diversidad biológica del mundo), observaban a la par de un dramático descenso demográfico, cómo sus espacios vitales eran relegado, siendo que los europeos buscaron una producción agropecuaria de mínima diferencia altitudinal, resultando en diversos casos que la apropiación del espacio agrario se resolvió subiendo o bajando a zonas más llanas, donde se pudiese llevar a cabo la práctica agrícola bajo formas mediterráneas, aunque fuesen productos exóticos a Europa, como la caña de azúcar o el algodón. Habiendo sido la más dramática elección, la prioridad otorgada al litoral del Perú a partir de la década de 1530, por no hablar del traslado casi total de todo asentamiento prehispánico, aunque fuese unos cientos de metros.

Las divergencias en las prioridades territoriales de los españoles entre México y el Perú, significó el reforzamiento de un patrón territorial discontinuo y de apenas dos mil años de existencia en el caso del México central y meridional, en el que la cuenca de México había funcionado como nodo político-territorial.

En el caso del Perú, se asistió a un nuevo desplazamiento de la hegemonía político-militar a la costa, traslados que en la larga historia andina pudieron obedecer a alteraciones en las tendencias climáticas seculares, pero que ahora obedecían a decisiones políticas y económicas de los recién llegados. Se puede decir que en Mesoamérica se asiste a alteraciones en el territorio de escala local y regional, lo que Margarita Gascón (2011: 19-24) define como escala colonial, mientras que la lógica territorial en el Perú será plenamente dictada por una escala imperial. Los conceptos de escala imperial y escala colonial han sido explicados y ejemplificados por Gascón con respecto a Hispanoamérica, en las páginas arriba citadas.

Tales prioridades en el territorio, amén de barreras físico-biológicas más acusadas en los Andes, han hecho de México un país más articulado en su territorio. El enfrentamiento con un ente político-territorial que se opusiera al dominio español no existió en México (en Mesoamérica los dos casos de resistencia político-territorial fueron los de los pames de la Sierra Gorda y los mayas de Tayasal, ambos subyugados entre fines del siglo XVII y principios del XVIII, los cuales nunca significaron una amenaza al dominio español). Posiblemente de no haberse dado el traslado de poderes a Lima, el Estado que ejerció su soberanía desde Vilcabamba, entre 1536 y 1572, no hubiese existido. Asimismo, las rebeliones y desencuentros con las autoridades españolas fueron más frecuentes en los Andes, en esto también pudo jugar un papel importante la lejanía y difícil comunicación con Lima.

Aunque las cadenas montañosas que limitaban al corazón de la Nueva España significaban el límite de espacios plenamente integrados en economía y cultura al sistema mundo, existían fuertes vínculos con comarcas localizadas en los litorales, tierras cálidas o los reales de minas del norte. En oposición, el litoral del Perú tenía en los contrafuertes andinos del Pacífico una barrera solo franqueable a través de contados pasos de montaña a gran altitud, rutas que resultaban a los camélidos euroasiáticos prácticamente mortales. La presencia española en los Andes centrales es inconexa y aislada; los asentamientos relevantes en lo económico o en lo político-administrativo, fuera de Cuzco y los reales de minas, no pasan de una veintena y se articulan con el litoral, en lo primordial, por ocho vías de no fácil acceso, todas con pasos de montaña por arriba de los 4 000 msnm, con excepción de los dos del extremo norte que comunicaban a Cajamarca y su *provincia* y a Santiago de Chuco, en las serranía del actual departamento de La Libertad. Las consecuencias del orden territorial impuesto durante el siglo XVI se manifiestan en las marcadas diferencias culturales y económicas entre las sierras y el litoral en el Perú, y se es de la idea que pudieron influir en la creación de los tres Estados centro-andinos contemporáneos.

La casi nula interconexión entre las ciudades serranas queda manifiesta en el trabajo de Mario Rivera (1995:102) sobre el puerto de Arica, al explicarnos este autor que por ejemplo, el transporte del azogue procedente de las minas de Huancavelica se llevaba al puerto de Chincha Alta para ser embarcado al ahora puerto chileno y de ahí remontado al Potosí. Asimismo, este autor nos recuerda que el azogue al Potosí comenzó a llegar vía Buenos Aires a partir de 1657; la eventual preminencia del puerto rioplatense y su conversión en capital de virreinato no harán sino ahondar la desarticulación territorial del mundo serrano en los Andes. La barrera de los Andes y la opción por el litoral hicieron de Lima una capital marítima, mientras que México, capital terrestre, difícilmente podía competir en los alcances territoriales y velocidades en transporte que desde El Callao se podían ejercer. Las acciones de dominio político-territorial emprendidos por la Monarquía Hispánica, aunque fuesen españolas en su dirección, la ejecución y los contingentes de población con las que se organizaba la ocupación española eran, en la mayor parte de los casos, de origen indígena. Ello que significó una producción de espacios en los que lo náhuatl o lo quechua tenían una fuerte presencia; ya en la organización del trabajo colectivo y la disposición y utilización de las tierras, ya en las prioridades culturales en el paisaje.

La presencia de las culturas nahua y quechua en Mesoamérica y los Andes amplió sus zonas de influencia como consecuencia del dominio español, en tanto que la mediación entre los españoles y los diversos grupos indígenas era factible de conducirse únicamente a través de contadas lenguas francas. Asimismo, la organización de la encomienda, del trabajo colectivo y la extracción de bienes y recursos, fue llevada a cabo en primera instancia por líderes locales o regionales, hablantes del nahua y el quechua o altamente culturizados por las hegemonías de México o el Cuzco, a las cuales se podían incluso encontrar ligadas por enlaces matrimoniales. Para Inge Sichra (2003:77), el sentimiento grupal surgido de la imposición de lo 'quechua' en el centro-oriente de Bolivia a fines del siglo XV, se vio reforzado por la confrontación a los españoles. Se puede decir, en lo general, que las lenguas aimara, nahua y quechua fueron favorecidas por las políticas eclesiásticas hasta mediados del siglo XVII; en cuanto a lo acontecido a este respecto en México y el Perú, Antonio García Español (2002:125-129) ha realizado un buen argumentado resumen. Para Pedro Armillas (1991:30), la vitalidad del quechua es incluso palpable hasta la medianía del siglo XVIII, años en que de acuerdo con este autor, el quechua se había vuelto la lengua franca en los Andes ecuatorianos y el suroeste colombiano, habiendo sustituido lenguas locales como el pasto, cara, panzaleo, puruhá, cañari y palta.

La propuesta de una expansión del quechua durante los siglos XVI y XVII, ya fue propuesta por lingüistas desde mediados del siglo XX (Rivet y Crequi Montfort, 1951:xii), expansión que debe ser matizada al tratarse de un fenómeno inminentemente rural y de asentamientos de frontera; las urbes principales fueron en lo primordial castellano parlantes, relegándose el uso de las lenguas autóctonas a las comunidades indígenas adyacentes. La profunda dicotomía campo-ciudad en Hispanoamérica tiene en el lenguaje un importante referente, en el entendimiento de su configuración y pervivencia a lo largo de los siglos. A la expansión del náhuatl y el quechua, deben agregarse lenguas que a escala regional fueron utilizadas como lenguas francas, ante un mosaico de centenares de lenguas y sus localismos entre ellas cabe destacar el maya peninsular, el mixteco o el zapoteco en el sur de México, la lengua muisca, la ya mencionada lengua aimara, y el guaraní en la América del Sur

El análisis de la imposición de los topónimos nahuas y quechuas de Nicaragua al suroeste de los Estados Unidos, en el caso de la primera lengua, y de Chile y Argentina a Colombia, en el caso de la segunda, ha sido prácticamente inexistente. La toponimia[6] no ha sido analizada, ni desde la geografía, ni la historia, como un elemento de imposición cultural que relega a los grupos más débiles en las definiciones político-administrativas y percepciones del territorio. Por ejemplo, en el caso de la mitad septentrional de América Central, tradicionalmente se ha propuesto que la toponimia nahua existente es consecuencia en lo primordial de las migraciones 'toltecas' ocurridas hace unos mil años hacia Yucatán y Centroamérica, etapa en la que se crearon Estados mayas bajo élites influenciadas por lo nahua, sin embargo, en la actualidad en la península de Yucatán no existe un solo topónimo nahua, lo que lleva a pensar que, aunque hubiese existido un antecedente toponímico nahua en Centroamérica, es la imposición castellano-nahua la que arraiga en definitiva en las tierras mayas de los altos de Chiapas y Guatemala, así como en El Salvador, Honduras y Nicaragua. La influencia nahua en la Guatemala del siglo XVI queda demostrada, de acuerdo con Florine Asselbergs (2009:180-181), a través del estudio de los denominados lienzos de Huaquechula y Tlaxcala, los cuales de acuerdo con esta autora, sirvieron para exigir privilegios a la Corona española por haber sido sus aliados desde que arribaron a México y haberles ayudado a derrotar a los mexicas y a los señores guatemaltecos.

[6] En realidad, la toponimia como parte del cuerpo científico se ha considerado tradicionalmente como parte de la lingüística, en particular de su rama onomástica, visión en la que una crítica proveniente de la antropología, la geografía o la historiografía difícilmente ha sido incluida.

En sus afanes de dominio territorial, los españoles en poco consideraron las creaciones o reforzamientos que hicieron de las culturas nahua y quechua, en territorios que habían sido dominados o administrados con cierto grado de autonomía desde México y Cuzco, o en parajes que habían escapado al control de estas dos últimas hegemonías. En cuanto a la presencia nahua, abarca desde el norte de México hasta El Salvador y Honduras. En el caso del norte de México, es de lo más interesante reconocer el caso, desde una perspectiva territorial, de las comunidades autónomas establecidas por los tlaxcaltecas a lo largo de la ruta de la capital virreinal a la capital de Coahuila, habiendo sido la población más importante en esta demarcación San Esteban de la Nueva Tlaxcala, anexa a Saltillo. En esta comunidad en la que perduró el habla del náhuatl, a 900 kilómetros de distancia de la Tlaxcala original, durante los siglos XVII y XVIII (Offutt, 1992). Asimismo, los tlaxcaltecas del noreste mexicano gracias a sus privilegios (perpetua hidalguía, exoneración de tributo y servicios personales, así como autonomía en su gobierno) se impusieron en el repartimiento de aguas y tierras que se obtenían como consecuencia de la reducción de los pueblos 'salvajes' (Sheridan, 2001:30).

Se puede decir que la base territorial de los actuales estados de Coahuila y Nuevo León tiene su origen, más que en los esfuerzos imperiales dictados desde los escritorios de El Escorial, en la red de aldeas que dependieron de San Esteban. Tlaxcalilla, junto a San Luis Potosí, perduró como el segundo asentamiento en importancia de esta red autónoma a lo largo de la etapa virreinal. Al igual que en el resto de Hispanoamérica, estas comunidades comenzaron a perder autonomía a partir de las reformas borbónicas. La presencia de nativos de la cuenca de México también se ubican desde el norte y occidente de México hasta El Salvador: San Juan de los Mexicanos junto a la capital de Michoacán, el barrio de Mexicanos en San Cristóbal de Las Casas, o el de Mejicanos al norte de San Salvador, son prueba de ello, sin que se tenga referencia de que estas poblaciones de 'mexicanos' configuraran un entramado territorial, como sí lo fue, la entidad tlaxcalteca del noreste mexicano.

Una experiencia similar a la de los tlaxcaltecas no existió en los Andes, en tanto que en esta área ningún grupo indígena obtuvo prerrogativas de tanto prestigio como las obtenidas por los tlaxcaltecas, ya que el proceso de dominio político-militar y territorial por parte de los españoles comenzó a través del golpe certero de Cajamarca en noviembre de 1532 en contra del poder inca. Asimismo, la elección de Lima como capital, alejó a la sede de poder imperial de las sedes políticas relevantes del Incario. Por otra parte, el eje inca a través de las elevaciones andinas, dejo de ser la principal vía de comunicación y transporte de Ecuador al noroeste argentino y el intercambio desde las tierras altas a las estribaciones de la

selva amazónica y de éstas al litoral pacífico, prácticamente cesó. En este proceso de desarticulación territorial, no debe olvidarse que la trashumancia de camélidos andinos dejó de ser una empresa del Estado.

En lo fundamental, lo que se quiere exponer a partir de los argumentos anteriores, es destacar que la evolución urbano-territorial de Hispanoamérica ha sido explicada desde una lógica imperial (en forma abrumadora por la literatura anglosajona y gala, y por visiones eurocentristas al sur del río Bravo), como si fuese una empresa exclusivamente europea sin sopesar el papel que jugaron Lima y México como sedes de los poderes supremos de la Monarquía Hispánica en las Indias, así como los procesos de producción del espacio más allá del centro de México y el litoral peruano, los cuales bajo influencia nahua y quechua, en lo fundamental, son la base de regiones contemporáneas desde el noroeste argentino hasta el suroeste de Colombia en la América del Sur y de Nicaragua a Nuevo México en Norteamérica. En estos espacios, abierta o subrepticiamente, la cosmogonía, la vida material y los ciclos de la vida agraria tienen una fuerte raigambre nahua y quechua.

En términos urbanos, decenas de ciudades en Hispanoamérica fueron en su desarrollo socioeconómico y cultural, consecuencia en parte de las influencias nahua o quechua: Saltillo y Monterrey fuera de Mesoamérica, o Guadalajara, Morelia y Puebla al interior de ésta, son prueba fehaciente de ello. En la América del Sur, Quito, La Paz, Cochabamba, Sucre, se asientan sobre urbes quechuas y por su parte, ciudades como Santiago, Tucumán, Salta o la propia Lima (esta última a pesar de su desarraigo con respecto al mundo serrano), se lograron como urbes españolas gracias en buena medida a los aportes socioeconómicos, culturales y urbanísticos de los quechuas. En el caso de las ciudades neogranadinas, primordialmente Bogotá y Popayán, posiblemente se puedan identificar elementos quechuas en su evolución, pero la lejanía con respecto a Lima y las influencias en la organización del territorio en la escala imperial desde el Caribe, son aspectos que deben considerarse en el análisis de la evolución urbano-territorial de Colombia, Venezuela y Panamá.

Es importante recordar el marco temporal que prefiguró el mundo 'mestizo' de las comunidades andinas y mesoamericanas, indígenas en su composición étnica, pero obligadas a vivir de acuerdo con los cánones europeos de urbanismo y 'vida civilizada' durante lo que Fernand Braudel y Lucien Febvre (Aguirre, 2001:24) definieron como el largo siglo XVI. Larga centuria en la vida material y cultural del planeta durante la cual, por vez primera, diversas partes del mismo se veían interconectadas, preámbulo de la modernidad capitalista. Este largo siglo XVI comenzó en el México central y meridional en 1521 (conquista militar

de México-Tenochtitlan), y en los Andes centrales en 1532 (una vez apresado Atahualpa en Cajamarca), siendo su fin menos preciso, al tratarse de un proceso económico, el que comenzó a diferenciar estas primeras etapas de dominio español de los subsecuentes periodos, es decir, la apropiación de la mayor parte de las tierras productivas en manos de particulares españoles y la Iglesia, prácticamente a la par en la Nueva España (Garza, 2000:357) como en el Perú (Sempat, 1989:439).

Los 'pueblos de indios' y el espacio urbano virreinal

En el entendimiento e influencia de los procesos urbano-territoriales 'mexicano' y 'peruano' en buena parte del resto de Hispanoamérica y el suroeste de los Estados Unidos, se hace necesario releer la historia urbana, enfocada tradicionalmente a las grandes urbes españolas, sin reconocer a profundidad la influencia que en el territorio tuvieron los asentamientos que recibieron genéricamente el título de 'pueblos de indios', categoría de asentamiento que hasta la década de 1990, había sido poco considerada por parte de los historiadores, acusando Marta Herrera (1998:96) que al ponerse atención a los 'pueblos de indios', se había hecho de manera legalista y formalista, sin atender las: "…profundas implicaciones que tiene sobre la vida de una sociedad el establecimiento de un determinado ordenamiento espacial…". Aportes como el de Federico Fernández y Pedro Urquijo (2006), van subsanando carencias teóricas a este respecto. Asimismo, su tratamiento permite reconocer grupos sociales o étnicos que no han sido considerados por historiografías tradicionales o plenamente eurocentristas. Las perspectivas de una historia urbana incluyente y una geografía crítica que estudie la producción del espacio en temporalidades prolongadas, permite replantearse diversas cuestiones de lo urbano, desde su ordenamiento hasta la preservación de los cascos urbanos virreinales o decimonónicos. Las cuestiones relacionadas al patrimonio urbano, tienen en la geografía bases teóricas que ya han comenzado a ser exploradas, tal y como demuestra Omar Peral en el siguiente capítulo.

En una breve síntesis de la evolución del paisaje y de las formas de organización del territorio, se tiene como parámetro principal el considerar las prioridades y discursos que el poder imperial, virreinal, regional o local tuvo en la localización, fundación y funcionamiento de los 'pueblos de indios'. La temporalidad de estos procesos se propone en los siguientes términos:

Una primera etapa, en la que la cosmovisión indígena pervivió, a pesar de las limitaciones que le significaron el súbito dominio militar y político, así como

la paulatina imposición de esquemas culturales ajenos. En un universo indígena todavía vital, los españoles lograron el traslado de la mayor parte de los asentamientos a parajes menos escabrosos, pero en cientos de ocasiones, la disposición y orientación de iglesias y edificios públicos se llevó a cabo bajo los influjos de las prioridades cosmogónicas indígenas en el espacio, incluso en ciudades principales como Oaxaca y Puebla, ambas con una particular orientación NO-SE. En el caso del Perú, la superposición española en el Cuzco no pudo cambiar en mucho las orientaciones de las edificaciones principales, debido a lo estrecho de su prolongado valle, situación que probablemente se repitió en los escasos asentamientos españoles en los Andes centrales. La experiencia urbana en el litoral, siguiendo el patrón de 'cercados',[7] fue un proceso urbano fundamentalmente español.

El nuevo orden impuesto fue alejando paulatinamente a la población de la vida serrana, no solo por el nuevo patrón urbano-territorial, sino por darse prioridad en el agro a la explotación de aluviones y humedales, abandonándose en cientos de comarcas las prácticas altitudinales. Los desplazamientos ordenados por la Monarquía y la Iglesia se verificaron a mayores distancias, conforme el espacio original resultase más ajeno a los cánones urbanos de los españoles, ya por ser muy montañoso, muy cálido o palustre. En la segunda etapa, con una población indígena mermada y ya con signos de profundas alteraciones ambientales, se produjo la imposición de la traza en *policía* de la mayor parte de los asentamientos en Mesoamérica y los Andes. La evolución de los medios rural y urbano de buena parte de Iberoamérica no se puede comprender sin la inclusión de este proceso urbano, ordenado a escala imperial, pero ejecutado desde los altiplanos mexicanos y el litoral del Perú.

Alan Durston y Jorge Hidalgo (1999:257-258) nos invitan a poner en tela de juicio la versión etnohistórica consagrada, con respecto a las reducciones (congregaciones en la Nueva España), en la que se les ha definido como un importante factor disgregador:

> …que fragmentó las unidades étnicas, efectuando recombinaciones arbitrarias y rompiendo las redes de ocupación espacial y de acceso a recursos. Sin embargo, ecuaciones de ese tipo no siempre son operantes. El efecto de la reducción depende del nivel de organización étnica de la población involucrada, de los

[7] La idea del cercado tuvo lugar en primer lugar, en la capital del virreinato, en un espacio en el que habitaban buena parte de la población indígena de Lima, bajo estricta supervisión eclesiástica. A diferencia del ´pueblo de indios', el cercado era parte del entramado urbano europeo.

sectores ecológicos habitados, y naturalmente de la medida en que se llevó a cabo, entre otros factores poco conocidos.

Estos mismos autores tratan en las páginas arriba citadas, sobre la fragmentación de las grandes formaciones étnicas, como consecuencia de las reducciones, las cuales desintegraron lo que había sobrevivido de las redes imperiales mexica y quechua. Por tanto las mayores formaciones étnicas se vieron fragmentadas, mientras que las etnias secundarias encontraron en las reducciones la posibilidad de consolidar sus organizaciones políticas propias, caso que pudo abarcar de los aymaras y los mapuches, en los extremos oriental y meridional del incario, pasando por cakchiqueles y tzutujiles en Guatemala, hasta zapotecos, purépechas u otomíes en la Nueva España.

La marcada dicotomía campo-ciudad en Iberoamérica es consecuencia, como ya se ha visto, de diversos factores. En términos culturales, cabe señalar que la diferenciación entre medio urbano y medio rural es una racionalización del espacio que, de haber existido en las cosmogonías prehispánicas, guardaba características muy distintas a la segregación espacial que implica la organización urbano-territorial europea. Para el europeo, los montes en sus propios terruños, así como el medio rural en su conjunto en Iberoamérica, le significaban espacios ajenos y peligrosos, ámbito caótico contrario a la civilización, que por su inmensidad y estado salvaje, solo era posible de ser combatido a partir de espacios controlados, reducciones humanas y naturales, cuyo control y sujeción garantizaba la continuidad económica y política de las urbes españolas. La traza en cuadrícula era en sí, una reducción (Cummins y Rappaport, 1998:176); espacios que antes de haber sido reducidos (en ello las obras de arquitectura e ingeniería jugaron un papel primordial) por obras arquitectónicas, ya habían sido plasmados en representaciones cartográficas modeladas desde las capitales virreinales o las sedes de audiencia real.

Alan Durston (1994:69-70), propone que las imposiciones urbano-territoriales ocurridas en los Andes a partir del siglo XVI, es un modelo que se puede rastrear a partir de la idea de que necesariamente los colonizadores europeos e indígenas que llegaban a una nueva zona de colonización, importaban las ideas sobre la traza que reconocían en sus regiones de origen. En las mismas páginas antes citadas, Durston propone que una fundación nodal como Lima llega a ser un modelo a escala continental y cita a Gabriel Guarda, quien ha demostrado que la traza de Santiago de Chile está basada en la de Lima, y que esta última a su vez es un modelo a escala regional en otras comarcas de Chile y El Cuyo.

El impulso de colonización y fundación de urbes, perduró a diversos ritmos en la América española hasta mediados del siglo XVII; a partir de entonces ocurrieron pocas fundaciones, encontrándose las más importantes lejos del área andina central y el México central y meridional. Para Jorge Hardoy (1974:18), las urbes más importantes que fueron establecidas a escala continental, después del primer siglo de vida virreinal, fueron Medellín y Montevideo. La imposición de las reformas borbónicas en general, y en particular, las cuestiones comerciales y político-administrativas, no hicieron sino debilitar a Lima y México como metrópolis en Iberoamérica, siendo más cruento el caso de Lima, una vez creados los virreinatos de Nueva Granada y Río de la Plata. Las guerras de independencia, la creación de los Estados iberoamericanos y la realidad económica y política del siglo XIX, no harán sino restringir las esferas de acción y preminencia de las dos ciudades que fueron el corazón y el motor de la vida virreinal.

Capítulo 6. La Oaxaca de todos, una mirada desde la geografía cultural

José Omar Peral Garibay
Facultad de Filosofía y Letras (Posgrado)
Universidad Nacioal Autónoma de Méxivo

El patrimonio cultural es un concepto que hace referencia al legado material e inmaterial que pasa de una generación a otra, también puede ser entendido como la herencia que se nos brinda del pasado y que se reactualiza en el presente. Tradicionalmente, los estudios sobre patrimonio cultural en México han estado a cargo de especialistas en arquitectura, antropología, arqueología o historia, así como de organismos enfocados en su estudio, salvaguarda y difusión como el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Más recientemente la geografía también se ha interesado en este tema, aportando un enfoque espacial sobre dicha problemática.

En este sentido, este trabajo busca ser una pequeña aportación a los estudios del patrimonio vistos desde la óptica de la geografía cultural. El caso específico de análisis lo constituye el centro histórico de la ciudad de Oaxaca y el proceso mediante el cual esta ciudad se articuló a la dinámica global de la patrimonialización. Para ello, en un primer apartado se esbozan los presupuestos teóricos y metodológicos de la geografía cultural, para posteriormente hacer una reconstrucción geográfica e histórica de la fundación y evolución de la ciudad hasta nuestros días. Por último, se analiza la manera en que la antigua Antequera, con base en ciertas características que le son propias, se constituyó como uno de los centros urbanos más representativos del patrimonio nacional y mundial.

Espacio, tiempo y cultura en la geografía del siglo XXI

Los paradigmas actuales de buena parte de la práctica geográfica de principios del siglo XXI, comenzaron a surgir desde los cambios socioculturales y académicos ocurridos como consecuencia del rompimiento cultural global de 1968, y

han tomado predominancia a partir de la profunda reestructuración productiva y financiera del capitalismo de las décadas de 1970 y 1980, así como de los cambios culturales implícitos en la revolución científica, tecnológica y comunicacional, hasta llegar al desmoronamiento del bloque soviético a principios de los noventa. El mundo se contrajo hasta la pantalla del televisor y la política eclosionó sujetos y discursos revolucionarios.

Fue en esas circunstancias de ajetreo generalizado, en donde la realidad sufrió profundas transformaciones. Pero no únicamente fueron las relaciones sociales las que se vieron modificadas, también lo hicieron los construcciones epistemológicas que trataban de dilucidarlas. Dentro del ámbito de las ciencias sociales, aconteció un proceso de renovación inherente a las mutaciones del mundo. Los antiguos modelos se vieron acotados e incluso reducidos frente a fenómenos nuevos o que hasta entonces habían sido ignorados. El modelo neopositivista predominante en la ciencia occidental mostró su agotamiento y dio paso a nuevas propuestas surgidas de las tradiciones idealistas, humanistas y críticas que nacieron en el siglo XIX. La mirada sobre el presente debió recoger posturas del pasado de una manera renovada, así como abrirse paso en un mundo rígido de conceptos y narrativas totalizadoras (Wallerstein, 2006).

A partir de la década de los setenta del siglo pasado, un cambio discursivo imputó la superioridad del tiempo sobre otras dimensiones de la vida social. En las resquebrajaduras de la visión dominante de un tiempo y una historicidad unilineal, se abrieron paso nuevas perspectivas que traían a colación al espacio y a la cultura, así como una nueva forma de periodizar la evolución humana, haciendo menos rígidos a los periodos, otorgándole ritmos propios a cada una de las colectividades humanas. Esta reconfiguración debe entenderse en el marco de una disputa por la supremacía del saber, pero también en el ámbito de la práctica social y política. El capital mundializado, o 'globalizado' como también se le ha llamado, cambió su manera de actuación y pretendió erigirse como el ordenador del mundo a su imagen y semejanza, utilizando todos los medios que tenía a su alcance, en particular los vinculados al proceso productivo-consuntivo tanto de objetos, como de imágenes y símbolos (Harvey, 1998).

Se dice que la imaginación es más importante que el conocimiento en el proceso de creación, y en este sentido, lo que se denominó como el giro espacial y el giro cultural de los años setenta, puede ser entendido como un proceso imaginativo frente a una serie de prácticas y discursos que no daban cuenta satisfactoria de la realidad (Nogué y Albet, 2004). Esto fue particularmente importante en el ámbito de la geografía, donde una marcada práctica cuantitativa reforzaba la idea de que el espacio era un objeto vacío, un contendor en el cual se depositaban

los atributos físicos y humanos que posteriormente adquirirían una forma que podría ser revelada y modelada mediante el lenguaje lógico matemático. Este espacio se caracterizaba por estar desprovisto de toda intencionalidad humana, era un espacio neutro (Moraes, 2005).

El giro espacial y el giro cultural en las ciencias sociales generaron las condiciones para que se diera un diálogo entre las diferentes disciplinas humanas. La primacía de lo histórico-económico dio paso a las vivencias y prácticas sobre el espacio, condicionadas por la forma en que la gente concibe y recrea su mundo. Bajo esta visión, el acomodamiento de las actividades humanas al espacio no se hace de una manera mecánica o automática, aun ante el abrumador poder de las relaciones que pretende reproducir el capital y de los actores más poderosos que lo detentan o promueven. Es en este marco de diálogo transdisciplinar que, si bien no surge la geografía cultural, sí se ve enriquecida vigorosamente.

La geografía cultural de los años setenta y ochenta, en vez de avocarse al estudio de las áreas culturales como lo planteara Franz Boas en el primeras décadas del siglo XX (Harris, 1979), se constituiría como un enfoque particular para analizar el espacio, en el cual el énfasis estaría en dar cuenta de los procesos de transformación de la espacialidad de las relaciones sociales que son mediados por la cultura (Fernández, 2006). El campo de la significación sería el faro que guiaría la perspectiva del cambio espacial; asimismo, el factor temporal tendrá una relevancia incuestionable, pero ahora, el tiempo será pensando en conjunción con el espacio, de manera inseparable, como ya los señalara Lefebvre (1976:244) al mencionar que "todo lo que ha actuado en el historia ha quedado inscrito en el espacio".

Esta nueva geografía cultural dio prioridad a la manera en que las distintas sociedades transforman su territorio dándole una impronta propia. El espacio deviene en paisaje y territorio, porque es un espacio apropiado, marcado, delimitado y cargado de significación y emotividad; es depositario de los mitos fundacionales y requiere de su reactualización a partir de una práctica ritual periódica, institucionalizada. Como herramientas para esta propuesta de análisis del espacio, se hacen fundamentales la categoría misma de espacio-tiempo, así como los conceptos que hacen aprehensible esta dimensión: paisaje, lugar y territorio, como las principales (Fernández, 2006). De igual forma, como premisas para el trabajo de investigación, el enfoque de la geografía cultural se constituye en un amalgamiento entre el modo de producir y el modo de significar la vida diaria. El entrecruzamiento de esos dos modos es lo que deja huella en el espacio, lo que lo marca, lo que lo grafea, lo apropia y significa (Gonçalves, 2001).

En este escenario, la antropología ha brindado a la geografía importantes aportes no solo en términos teóricos, sino también metodológicos. La dimensión simbólica del espacio, que por mucho tiempo estuvo ausente en los estudios de la geografía, ahora irrumpe con importante fuerza. Esta irrupción viene dada con la adopción, por parte de los geógrafos, de las más tradicionales herramientas de trabajo cualitativo desarrolladas por los antropólogos. Tal es el caso de la observación participante y de la etnografía, solo por mencionar las principales. Así, para la geografía se abría una nueva etapa de trabajo de campo, donde si bien ya existía, 'la vista sobre el terreno', ahora se hace una reducción de escala y se deja de mirar tanto al horizonte para poder mirar más a lo próximo y circundante. Los estudios de la geografía cultural plantearían como incógnita la manera que un colectivo entabla su relación con el espacio y produce un paisaje o un territorio, y para ello, como estrategia investigativa es fundamental que el geógrafo aprenda de primera mano, como si fuera un sujeto más de esa colectividad (Fernández, 2006:230-235).

Finalmente, un recurso analítico que es de vital importancia para cualquier estudio geográfico, es el que tiene que ver con la acción de la práctica espacial diferenciada, lo que refiere al problema de las escalas. Aun cuando se haga el análisis de un lugar y donde la escala del trabajo de campo y de la recolección de información esté dada por lo próximo, lo local, lo cercano, no se puede omitir el hecho de que los lugares, todos ellos, constituyen parte de la totalidad-mundo, están en relación con lo global y con actores que tienen capacidad de incidencia que va más allá del propio terruño. La importancia del análisis escalar nos permite entender que cualquier lugar es producido en relación con la totalidad, con una totalidad que se constituye globalmente. De manera que lo local se articula a lo global, recibe impulsos, tendencias y condicionantes que está fuera de sus límites físicos. Sin embargo, la relación no es mecánica, lo local puede constituirse como particularidad de lo global, como su concreción y especificidad (Peral, 2012). Dado que los actores con mayor capacidad de producción del espacio se mueven en el ámbito global, son ellos los que tienen la fuerza de llevar sus intereses económicos y políticos por todo el mundo, sirviéndose de la cultura para poder hacerlo; de hecho es el principal mecanismo de propagación para la uniformización del espacio. Al homogeneizar las pautas de consumo cultural se homogeniza también al espacio.

Ante esto, es importante considerar que la perspectiva crítica y humanista es de vital importancia para los estudios de la geografía cultural. Por un lado, el discurso crítico permite hacer un posicionamiento político antihegemónico, y por otro, la perspectiva humanista nos da cuenta de la multiplicidad de formas de entender la realidad que pueden y deben convivir en este mundo. Minorías, excluidos, explo-

tados, subalternos, los productores de los paisajes ocultos de esta (pos) modernidad capitalista se convierten en los actores principales de este proceso renovador. Lo son porque si bien están ocultos para la visión dominante, estas otras formas de reproducir el espacio están bien definidas por sí mismas; también los son aquéllos que aun actuando bajo la lógica de las relaciones dominantes, lo hacen enfatizando la reproducción de la vida social, de la cultura, del goce y de lo colectivo.

Huaxyacac, Antequera, Oaxaca, transformaciones de una ciudad

La ciudad de Oaxaca es una ciudad que puede apelar a distintos orígenes, de ella se puede decir que es una ciudad prehispánica, colonial o incluso moderna (porfiriana), o podríamos, para hacer honor a todas las tradiciones arquitectónicas que en ella convergen, decir que es todo esto a la vez. En el imaginario popular e incluso en el imaginario ilustrado, la ciudad de Oaxaca es asociada predominantemente al México virreinal. De ella se dice pues, que es una ciudad colonial. Sin embargo, la ciudad de Oaxaca está asociada a una antiquísima presencia de asentamientos humanos en la región en la que se localiza, conocida como Valles Centrales. Asimismo, es de relevancia la posición estratégica en que se ubicó la ciudad en función del acceso a recursos, sobre todo tierra y agua, pero también en función de las rutas comerciales que mantenían los mexicas hacia la región maya (Van Doesburg, 2007).

Ahora bien, la historia del poblamiento en la región menciona que por lo menos desde hace diez mil años, existe una alta densidad demográfica en esta zona, además de que hacia la transición del periodo preclásico al clásico se dio un intenso desarrollo arquitectónico y urbanístico, del cual es insigne la ciudad de Monte Albán, localizada a unos cinco kilómetros del centro de la ciudad actual de Oaxaca. En ese sentido, debe ser entendida la fundación de la ciudad, como una línea de transición entre distintos momentos de ocupación y transformación del espacio que data de hace miles de años, la época colonial le dio su impronta y particularidad, pero no se puede decir que sea ella la que la haya iniciado.

Respecto a la ocupación del espacio físico, la ciudad se asienta en la confluencia de tres valles, el de Etla al noroeste, el de Tlacolula al este y el de Zaachila al sur. El relieve, la abundancia de agua y las condiciones climáticas, hicieron que estos valles tuvieran un lugar destacado en el inicio de la tradición agrícola mesoamericana. Prácticas agrícolas que condujeron grupos proto-zapotecos y cuyos descendientes poblaron los valles hasta que el empuje mixteca los obligó a

compartir las riquezas de tan pródigas comarcas. Hacia 1494, bajo las órdenes de Ahuízotl se estableció el puesto militar mexica de Huaxtlan, pero una rebelión mixteco-zapoteca obligó a Moctezuma Xocoyotzin a sofocar el levantamiento y reconquistar la ciudad, poblarla con cerca de tres mil nahua parlantes, y rebautizarla con el nombre de Huaxyácac hacia 1502. Este emplazamiento, no solo era estratégico para el cobro de impuestos a escala regional, sino también era vital para reforzar la ruta comercial al preciado Soconusco (Madrid, 2013). Este asentamiento se desarrolló en el contexto de una organización urbana de considerable importancia, tanto en lo económico, lo político-militar, como lo religioso y lo administrativo, por lo que debe considerarse que su traza no fue del todo destruida por los españoles, sino retomada por ellos, para guiar el asentamiento y expansión de la futura Antequera (Barbosa, 2001).

En 1521, tras la caída de México-Tenochtitlán y con conocimiento de la importancia que la guarnición de *Huaxyacac* representaba para los mexicas, Cortés envía a un grupo de españoles y soldados indios hacia la conquista de esta ciudad (Chance, 1978). Existe la creencia de que Francisco de Orozco conquistó Oaxaca, sin embargo, según las fuentes históricas, no hay ninguna prueba contundente de ello, más importante todavía, no existe evidencia alguna de que se haya dado una conquista militar. Lo más probable es que los españoles hayan ocupado Huaxyácac mediante un armisticio con los mexicas y otros señores importantes de los valles, debido a la imposibilidad de Orozco para vencer a los ejércitos indígenas. Lo pactado de acuerdo con Taylor, citado por Barbosa (*Ibid.*:89), fue la solución más razonable para que los españoles: "lograran ocupar la plaza y el reconocimiento a la corona española, a cambio del respeto a las posesiones territoriales indígenas … aspecto de fundamental importancia para la compresión de las relaciones interétnicas y el arranque de la vida colonial en los valles de Oaxaca".

Debido al interés que representó en Cortés las descripciones del valle, éste lo incluyó en la lista de las posesiones territoriales que pretendía exigir a la corona a cambio de sus servicios prestados en la guerra de conquista, además de ello, el futuro Marqués del Valle (nombrado así por el Rey en 1529), reclamó para sí, el pago de tributo de toda la población indígena de los Valles Centrales, lo que viene a ser una forma de sustitución de los gobernantes mexicas, al punto que, el propio Cortés vivió durante algún tiempo en la que fuera la casa del principal de *Huaxyacac* (Van Doesburg, 2007:63). Sin embargo, el sueño de Cortés duró muy poco tiempo, y éste entró en abierto conflicto con un grupo de españoles que decidieron hacer de estos valles el lugar para la fundación de una ciudad que escapara al control del Marqués. Así, hacia 1522, la ciudad de Oaxaca recibe el nombre de Segura de la Frontera (Chance, 1978:50).

Los años que anteceden al otorgamiento de la cedula que crea la ciudad de Antequera en 1532 (Barbosa, 2001:110), son de relativa inestabilidad para los iberos, entre reposicionamientos indígenas regionales, como el de la dinastía mixteco-zapoteca de Cuilapan o las reclamaciones de Cortés, quien finalmente se tendrá que contentar con la villa del Marquesado al poniente de Antequera y otras poblaciones de la región. Así, con certeza jurídica y prerrogativas como *republica de españoles*, la ciudad comenzó su proceso de urbanización hacia mediados de la década de 1530, en buena medida bajo el influjo de religiosos, particularmente de la orden de los dominicos. Encargados de la evangelización de los *pueblos de indios* de los Valles Centrales y de toda la *provincia* de Oaxaca, así como de brindar el oficio religioso a los habitantes peninsulares de la ciudad, los frailes se dieron a la pronta tarea de comenzar a construir templos y conventos donde además de organizar las ceremonias religiosas, pudieran ellos tener su morada. De esta manera se entiende como una de las primeras acciones del Cabildo de Antequera, en el mismo año de 1529, es la donación de doce lotes (tres cuadras) para la construcción del primer templo dominico (Van Doesburg, 2007:74).

Como es sabido, las ciudades novohispanas fueron los lugares donde se asentaron las principales autoridades políticas y religiosas, también fueron el centro de articulación de las principales actividades económicas, ya sean las que se llevaban a cabo a sus alrededores, como la agricultura, ganadería o la minería, o bien las que poco a poco se fueron constituyendo como parte de la misma ciudad, como los talleres, obrajes y tiendas. La configuración espacial de estos poderes hacia de la ciudad su lugar predilecto, al interior de ella configuraban un orden en el que la proximidad a la plaza mayor, era símbolo de estatus y jerarquía. Por otro lado, hacia el exterior, funcionaba como nodo articulador con las comarcas que estaban bajo su jurisdicción, mediante la concentración de impuestos o bien por medio de los mercados semanales, siendo lugares importantes donde se daba el encuentro y la socialización entre distintas razas, clases y castas (Chance, 1978:99). En realidad la ciudad novohispana podía operar como un espacio que por lo menos temporalmente podía reducir la distancia (física y social) entre distintos sujetos.

Para el caso de la ciudad de Antequera, su importancia en este sistema de ciudades novohispano está confirmada por su pronta adquisición de título de ciudad, tan solo diez años después de la caída de México-Tenochtitlan. En este contexto cabe destacar que las transformaciones de la ciudad de Antequera se pueden enmarcar en dos etapas. La primera comprende desde su fundación, hasta mediados del siglo XVIII; la segunda etapa se puede ubicar con el advenimiento de las reformas borbónicas así como con la expansión explosiva de la producción

y exportación de la grana cochinilla. En estas etapas de la Oaxaca colonial hay cambios significativos en su evolución demográfica y urbana (Duhau, 1988).

En el primer periodo, la ciudad de Antequera comenzó a recibir residentes provenientes de la Ciudad de México, incentivados por la Corona para que se establecieran en los valles. Sin embargo, muchos otros propietarios de tierras en la región mantuvieron su residencia en Puebla o en la capital del virreinato. Asimismo, la ciudad mantuvo la traza indígena adaptada a los patrones hispánicos, y de ahí se extendió de manera ortogonal que es como se conserva actualmente (Barbosa, 2001:179). Durante el siglo XVI se llevaron a cabo importantes obras públicas como el acueducto, la desviación del río Atoyac, la construcción de la catedral y el levantamiento del Convento de Santo Domingo de Guzmán (Van Doesburg, 2007:79).

La realización de dichas obras no puede entenderse sin las instituciones sociales que las posibilitaron, como son la encomienda y los repartimientos, que durante algunos periodos rayaron en la esclavitud de los indios aun cuando ésta estaba prohibida. Así, en este periodo que abarca los primeros dos siglos del México virreinal, la organización de los Valles Centrales quedó delimitada por la ciudad de Antequera como centro político y económico, secundada por el Marquesado del Valle, así como una serie de poblados indígenas que hacían la función de satélites de la ciudad, brindando mano de obra y productos manufacturados. De igual importancia para el mantenimiento de Antequera, fueron las actividades agrícolas y ganaderas llevadas a cabo más allá de sus fronteras, ya que éstas proporcionaban los alimentos con los cuales se mantenía la ciudad, así como productos de origen animal que serían trabajados en los obrajes y talleres (Chance, 1978:87).

Esta situación, en términos generales, se mantuvo hasta mediados del siglo XVIII, cuando la ciudad comenzó a ser un polo de atracción por causa de su actividad comercial y del impulso que recibieron la producción de algodón y la industria textil asentada en los talleres de los poblados de los valles, así como la producción de grana cochinilla, actividades todas ellas, realizadas por mano de obra indígena. Así, de tener aproximadamente tres mil habitantes a principios del siglo XVIII, la ciudad de Antequera pasó a tener 18 237 habitantes en 1790 (AGN, Historia, vol. 522:260), además de que hubo un incremento notable en su obra pública y privada, derivado del auge económico de la grana y los textiles. Renovada articulación de los Valles Centrales de Oaxaca al sistema mundo, en el que por vez primera, esta región produce un producto útil a escala imperial, siendo que su función económica hasta entonces, no había trascendido la escala virreinal o colonial.

Ya hacia el ocaso del México colonial, la ciudad de Oaxaca (el término Antequera cayó en desuso desde mediados del siglo XVIII, hasta oficializarse el cambio nominal en los inicios del periodo republicano), estaba constituida por una élite pequeña y encumbrada, existían también dos tipos de fuerza de trabajo bien diferencida, un conjunto de trabajadores semi-adiestrados e inexpertos, y un grupo clase mediero con ocupaciones profesionales y adiestradas, especialización que incluso se vio reflejada en una diferenciación por Barrios. Hacia esta época ya se habían implementado políticas dictadas desde la Corona, que tenían el objetivo de reorganizar la vida interna de la ciudad en todos sus ámbitos, así como para hacer frente a los constantes terremotos que dejaban en ruinas a la ciudad (Arrioja y Sánchez, 2007).

La vida segregada y de encasillamiento étnico-social, común a toda urbe iberoamericana, fue interrumpida al convertirse la propia ciudad en parte del teatro bélico de las guerras de independencia, entrando a la capital oaxaqueña Morelos y su ejército en noviembre de 1812. La presencia de Morelos en la ciudad fue corta, sin embargo, llevó a cabo varias acciones que perduraron en la ciudad como:

> la construcción de una fuente en el llano de Guadalupe … la instalación de una maestranza de artillería en pleno palacio obispal, la instalación de una casa de moneda para acuñar monedas propias y la publicación del primer periódico impreso en la capital" (Martínez y Ruíz, 2007:9).

Después de estas acciones la ciudad quedó al mando de los insurgentes hasta 1814 cuando los realistas la volvieron a recuperar y mantuvieron en su poder hasta el triunfo de la independencia.

A partir de este momento y hasta la consolidación del porfiriato, la ciudad (al igual que buena parte de la recién creada nación) atravesó por momentos de inestabilidad y desorden, en el estire y afloje de las fuerzas liberales y conservadoras. Aun en estas circunstancias destacan la instalación de un alumbrado público, la apertura de instituciones educativas, la construcción del Palacio de los Poderes y del panteón de San Miguel al oriente de la ciudad, así como la constante reconstrucción y/o reparación de edificios debido a los sismos recurrentes. Dentro de los oficios que se desarrollaron en la ciudad destacaban los de panadería, albañilería, zapatería, albardería, sastrería, curtiduría e hilado de textiles. Hacia las últimas décadas del siglo XIX, ya bajo la dictadura de Porfirio Díaz, la ciudad de Oaxaca vio su entrada a la modernidad con la llegada de las inversiones extranjeras, así como del ferrocarril, la energía eléctrica, drenaje, transporte tranviario,

entre otros. En este periodo se da un auge constructivo, y una renovación en el estilo arquitectónico de la ciudad, pretendiendo seguir el modernismo francés, lo que le daría parte sustancial del estilo que aún conserva (*Ibid.*:43).

El siglo XX se inicia para Oaxaca en una relativa bonanza económica, así como con un incremento poblacional mantenido por décadas, que fue dramáticamente frenado por los movimientos revolucionarios de la década de 1910. La ciudad pasó de tener cerca de 38 000 habitantes en 1910 a tan solo 17 792 personas en 1921, habiendo sido un proceso de abandono de la urbe, más que defunciones. Hasta la década de 1940 (INEGI, 2015) la ciudad recuperó la población con que contaba en las postrimerías del porfiriato. En términos de su patrimonio, la ciudad sufrió graves pérdidas por causa de los combates que se realizaron en ella, así como por la utilización de muchos inmuebles como trincheras para la batalla. Una vez terminada la revolución, los conflictos y disputas entre grupos de poder no habían cesado del todo, y para desgracia de la ciudad, el año de 1932 aconteció un sismo de gran magnitud que la destruyó en gran parte. Durante toda las décadas de los veinte y los treinta del siglo XX, la ciudad y la sociedad oaxaqueña debieron esperar a que las cosas se estabilizaran y entonces sí, tanto la población, como la ciudad comenzaron a crecer (Madrid, 2013).

A lo largo del siglo XX se identifican tres momentos en la expansión de la ciudad de Oaxaca. El primero de ellos estaría definido por un crecimiento de la ciudad sobre la antigua traza, manteniendo la uniformidad y fusionándose con la agencia del Marquesado. Este periodo abarcaría de 1900 a 1940. El segundo periodo cubriría de la década de los cuarenta a la década de los setenta y estaría caracterizado por una consolidación del mercado interno y por el aumento de la migración campo-ciudad. En este periodo la ciudad seguiría creciendo sobre el municipio de Oaxaca de Juárez, sin embargo ya no lo haría siguiendo la traza urbana, sino las principales vías de comunicación de la ciudad hacia el exterior, además de presentarse los primeros asentamientos irregulares. El tercero de los periodos identificados, está asociado al crecimiento de la planta burocrática y a la tercerización de la economía, la ciudad crecería de manera desordenada más allá de los límites del municipio, es el periodo de metropolización que comienza en la década de los años setenta y que se acentúa en los ochenta y noventa (Francisco, 1999).

En ese proceso de crecimiento, lo que era la ciudad de Oaxaca hasta la década de los cuarenta, se convirtió en un renovado espacio central. La asignación de atributos con base en una apreciación específica de la arquitectura, del urbanismo y de la cultura, ha producido una serie de discursos y prácticas de recuperación del pasado y de la protección de éste, su materialización la encontramos en lo que conocemos como casco antiguo, ciudad antigua, o como más reciente se

le ha denominado, centro histórico (Rodríguez, 2014*). Huaxyacac*, Antequera, Oaxaca, ahora se ha convertido en la ciudad inmortal dispuesta a ser admirada por sus visitantes.

La era de la patrimonialización global en Oaxaca, situación y perspectivas

En los apartados anteriores se hizo una serie de anotaciones en referencia al modo en que el lugar como forma concreta de producción del espacio está articulado a procesos socioeconómicos que van más allá de sus límites físicos, que lo trascienden y lo vinculan a una totalidad planetaria. Vinculación, que en el caso de la ciudad de Oaxaca, comenzó hacia la década de 1530, y que ha reconocido altibajos conforme esta urbe y su región han proveído insumos de alta estima para los mercados nacional y mundial en un momento determinado. Hoy en día, el producto que la capital oaxaqueña puede ofertar a escala global es su patrimonio.

La era de la patrimonialización global hace alusión a las iniciativas sobre la creación de muebles, inmuebles, obras de arte, paisajes y espacios protegidos. Es un proceso moderno que comienza en el siglo XIX con la creación de parques naturales en Estados Unidos (Melo, 2002), y cristaliza con varios documentos y acciones en las primeras décadas del siglo XX, después de la destrucción del patrimonio urbano y arquitectónico ocasionado por la Primera Guerra Mundial. A partir de este contexto, surgen iniciativas conjuntas entre países para lograr la mejor salvaguarda y conservación de sus bienes patrimoniales. El caso específico de la UNESCO y de su Convención para la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural de 1972 es el culmen en el proceso de mundializar la política e ideales patrimonialistas (Ballart y Juan, 2008).

Actualmente, las políticas patrimoniales sobre los centros históricos, presupone un reforzamiento de la identidad del lugar a partir de una delimitación cronológica y territorial que se fundamentan en la 'historicidad legítima' y que bajo esos parámetros, también delimitan un polígono que únicamente abarca la urbe que se define a partir de actores y discursos preponderantes desde una historiografía tradicional, la cual suele estar marcada por fuertes tintes nacionalistas. La legitimación, la regulación y la estilización del espacio, se particularizan en cada contexto local, a partir de una correlación de fuerzas y una gestión negociada de los conflictos sociales (Melé, 2006).

En el caso de la ciudad de Oaxaca, ésta tuvo una política patrimonial temprana mediante la implementación de inventarios de inmuebles, pero sobre todo por

la existencia continua de proyectos de restauración y/o reconstrucción. Esto, por una cualidad particular de la ciudad, los continuos terremotos. El sismo de 1932 devastó gran parte de la ciudad e impulsó una reestructuración arquitectónica y urbana. Desde esta época, y en sintonía con el modelo desarrollista y modernizador enarbolado por el gobierno nacional, las administraciones del estado y ciudad de Oaxaca ejecutaron importantes proyectos que tenían como objetivo la restauración y refuncionalización de varios inmuebles patrimoniales (López, 2007).

En una larga lista de obras realizadas para consolidar a la ciudad, no solo en términos físicos (para evitar que se volviera a caer) sino también económicos, destacan la condonación de impuestos en respuesta al golpe sufrido por el terremoto, política hacendaria que sería retomada para incentivar la protección de inmuebles históricos. También en estos tiempos se inauguró el tramo de la Carretera Panamericana que comunicaba por un lado con la capital del país y por el otro hasta San Cristóbal de las Casas, lo que permitió una mayor afluencia de turistas. Asimismo, se restauraron importantes edificios públicos y religiosos, los cuales una vez utilizables, se destinaron a actividades culturales y educativas. Es de destacar también, la intervención en plazas públicas y jardines, como es el caso del zócalo, restaurado en los treinta, y la inauguración del jardín Conzatti hacia 1950, así como la fundación de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, en ese mismo año (*Ibid*.:113-118).

En los años sesenta se manifiesta una preocupación en algunos sectores de la sociedad oaxaqueña sobre la amenaza que representaba la modernización de la arquitectura. En este contexto surge la Ley Federal de monumentos de 1972, que frenó en alguna medida el proceso de expansión de una arquitectura no 'tradicional'. Asimismo, en esa década de los setenta, se realizó en la ciudad de Oaxaca un amplio proyecto de intervención por parte del gobierno federal, en el cual se dotó a varias plazas públicas de equipamiento urbano y pavimentos de cantera (Jiménez, 2008): en 1970 se construye el auditorio de la Guelaguetza, en 1972 se inaugura el museo regional de San Domingo, y finalmente, el 19 de marzo de 1976 (DOF, 1976) se decreta al centro histórico de Oaxaca como Zona de Monumentos Históricos bajo protección de la federación, siendo el primer conjunto urbano que se protegió con base en la Ley Federal de Monumentos de 1972 (Ortiz, 1992).

Iniciada la década de los ochenta, la ciudad de Oaxaca ya está por completo articulada a la patrimonialización global. Hacia el inicio de la gestión del gobernador Vázquez Colmenares (1980-1985), se peatonalizan algunas de las vías del primer cuadro, y se convierte a la calle de Macedonio Alcalá el eje vertebrador

del consumo del espacio oaxaqueño: el andador turístico, reconocido e identificado plenamente en el imaginario popular de cualquier visitante o residente de la ciudad. Para 1987, la ciudad se colgó la medalla más preciada a la que un entorno urbano pueda aspirar: la ciudad fue reconocida con el título de Ciudad Patrimonio de la Humanidad, otorgado por la UNESCO (López, 2007:131).

Esta declaratoria fue de particular importancia para la ciudad, ya que contribuyó a la promoción turística del centro histórico, con lo que se reforzó una tendencia que hasta entonces se fundamentaba en lo primordial en el atractivo arqueológico de Monte Albán y en la celebración anual de la Guelaguetza, 'máxima tradición de la ciudad'. De tal forma, se va articulado todo una serie de prácticas y discursos que ofertan a la ciudad de Oaxaca como una ciudad de origen colonial y de tradiciones, aun cuando la mayor parte de los edificios de la ciudad sean de tipo moderno afrancesado (Jiménez, 1993).

Por otro lado, un nuevo modelo de producción del patrimonio urbano se inició en la década de 1990, en el cual han sido actores políticos y económicos: el conjunto del sector público, a través de sus especialistas en la historia y la cultura (INAH, INBA); personajes de la sociedad civil 'ilustrada'; y la iniciativa privada, principalmente a través de fundaciones. El caso insigne de este modelo, por sus dimensiones y porque implicó la colaboración de estos tres sectores por primera vez en la ciudad de Oaxaca, es el proyecto de intervención en el ex convento de Santo Domingo, el cual inició en 1994 y concluyó cuatro años más tarde (López, 2007:135).

La labor de Francisco Toledo como gestor cultural, se diferencia de las dinámicas de patrimonialización dirigidas exclusivamente al sector turístico, en que ha privilegiado el desarrollo y el enriquecimiento cultural de los habitantes de la ciudad: a comienzos de los noventa, Toledo donó su casa ubicada en la calle de Macedonio Alcalá, justo frente a Santo Domingo, con el objetivo de alojar en ella al Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca (IAGO), el cual es una biblioteca que contiene una de las colecciones más importantes a nivel nacional en materia de artes gráficas e historia del arte. También destacan, como iniciativas promovidas por el pintor, el Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca (MACO), y el Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo. Para estos espacios, aparte de ser importantes promotores del arte, su particularidad e importancia radica en que rompen con la estructura rígida de los centros educativos y culturales gestionados por el Estado, ofreciendo a los usuarios un espacio más abierto y libre (Jiménez, 2008).

Finalmente una acción que no puede omitirse, es la defensa del zócalo de la ciudad en el 2002 encabezada por el pintor junto con el Patronato de Defensa y Conservación del Patrimonio Cultural y Natural del Estado de Oaxaca (Pro-

Oax), frente a los intentos de instalar una franquicia del restaurante de comida rápida McDonald's en pleno corazón de la ciudad, lo cual desencadenó una serie de acciones y encuentros entre la sociedad oaxaqueña en pro de la defensa de sus espacios públicos y patrimoniales. Estos ejercicios decantaron en la firma del documento conocido como Carta Oaxaca (López, 2007:143).

Otro actor patrimonial de suma importancia para la ciudad de Oaxaca es la Fundación Harp, propiedad del magnate Alfredo Harp Helú. En los últimos veinte años, esta fundación ha intervenido en las restauraciones y refuncionalizaciones arquitectónicas más importantes que se han llevado a cabo en el centro histórico. Los proyectos realizados han constituido una red de espacios culturales, educativos y recreativos, que con el paso del tiempo se han ido arraigando en la percepción que tienen cierto sector de los oaxaqueños sobre su ciudad. Los principales usuarios de estas obras, son los jóvenes que acuden al Centro Cultural San Pablo (sede también de las oficinas de la fundación), a la Casa de la Ciudad, o a la Biblioteca Henestrosa, por mencionar algunos.

Pero todo el patrimonio urbano no sería nada sin aquellas personas que son las que finalmente lo significan y utilizan, los que le dan vida y hacen de él un espacio para la convivencia, la habitabilidad, el encuentro y el disfrute. La ciudad de Oaxaca no solo es importante por todas las capas de historicidad que acumula en un espacio como el centro, lo es también por toda la riqueza cultural que día con día se manifiesta en sus calles, plazas, jardines, casas, talleres, mercados, mezcalerías, iglesias, museos, cafeterías, galerías populares, casonas y comercios. En todos estos espacios se puede vivir y apreciar la 'oaxaqueñidad' en su máximo esplendor, ya sea degustando los particulares sabores del mezcal y los chapulines, o bien apreciando formas, colores y texturas en alguna obra de barro negro o de la gráfica oaxaqueña, producto de alguno de tantos artistas que concentra esta ciudad.

A lo largo del calendario cívico se han institucionalizado festividades que muestran el gran colorido de las culturas oaxaqueñas. Tradiciones barrocas, revestidas por la región y la nación desde el siglo XIX, se despliegan sobre el espacio urbano en un conjunto de fiestas y representaciones de aquellos mitos fundacionales que le otorgan identidad y cuerpo a una sociedad. Muestra del sincretismo cultural, se pueden apreciar importantes representaciones en la Semana Santa, la Guelaguetza, Día de Muertos, o las festividades decembrinas. Pero también están presentes las artes y su exposición en el espacio público. Conciertos, poesía, representaciones teatrales al aire libre, hacen de Oaxaca una de las ciudades con mayor vida cultural en el país.

Todo este escenario no puede obviar contradicciones que están presentes entorno a la producción de la ciudad de Oaxaca como una ciudad patrimonial. La principal de ellas es la que tiene que ver con la supremacía de los intereses económicos representados por la industria turística, frente a los intereses de los habitantes del centro histórico y de la ciudad en su conjunto. Esta tensión ha ocasionado que se promueva la intervención sobre el espacio de una manera que no siempre atiende a los principios básicos de funcionalidad y sencillez del urbanismo y la arquitectura, o que se haga una restauración de monumentos a una forma 'original' que es desconocida muchas veces por el restaurador. Producto de ello, es también que el espacio se convierta en un pastiche, en un escenario de la cultura pop global que puede ser consumido por cualquier visitante que se acerque a apreciarlo y no a usarlo (Jiménez, 2008:52-53).

Las perspectivas a futuro deben tomar en cuenta que lo patrimonial es un proceso vivo y que el centro mismo de la ciudad no puede constituirse en torno a una percepción del espacio que privilegie lo construido por encima de la gente. Afortunadamente en la ciudad de Oaxaca hay muestras de que muchas personas entienden esta situación y hacen de ella una herramienta para promover la preservación de su cultura y sus espacios patrimoniales. Las fiestas cívicas y religiosas son muy concurridas en todo momento, dando fe de la vitalidad de las prácticas culturales. Plazas y jardines se llenan de gente que acude a tomar un helado, jugar con los niños o simplemente pasar el tiempo. Las personas viven y habitan el centro y su cotidianidad está dada por el trabajo, la escuela, el deporte, el esparcimiento o por ir al mercado. Mientras este proceso continué vivo, mientras la ciudad sea habitada y no únicamente observada, el patrimonio podrá seguir manteniéndose como fuente de identidad y arraigo para los oaxaqueños.

Conclusiones

El giro espacial y el giro cultural de los años setenta del siglo pasado han permitido uno de los mayores y más enriquecedores diálogos entre las distintas ciencias sociales, a tal grado que muchas veces, las barreras que las definían y separaban se han ido desdibujando. La geografía se nutrió de nuevos conceptos y metodologías que, manteniendo su enfoque espacial, le permitieron acercarse a nuevas realidades. Espacio y cultura se engarzan para constituirse como uno de los temas de vanguardia en la geografía al abordar la tensión existente entre un proceso homogeneizador de la vida social impuesto de manera vertical, y una serie de re-

sistencias y proyectos alternativos que lo que buscan precisamente es reivindicar la particularidad, la diferencia y la diversidad.

Esta perspectiva, junto con el replanteamiento de la historia oficial, permite pensar de una manera diferente a un lugar específico, y en este caso, a la ciudad de Oaxaca como objeto de investigación. En primer lugar se debe destacar el hecho de que la historia oficial borra de la memoria que la ciudad de Oaxaca ya existía con atributos de un urbanismo y arquitectura desarrollados con anterioridad a la fundación de la villa española. En segundo lugar se debe reconocer el hecho de que la ciudad ha estado articulada a lo largo de su historia, al proceso de mundialización occidental que inició en el siglo XVI y que se fue intensificando a diversos ritmos, hasta llegar a su grado máximo en la actualidad. En tercer lugar, al seguir este proceso y la manera en que la ciudad se articula a él, se muestra que es finalmente, con base en los atributos históricos y culturales del casco antiguo, como Oaxaca se convierte en una ciudad global. Ciudad global no por su importancia económica o política, sino en lo que los dadores de sentido constituyen como una Ciudad Patrimonio de la Humanidad.

Esta situación hace que Oaxaca esté en el imaginario y en la lista de intereses de muchos actores, lo cual genera un conflicto y una disputa por el espacio. En esta disputa distintos proyectos de ciudad se ponen en juego ante lo cual, resulta indispensable buscar los mecanismos que puedan generar los consensos necesarios enfocados en permitir la reproducción de las relaciones sociales más que la reproducción de las relaciones mercantiles. La ciudad ante todo debe ser para sus ciudadanos y no para los visitantes y turistas, lo cual no implica la imposibilidad de pensar en una alternativa que conjunte preservación del patrimonio urbano y desarrollo económico sustentable. El punto medular es que esto se dé mediante un ejercicio democrático y no mediante la imposición autoritaria como acostumbran los gobernantes oaxaqueños. Este ejercicio democrático sobre pensar el espacio y pensar la ciudad puede remitir a los oaxaqueños a entender a estas reflexiones como producto de sus aspiraciones y deseos, y por lo tanto, se hace factible que se vislumbren en ellos (en espacio y ciudad), y que vislumbren también la 'cultura' que como sociedad se quieren dar.

Conclusiones

Gustavo G. Garza Merodio
Instituto de Geografía
Universidasd Nacional Autónoma de México

Gabriela Dalla Corte Caballero
Universitat de Barcelona

Para concluir, pensamos indispensable el resaltar las principales inquietudes que llevaron al planteamiento de esta obra colectiva y las formas en que aportamos algunos granos de arena, para despejar dudas sobre el curso actual y futuro de la conjunción del conocimiento geográfico y el histórico en Iberoamérica. Para ello, entendemos que dos cuestiones resultan fundamentales: *a)* asumir la primacía de la interdisciplina como vehículo de integración entre la ciencia y el devenir de las sociedades, así como su papel fundamental en la construcción de la crítica sobre la 'ciencia occidental' y de la de teoría social desde Iberoamérica; *b)* la necesaria síntesis del quehacer de la geografía en la historia y de la historia en la geografía, labor en la que reconocemos, como en cualquier otro análisis epistemológico, que es indispensable definir las características que una comunidad científica guarda ante la verticalidad económica, tecnológica y del conocimiento que siempre ha caracterizado al sistema mundo, conocimiento científico que a escala global se fundamenta bajo parámetros eurocentristas. Para lograr la síntesis de lo que la geografía ha sido a la historia y la historia a la geografía, propusimos concentrarnos en tres países: Argentina, Brasil y México, como las comunidades científicas más consolidadas en Iberoamérica, sin olvidar los aportes historiográficos desde el Perú.

Entre las temáticas en las que la conjunción de la geografía y la historia pueden brindar importantes elementos en la construcción de teoría social desde Iberoamérica, destaca el estudio del surgimiento y consolidación del Estado-nación iberoamericano, el cual se caracterizó en sus discursos tanto políticos como identitarios, por contener una fuerte carga territorial, ante la ausencia de un pasado común y reconocible a las élites (cuyo pensamiento era barroco con pinceladas

de reformismo borbónico) que dirigieron los destinos de quienes habitaban Iberoamérica entre principios y mediados del siglo XIX.

Un renovado tratamiento de estos procesos político-territoriales desde preceptos que dan prioridad al análisis del discurso, las representaciones culturales y al reconocimiento de actores económicos y políticos en diversas escalas, permiten replantear lo que se ha aportado a la fecha en el entendimiento del Estado-nación iberoamericano como ente político-territorial. En el análisis de escalas, no se debe olvidar la propuesta de Robert Moraes, que propugna por una escala nacional para analizar los discursos que justifican al Estado-nación y las consecuencias de su accionar en el territorio, al entenderse éste como formación histórica específica en la que se incorporan procesos económicos, políticos y culturales, propuesta inclusiva que confronta la mayor parte de los estudios regionales, que a la fecha la conciben y aíslan desde un único campo del conocimiento.

En este vincular la geografía y la historia, se debe reconocer la generalizada debilidad de la geografía en lo teórico, limitantes conceptuales que han sido particularmente virulentos con la geografía histórica, la cual abandonó principios ambientales a mediados del siglo XX para dar prioridad a visiones posibilistas y regionalistas, volviendo a incluir discursos sobre lo biofísico hasta casi el inicio del siglo XXI. Tal ausencia dio lugar durante el ocaso de la ciencia positivista y posibilista al surgimiento y consolidación de la historia ambiental, ya que la geografía en general, al igual que la mayor parte del quehacer científico, en poco consideraban la problemática ambiental desde una perspectiva temporal, nicho teórico, que no echó mano de propuestas anteriores desde la geografía histórica, la cual tenía referentes al respecto al menos desde los aportes de Carl Sauer. Por parte de la historiografía, creemos que el reto primordial es lograr una historia regional de fuerte carga geográfica y multiescalar, así como multitemporal, que no estudie periodos aislados, sino rompimientos y continuidades en el espacio. Asimismo, no podemos dejar de mencionar el papel que puede jugar el paisaje a partir del giro cultural, como herramienta de integración entre la geografía y la historia, posibilidad teórico-metodológica que propone integrar al enfoque prepositivista con visiones contemporáneas que propugnan, desde diversas disciplinas, por la integración de sociedad y medio, idea sobre paisaje que Federico Fernández sintetizó en esta obra al hablarnos sobre las antiguas lecturas del paisaje como texto y cómo estos preceptos han sido parte del quehacer geográfico, con excepción de las épocas de predominio del pensamiento positivista y cuantitativista. Para nosotros, el paisaje en su dimensión histórica es una fuente primaria de información, repositorio de acciones humanas conjugadas con la natura: en la práctica, geógrafos e historiadores deben leer el paisaje haciéndose presentes

en él, introduciéndose en sus lugares e interactuando con sus habitantes, asimilando que cada comunidad entiende su espacio de manera diferente.

En esta renovada y amplia acepción contemporánea sobre paisaje, para Iberoamérica, es primordial ahondar en la aprehensión, categorización y ordenamiento que de lo 'americano' han hecho europeos y norteamericanos, así, como desmenuzar en el paisaje los elementos plenamente europeos de los indígenas, campesinos y espacios en resistencia al sistema mundo. En esta lectura, debe destacarse el papel que jugaron Mesoamérica y los Andes desde México-Tenochtitlan y el Cuzco, y cómo éstas fueron 'capitales de occidente' y modelos en la ocupación urbano-territorial de buena parte de Hispanoamérica. De ello dieron cuenta desde dos vertientes: Raquel Urroz, a través del análisis del discurso que se puede plasmar en el material cartográfico, y Gustavo Garza desde las formas de transformación del paisaje y posibilidades de organización del territorio.

Por último, no podemos dejar de destacar la perspectiva de la evolución urbano-territorial iberoamericana que incluye el análisis de los denominados 'pueblos de indios' y de espacios en resistencia indígenas o campesinos, discurso que en el estudio patrimonial de la urbe permite reconocer actores sociales y económicos que han sido ignorados por las visiones en patrimonio que se han basado en la exclusiva preservación de monumentos, sin buscar la inclusión de la urbe histórica en su conjunto. El paisaje y el territorio en el estudio del patrimonio urbano incluyen no solo habitantes pretéritos, sino también a los contemporáneos; en ello cabe tomar en cuenta el análisis de Omar Peral, en el último capítulo de este trabajo sobre la ciudad de Oaxaca, en el que distingue dos vertientes en las formas colectivas de recreación: *a)* unas ocultas y autónomas con respecto a las visiones predominantes y comerciales; *b)* otras que aún conducidas bajo la lógica de las relaciones dominantes, lo hacen enfatizando la reproducción de la vida social, de la cultura, del goce y de lo colectivo desde la escala local. Al ponderar prácticas y símbolos locales y diferencias las diversas instituciones, individuos o colectivos que han forjado la imagen patrimonial de una urbe, se puede lograr un entorno afable con los locales, que a su vez lo compartirán con los turistas, limitando así las visiones mercantilistas sobre patrimonio.

Bibliografía

Acosta, J. de (1987), *Historia natural y moral de las Indias*, Historia 16, Madrid.

Aguilar, M. A., A. Sevilla y A. Vergara (2001), *La ciudad desde sus lugares*, UAM/Porrúa/Conaculta, México.

Aguirre Rojas, C. A. (1996), *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, Montesinos, Barcelona.

Aguirre Rojas, C. A. (2001), "La corriente de los *Annales* y su contribución al desarrollo de la historia económica en Francia", *Aportes-Revista de la Facultad de Economía,* año VI, núm. 17, Puebla, pp. 11-36.

Alconini, S. (2008), "Dis-embedded centers and architecture of power in the fringes of the Inka empire: New perspectives on territorial and hegemonic strategies of domination", *Journal of Anthropological Archaeology*, no. 27, Maryland Heights, pp. 63-81.

Álvarez, S. (2010), "De reinos lejanos y tributarios infieles. El indio de Nueva Vizcaya en el siglo XVI", en Guidicelli, C. (ed.), *Fronteras Movedizas. Clasificaciones coloniales y dinámicas socioculturales en las fronteras americanas*, El Colegio de Michoacán/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Ambassade de France au Mexique, México, pp. 185-224.

Archivo General de la Nación (AGN), *Historia* vol. 522.

Arrioja, L. y C. Sánchez (2007), "Antequera en el siglo XVIII. Espacio urbano, demografía, economía y vida social", en Van Doesburg, S. (coord.), *475 años de la fundación de Oaxaca* (tomo I), H. Ayuntamiento de la Ciudad de Oaxaca-Fundación Alfredo Harp Helú, Oaxaca, pp. 111-153.

Armillas, P. (1991), "Programa de historia de la América indígena. Segunda parte. América postcolombina", en Rabiela, T. (ed.), *Pedro Armillas: Vida y Obra*, CIESAS-INAH, México, pp. 9-98.

Asselbergs, F. (2009), "Lienzo de Quauhquechollan: crónica pictográfica nahua sobre la conquista española de Guatemala", en Cabezas, H. (ed.), *Crónicas Mesoamericanas*, tomo II, Universidad Mesoamericana, Guatemala, pp. 163-182.

Bandieri, S. (2005), *Historia de la Patagonia*, Sudamericana, Buenos Aires.

Bandieri, S., G. Blanco y G. Varela (2006), *Hecho en Patagonia. La Historia en perspectiva regional*, Educo, Neuquén.

Baker, A. (2003), *Geography and History: bridging the divide*, Cambridge University Press, Cambridge.

Ballart, J. y J. Juan, (2008), *Gestión del patrimonio cultural*, Ariel, Barcelona.

Barbosa, M. (2001), *Huaxyácac la guarnición inmortal. Los ciclos urbanos en la historia de la ciudad de Oaxaca*, DUCERE, México.

Barguet, A. (1985), "Préface", en Barguet, A. (ed.), *Hérodote. L'Enquête, Livres I à IV*, Folio, Paris, pp. 7-33.

Barnett, C. (2004), "A critique of the cultural turn", en Duncan, J., N. Johnson y R. Schein, *A companion to cultural geography*, Blackwell, London, pp. 38-48.

Baschet, J. (2009), *La civilización feudal. Europa del año mil a la colonización de América*, Fondo de Cultura Económica, México.

Bassols Batalla, Á. (1983), *México, Formación de Regiones Económicas –Influencias, Factores, Sistemas–*, Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM, México.

Bernard, C. y S. Gruzinski (1999), *Historia del Nuevo Mundo*, tomo II, Fondo de Cultura Económica, México.

Betancourt, A. (2001), *Historia, ciudad e ideas. La obra de José Luis Romero*, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México.

Boccara, G. (2010), "Antropología política en los márgenes del Nuevo Mundo. Categorías coloniales, tipologías antropológicas y producción de la diferencia", en Guidicelli, C. (ed.), *Fronteras Movedizas. Clasificaciones coloniales y dinámicas socioculturales en las fronteras americanas*, El Colegio de Michoacán/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Ambassade de France au Mexique, México, pp. 103-129.

Bonnemaison, J. (2000), *La géographie culturelle*, Editions du CTHS, Paris.

Bovet, F. (1835), *L'histoire des derniers Pharaons et des premiers rois de Perse selon Hérodote tirée des Livres Prophetiques et du livre d'Esther*, vol. 2., Seguin Aine, Imprimeur-libraire-éditeur, Avignon.

Bragoni, B. (2009), "La cultura política plebeya en Cuyo en tiempos de Revolución. Aportes para una historia de las ideas", en Muñoz, M. y P. Vermeren, *Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia –Homenaje al filósofo Arturo A. Roig*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, pp. 197-203.

Braniff, B. (2001), "La Gran Chihimeca", *Arqueología Mexicana*, vol. IX, núm. 51, México, pp. 40-45.

Braudel, F. (1984), *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, tomos I, II y III, Alianza Editorial, Madrid.

Braudel, F. (1997), *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México.

Brotherston, G. (1997), *La América Indígena en su literatura: Los libros del cuarto mundo*, Fondo de Cultura Económia, México.

Brotton, J. (2012), *A History of the World in Twelve Maps*, Allen Lane, London.

Brunet, R., R. Ferras et H. Théry (1992), *Les mots de la géographie. Dictionnaire critique*, Reclus-La Documentation Française, Paris.

Butzer, K. W. (1976), *Early Hydraulic Civilization in Egypt: A Study in Cultural Ecology*, University of Chicago Press, Chicago.

Caillavet, C. (2010), "El proceso colonial de invención de las fronteras: tiempo, espacio, culturas", en Guidicelli, C. (ed.), *Fronteras Movedizas. Clasificaciones coloniales y dinámicas socioculturales en las fronteras americanas*, El Colegio de Michoacán/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Ambassade de France au Mexique, México, pp. 59-78.

Canziani, J. (2010), "Paisajes culturales y desarrollo territorial en los Andes centrales", en Aguiló, M. y S. González, *La construcción del paisaje americano II*, Cuadernos del Colegio Libre de Eméritos, Madrid, pp. 23-56.

Castro, H. y P. Suzman (2009), "Naturaleza y Cultura: ¿dualismo o hibridación? Una exploración por los estudios sobre riesgo y paisaje desde la Geografía", *Investigaciones Geográficas, Boletín*, núm. 70, Instituto de Geografía, UNAM, México, pp. 135-153.

Carrasco, P. (1996), *Estructura político-territorial del imperio mexica*, El Colegio de México, México.

Caviedes, C. (2005), "Tradiciones Geográficas Modernas en los países de América del Sur", en Kent, R., V. Ortells y J. Soriano (eds.), *Bridging cultural geographies: Europe and Latin America*, Universitat Jaume I, Castelló de la Plana, pp. 35-58.

Certeau de, M. (2010), *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, México.

Cicalese, G. (2012), "Notas sobre los relatos del pasado de la Geografía argentina en el último cuarto del siglo XX", en Cecchetto, G. y P. Zusman (comps.), *La Institucionalización de la Geografía en Córdoba*, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 19-53.

Cieza de León, P. (s/a), "La Crónica del Perú", en Le Riverend, J. (revisión y anotaciones), *Crónicas de la Conquista del Perú*, Ed. Nueva España, México, s/a, pp. 127- 497.

Chance, J. (1978), *Razas y clases de la Oaxaca colonial*, Instituto Nacional Indigenista, México.

Claval, P. (2001a), "Champ et perspectives de la géographie culturelle dix ans aprés", *Géographie et Cultures,* no. 40, Paris, pp. 5-28.

Claval, P. (2001b), "Cultures et civilisation. Un essai d'interprétation géographique", *Géographie et Cultures*, no. 40, Paris, pp. 29-51.

Claval, P. (2012), *De la terre aux hommes. La géographie comme vision du monde*, Armand Colin, Paris.

Collingwood, R. G. (1956), *The idea of history*, Oxford University Press, New York.

Colón, C. (1982), *Relaciones de viajes, cartas y memoriales*, Editorial Alianza, México.

Connaughton, B. (1999), "Fronteras Nuevas y Fronteras Viejas en la Historiografía Colonial", en Sosa, I. y B. Connaughton (coords.), *Historiografía Latinoamericana Contemporánea*, UNAM, México, pp. 55-71.

Corominas, J. (1983), *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid.

Cortés, H. (2010), *Cartas de Relación*, Porrúa, México.

Cosgrove, D. (1983), "Towards a Radical Cultural Geography: Problems of Theory", *Antipode*, no. 15, Malden, pp. 1-11.

Cosgrove, D. (1984), *Social formation and Symbolic Landscape*, Croom Helm, London.

Cosgrove, D. (2002), "Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista", *Boletín de la A.G.E.*, Madrid, pp. 63-89.

Cramaussel, C. (2000), "De cómo los españoles clasificaban a los indios. Naciones y encomiendas en la Nueva Vizcaya", en Aret Hers, M. (ed.), *Sedentarios y Nómadas en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, UNAM/IIH-IIE-IIA, México, pp. 275- 303.

Cramaussel, C. (2010), "Consideraciones sobre el papel de los gentiles en la Nueva Vizcaya del siglo XVI", en Guidicelli, C. (ed.), *Fronteras Movedizas. Clasificaciones coloniales y dinámicas socioculturales en las fronteras americanas*, El Colegio de Michoacán/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Ambassade de France au Mexique, México, pp. 173-182.

Crosby, A. (1991), *El intercambio transoceánico –consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492–*, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México.

Cummins, T. and J. Rappaport (1998), "The Reconfiguration of Civic and Sacred Space: Architecture, Image, and Writing in the Colonial Northern Andes", *Latin American Literary Review*, vol. 26, no. 52, Pittsburgh, pp. 174-200.

Darwin, C. R. (1945), *El origen del hombre. Selección natural y sexual*, Sociedad Editora Latino Americana, Buenos Aires.

Deffontaines, P. (1948), *Géographie et religions*, Gallimard, Paris.

DeMarrais, E. (2013), "Colonización interna, cultura material y poder en el Imperio Inca", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXVIII (2), Buenos Aires, pp. 351-376.

Díaz del Castillo, B. (1986), *Historia de la conquista de Nueva España*, Porrúa, México.

DOF (19 de marzo de 1976), *Diario Oficial de la Federación*, tomo CCCXXXV, no. 15.

Duhau, E. (1988), *Mercado interno y urbanización en el México colonial*, Gernika-Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México.

Duncan, J. (1990), *The city as a text: the politics of landscape interpretation in the kandyan kingdom*, Cambridge University Press, Cambridge.

Duncan, J. and N. Duncan (1996), *Reconceptualizing the idea of culture in geography: a reply to Don Mitchel*, *Transactions of the Institute of British Geographers*, vol. 21,
no. 3, London, pp. 576-579.

Durston, A. (1994), "Un régimen urbanístico en la América Hispana colonial: el trazado de damero durante los siglos XVI y XVII", *Historia*, núm. 28, Santiago de Chile, pp. 59-115.

Durston, A. y J. Hidalgo (1999), "La presencia andina en los valles de Arica, siglos XVI-XVIII: casos de regeneración colonial de estructuras archipielágica", *Chungara*, vol. 29, núm. 2, Universidad de Tarapacá, Arica.

Duviols, J. P. (2000), "Percepciones e imágenes del mundo americano a través de los primeros testimonios", en Pease, F. (dir.) y F. Moya Pons (coord.), *Historia General de América Latina II. El primer contacto y la formación de nuevas sociedades*, UNESCO/ Ed. Trotta, Madrid, pp. 488-504.

Eriksen, T. H. (2001), *Small Places, Large Issues. An introduction to Social and Cultural Anthropology*, Pluto Press, London.

Ester (1988) [s.f.], "Libro de Ester" en *Biblia de Jerusalén*, Porrúa, México, pp. 565-576.

Fernández, F. y A. García (2006), "Introducción" en Fernández, F. y A. García, *Territorialidad y paisaje en altepetl del siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica, México.

Fernández, F., G. Garza, G. Wiener y L. Vázquez (2006), "El *altepetl* de Metztitlán y su señorío colonial temprano", en Fernández, F. y A. García, *Territorialidad y paisaje en altepetl del siglo XVI,* Fondo de Cultura Económica, México, pp. 479-525.

Fernández, F. y P. Urquijo (2006), "Los espacios del pueblo de indios tras el proceso de congregación", *Investigaciones Geográficas, Boletín*, núm. 60, Instituto de Geografía, UNAM, México, pp. 145-158.

Ferras, R. (1992), "Niveaux géographiques, échelles spatiales", en Bailly, A., R. Ferras et D. Pumain (eds.), *Encyclopédie de Géographie*, Economica, Paris, pp. 403-421.

Foote, K. E., P. J. Hugill and K. Mathewson (1994), *Re-reading Cultural Geography*, University of Texas Press, Austin.

Forbath, P. (2002), *El río Congo. Descubrimiento, exploración y explotación del río más dramático de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México.

García Español, A. (2002), "Aculturación y Comunicación en Hispanoamérica", *Cuadernos del CEMyR-Universidad de La Laguna* núm. 10, La Laguna, pp. 123-146.

Guelke, L. (1982), *Historical understanding in Geography*, Cambridge University Press, Cambridge.

Fernández Christlieb, F. (2006), "Geografía Cultural"; en Hiernaux, D. y A. Lindón (dirs.), *Tratado de Geografía Humana*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa-Anthropos, Barcelona, pp. 220-253.

Fernández Christlieb, F. y A. García Zambrano (coords.; 2006), *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica, Instituto de Geografía, UNAM México.

Fernández Christlieb, F. (2011), "Paradero 2010: la geografía universitaria en México setenta años después"; en Bocco, G., P. Urquijo y A. Vieyra (coords.), *Geografía y Ambiente en América Latina*, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental-UNAM, Instituto Nacional de Ecología-SEMARNAT, Morrlia, México, pp. 100.

Fernández de Oviedo, G. (1986), *Sumario de la natural historia de las Indias*, Editorial Historia 16, Madrid.

Fernández, S. (comp.; 2007), *Más allá del territorio. La historia regional y local como problema*, Prohistoria Ediciones, Rosario.

Fernández, S. y G. Dalla Corte (comps.; 2000), *Lugares para la Historia. Espacio, historia regional e historia local en los estudios contemporáneos*, Universidad Nacional de Rosario Editora, Rosario.

Francisco, J. (1999), "Tres momentos en la expansión de la capital de Oaxaca en el siglo XX", *Cuadernos del Sur, Revista de ciencias sociales*, año 5, núm. 14, INAH-IISUABJO-CIESAS, Oaxaca, pp. 55-79.

García Martínez, B. (2006), "La conformación del espacio novohispano", *Arqueología Mexicana* vol. XIV, núm. 81, México, pp. 60-65.

García Martínez, B. (2010), "Los años de la Conquista", en *Nueva historia general de México*, El Colegio de México, México, pp. 169-215.

García Miranda, J. J. (1998), "Los santuarios de los Andes Centrales", en Millones, L., H. Tomoeda y F. Tatsuhiko, *Historia, religión y ritual de los pueblos ayacuchanos*, National Museum of Ethnology, pp. 51-85.

Garza Merodio, G. G. (2000), *Evolución en el paisaje de la cuenca de México durante la dominación española*, Tesis Doctoral, Universitat de Barcelona, Barcelona.

Garza Merodio, G. G. (2006), "Technological Innovation and the expansion of Mexico City", *Journal of Latin American Geography* vol. 5, no. 2, pp. 109-126.

Garza Merodio, G. G. (2009), "Historia de una acentuada desarticulación territorial: el estado de Guerrero", *Investigaciones Geográficas, Boletín*, núm. 68, Instituto de Geografía, UNAM, México, pp. 116-130.

Garza Merodio, G. G. (2012), *Geografía Histórica y Medio Ambiente*, Temas Selectos de Geografía de México (I.1.9), Instituto de Geografía, UNAM, México.

Garza Merodio, G. G. (2014), "La celebración en México: una aproximación desde la geografía y la historiografía contemporánea", *Temas Americanistas*, núm. 32, Sevilla, pp. 7-21.

Garza Merodio, G. G., C. Jiménez y R. Tovar (2007), "Mapa político-territorial de Mesoamérica hacia 1520", escalas: 1:4 000 000 y 1:1 100 000, en Coll-Hurtado, A. (coord.), *Nuevo Atlas Nacional de México-Sección de Historia*, Instituto de Geografía-UNAM, México.

Garcilaso de la Vega, I. (1944), *Historia general del Perú*, Emecé Editores, Buenos Aires.

Gasca Zamora, J. (2009), *Geografía regional. La región, la regionalización y el desarrollo regional en México*, Temas Selectos de Geografía de México (I.10.1), Instituto de Geografía, UNAM, México.

Gascón, M. (2011), *Periferias Imperiales y Fronteras Coloniales en Hispanoamérica*, Editorial Dunken, Buenos Aires.

Gerbi, A. (1992), *La naturaleza de la Indias Nuevas*, Fondo de Cultura Económica, México.

Gibson, C. (1990), "Las sociedades indias bajo el dominio español", en Bethell L. (ed.), *Historia de América Latina* tomo 1, Editorial Crítica, Barcelona, pp. 157-188.

Gibson, C. (2007), *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, Editorial Siglo XXI, México.

Giménez, G. (2006), "El debate contemporáneo en torno al concepto de etnicidad", *Cultura y representaciones sociales*, núm. 1, México, pp. 129-144.

Ginzburg, C. (1989), *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia*, Gedisa, Barcelona.

Gómez Mendoza, J. (2007), "Geografía e Historia: encuentros y desencuentros en Francia y en España a lo largo del siglo XX", en Anselem, A. y R. Santaella, *Historia, Historiografía y ciencias sociales*, Ediciones de la Universidad de Granada, Granada, pp. 101-147.

Gonçalves, C. (2001), *Geo-grafias. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, Siglo XXI, México.

Gondicas, D. et J. Boëldieu-Trévet (2005), *Lire Hérodote*, Breal, Paris.

Guelke, L. (1997), "The relations between Geography and History reconsidered", *History and Theory*, vol. 36, no. 2, Middletown, pp. 216-234.

Gramont, S. (2003), *El dios indómito. La historia del río Níger*, Fondo de Cultura Económica, México.

Gregory, D. (1982), "Action and structure in historical geography", in Baker, A. y M. Billinge (eds.), *Period and place –Research methods in Historical Geography–*, Cambridge University Press, Bath, pp. 244-250.

Guelke, L. (1982), *Historical understanding in Geography*, Cambridge University Press, Cambridge.

Guerra Vilaboy, S. (2003), "Las grandes corrientes de la historiografía latinoamericana", *Revista Clío*, núm. 166, Santo Domingo, pp. 145-182.

Hardoy, J. (1974), "El proceso de urbanización en América Latina", *La cultura en América Latina, Monografías* 2, UNESCO, La Habana.

Harvey, D. (1971), *Explanation in Geography*, Edward Arnold, London.

Harvey, D. (1998), *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu, Buenos Aires.

Harris, M. (1979), *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de las culturas*, Siglo XXI, Madrid.

Hérodote (1985) [siglo V a.C.], *L'Enquête*, Folio, Paris.

Herrera, M. (1998), "Ordenamiento espacial de los pueblos de indios: dominación y resistencia en la sociedad colonial", *Fronteras*, vol. 2, núm. 2, Bogotá, pp. 93-128.

Hiernaux, D. (2010), "La geografía hoy: giros, fragmentos y nueva unidad", en Lindón, A. y D. Hiernaux (eds.), *Los giros de la geografía humana*, Anthropos/UAM-Iztapalapa, Barcelona, pp. 43-61.

Ibarra, V. (2005), "El sistema-mundo y la nueva geografía", en Téllez, C. y P. Olivera (coords.), *Debates en la geografía contemporánea*, El Colegio de Michoacán/Embajada del Brasil en México/Facultad de Filosofía y Letras-UNAM y Universidad de Guadalajara, México, pp. 45-58.

INEGI (2015), Censos Nacionales 1910; 1921 y 1940, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México.

Ita, L. de (2012), "Piratería, costas y puertos en América colonial y la organización del espacio novohispano", en Ita, L. de Rubio (coord.), *Organización del espacio en el México colonial. Puertos, ciudades y caminos*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/CONACYT, México, pp. 163-206.

Jackson, P. (1995), *Maps of Meaning: An Introduction to Cultural Geography*, Routledge, London.

Jerez, F. de (s/a), "Conquista de Perú", en Le Riverend, J. (revisión y anotaciones), *Crónicas de la Conquista del Perú*, Ed. Nueva España, México, pp. 31-124.

Jiménez, V. (1993), "Oaxaca: conservación de una ciudad", *El Alcaraván*, Boletín, vol. IV, núm. 15, Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca, Oaxaca, pp. 4-11.

Jiménez, V. (2008), "Oaxaca: Arquitectura o escenario", *El Alcaraván*, núm. 1, Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca, Oaxaca, pp. 30-41.

Kagan, R. (1998), *Imágenes urbanas del mundo hispano. 1493-1780*, Ediciones El Viso, Madrid.

Koestler, A. (1981), *Los sonámbulos. Historia de la cambiante cosmovisión del hombre*, CONACYT, México.

Lacoste, Y. (1976), "Attention, géographe ! Pourquoi Hérodote? Crise de la géographie, géographie de la crise", *Hérodote,* no. 1, México, pp. 8-69.

Laurent, P. E. (1837), *In The Nine Books of the History of Herodotus*, Oxford, London.

Lefebvre, H. (1976), "El espacio en pedazos", en Lefebvre, H., *Tiempos equívocos*, Kairos, Barcelona, pp. 221-252.

Le Goff, J. (2013), *De la historia bíblica a la historia crítica. El tránsito de la conciencia occidental*, Fondo de Cultura Económica, México.

Lempérière, A. (1999), "La Historia Urbana de América Latina, de las Reformas Borbónicas a los Centenarios de la Independencia", en Sosa, I. y B. Connaughton (coords.), *Historiografía Latinoamericana Contemporánea*, UNAM, México, pp. 73-135.

Leoni, J. (2005), "La veneración de montañas en los Andes preincaicos: el caso de Ñawinpukyo (Ayacucho, Perú) en el período intermedio temprano", *Chungara-Revista de Antropología Chilena*, Santiago, pp. 151-164.

Lockhart, J. (1982), *El mundo hispanoperuano. 1532-1560*, Fondo de Cultura Económica, México.

Lockhart, J. (2000), "La formación de la sociedad hispanoamericana", en Pease, F. (dir.) y F. Moya Pons (coord.), *Historia General de América Latina II. El primer contacto y la formación de nuevas sociedades*, UNESCO/Ed. Trotta, Madrid, pp. 343-371.

Lopes Raimundo, S. (2004), "Bandeirantismo e identidade nacional", *Terra Brasilis* 6 | 2004, posto online no dia 05 Novembro 2012, consultado o 16 Março 2014 [http://terrabrasilis.revues.org/375].

López, D. (2007) "Oaxaca", en Van Doesburg, S. (coord.), *475 años de la fundación de Oaxaca* (tomo II), H. Ayuntamiento de la Ciudad de Oaxaca-Fundación Alfredo Harp Helú, Oaxaca, pp. 97-179.

Lowenthal, D. (1985), *The past is a foreign country*, Cambridge University Press, Cambridge.

Madrid, G. (2013), *La metrópoli de los valles centrales. Morfogénesis de la ciudad de Oaxaca*, Fundación Alfredo Harp Helú, Casa de la Ciudad, Ayuntamiento de Oaxaca de Juárez, Oaxaca.

Marcus, J. (2000), "Towards an Archaeology of Communities", en Canuto, M. A. and J. Yaeger (eds.), *In The Archaeology of Communities. A New World Perspective*, Routledge, London, pp. 231-242.

Martínez, H. (2005), "Configuración del espacio geográfico en el occidente mexicano", en Téllez, C. y P. Olivera (coords.), *Debates en la geografía contemporánea*, El Colegio de Michoacán/Embajada del Brasil en México/Facultad de Filosofía y Letras-UNAM y Universidad de Guadalajara, México, pp. 195-214.

Martínez, H. y F. Ruiz, (2007), "La ciudad de Oaxaca. De la independencia a los inicios del periodo posrevolucionario", en Van Doesburg, S. (coord.), *475 años de la fundación de Oaxaca* (Tomo II), H. Ayuntamiento de la Ciudad de Oaxaca-Fundación Alfredo Harp Helú, Oaxaca, pp. 7-93.

Melé, P. (2006), *La producción del patrimonio urbano*, Casa Chata-CIESAS, México.

Melo, C. (2002), *Áreas Naturales Protegidas de México en el siglo XX*, Instituto de Geografía-UNAM, México.

Melville, E. (1999), *Plaga de ovejas –Consecuencias ambientales de la conquista de México*, Fondo de Cultura Económica, México.

Mikesell, M. W. (1977), "Cultural geography", *Progress in Human Geography*, no. 1, Thousand Oaks, pp. 460-464.

Moraes, A. C. R. (2000), "Geografia, História e História da Geografia", *Terra Brasilis*, 2 | 2000, Online since 05 November 2012, consultado o 16 Março 2014 [http://terrabrasilis.revues.org/319].

Moraes, A. (2005), *Geografía: pequena história crítica*, Annablume, São Paulo.

Moraes, A. C. R. (2008), *Território e Historia no Brasil*, Annablume, São Paulo.

Morales Moreno, L. G. (comp.; 2005*), Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, Instituto Mora, México.

Moya Pons, F. (2000) "El Caribe, Tierra Firme, Darién y Centroamérica", en Pease, F. (dir.) y F. Moya Pons (coord.), *Historia General de América Latina II. El primer contacto y la formación de nuevas sociedades*, UNESCO/Ed. Trotta, Madrid, pp. 109-134.

Mundy, B. (2000), *The mapping of New Spain, Indigenous cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*, The University of Chicago Press, Chicago.

Murra, J. (2009), *El mundo andino. Población, medio ambiente y economía*, Fondo de Cultura Económica, Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú-IEP, Lima.

Musset, A. y C. Val (1998), "De la Nueva España a México: nacimiento de una geopolítica", *Relaciones*, núm. 75, Zamora, pp. 78-108.

Musset, A. (1999), "Lo sano y lo malsano en las ciudades españolas de América (siglos XVI-XVII)" en García Martínez, B. y A. González Jácome (comps.), *Estudios sobre historia y ambiente en América*, El Colegio de México/Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, pp. 1-22.

Nogué, J. y A. Albet (2004), "Cartografía de los cambios sociales y culturales", en Romero, J. (coord.), *Geografía Humana*, Ariel, Barcelona, pp. 159-202.

Offutt, L. (1992), "Levels of Acculturation in Northeastern New Spain: San Esteban Testaments of the Seventeenth and Eighteenth Centuries", *Estudios de Cultura Náhuatl* núm. 22, México, pp. 409-443.

O'Gorman, E. (2002), *El trauma de su historia –Ducit amor patriae–*, CONACULTA, México.

Ortiz, J. (1992), "Problemas de conservación del Centro Histórico de la ciudad de Oaxaca", *El Alcaraván*, Boletín, vol. III, núm. 11, Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca, Oaxaca, pp. 41-43.

Palacio Prieto, J. L. (2011), "La Geografía Universitaria en América Latina", en Bocco, G., P. Urquijo y A. Vieyra (coords.), *Geografía y Ambiente en América Latina*, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental-UNAM, Instituto Nacional de Ecología-SEMARNAT, Morelia, México, pp. 157-186.

Panadero, M. (2005), "Contribución de la Geografía Española al desarrollo del pensamiento y los conocimientos geográficos en Latinoamérica", en Kent, R., V. Ortells y J. Soriano (eds.), *Bridging cultural geographies: Europe and Latin America*, Universitat Jaume I, Castelló de la Plana, pp. 15-34.

Pease, F. (1993), *Perú, Hombre e Historia, entre el siglo XVI y el XVIII* tomo II, Edubanco, Lima.

Pease, F. (2010) *Las crónicas y los Andes*, Fondo de Cultura Económica, Lima.

Peral, O. (2012), *El territorio como categoría de análisis del espacio social*, tesis de Licenciatura, Colegio de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México.

Pirenne, H. (2012), *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica, México.

Porro, J. M. (2013), "Un mito geográfico de larga tradición: La perduración cartográfica de la laguna Parime", en *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, vol. XVIII, no. 1032 [http://www.ub.es/geocrit/b3w-1032.htm, Barcelona].

Raffino, R. (2006), "El capricornio Inka: la unificación política", en Gobierno de Chile, *Las rutas del Capricornio Andino. Huellas milenarias de Antofagasta, San Pedro de Atacama, Jujuy y Salta*, Santiago, pp. 69-77.

Ramírez, M. y F. Fernández (2006), "La policía de los Indios y la urbanización del *altepetl*", en Fernández, F. y A. García, *Territorialidad y paisaje en el Altepetl del siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica/Instituto de Geografía-UNAM, México, pp. 114- 167.

Ratzel, F. (1987) [1897], *La géographie politique*, Fayard, Paris.

Reboratti, C. (2011), "Geografía y Ambiente", en Bocco, G., P. Urquijo y A. Vieyra (coords.), *Geografía y Ambiente en América Latina*, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental-UNAM, Instituto Nacional de Ecología-SEMARNAT, Morelia, México, pp. 21-44.

Rivas, R. (1996), "El origen de la nación y los historiadores latinoamericanos", Cuadernos del CISH 1 (1) [http://www.fuentesdememoria.fahce.unlp.edu.ar/art-revistas/pr.2491/pr.2491.pdf].

Rivera, M. (1995), "Arica en las rutas de tráfico de Potosí: algunas consideraciones sobre la sociedad andina del siglo XVIII", *Revista Chilena de Antropología*, núm. 13, Santiago, pp. 99-136.

Rivet, P. y G. Créqui Montfort (1951), *Bibliographie des langues aymara et kicua, 1540-1875*, Université de Paris, Paris.

Rodríguez, L. (2014), "El centro histórico como concepto", *Gaceta del Instituto del Patrimonio Cultural*, Instituto del Patrimonio Cultural del Estado de Oaxaca, Oaxaca, pp. 18-25.

Romero, J. L. (2001), *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI Editores, México.

Romero, L. A. (2004), "Los textos de Geografía: un territorio para la nación", en Romero, L. A. (coord.), *La Argentina en la Escuela*, Siglo XXI Editores-Argentina, pp. 79-80.

Rubial, A. (2010), *El paraíso de los elegidos. Una lectura de la historia cultural de Nueva España (1521-1804)*, Fondo de Cultura Económica/Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México.

Rucinque, H. y A. L. Velásquez (2007), "Geografía e historia: ¿Reactivación de antiguas relaciones interdisciplinarias?, *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad,* vol. 2, núm. 2, Bogotá, pp. 127-148.

Russell, B. (1984), *A History of Western Philosophy*, Unwin, London.

Russo, A. (2007), "Caminando sobre la tierra, de nuevo desconocida, toda cambiada", *Terra Brasilis*, 7 - 8 - 9 | 2007, posto online no dia 05 Novembro 2012, consultado o 20 Fevereiro 2014 [http:// terrabrasilis.revues.org/388].

Saignes, T. (2000), "Las zonas conflictivas: fronteras iniciales de guerra", en Pease, F. (dir.) y F. Moya Pons (coord.), *Historia General de América Latina II. El primer contacto y la formación de nuevas sociedades*, UNESCO/Ed. Trotta, Madrid, pp. 367-299.

Saignes, T. (2007), *Historia del pueblo Chiriguano*, Instituto Francés de Estudios Andinos-Plural Editores, La Paz.

Sánchez, C. (2009), "Las Repúblicas en Hispanoamérica y los conflictos con la lengua materna" en Muñoz, M. y P. Vermeren, *Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia –Homenaje al filósofo Arturo A. Roig*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, pp. 29-37.

Santos, M. (1988), *Metamorfoses do Espaco Habitado -Fundamentos Teóricos e Metodológicos da Geografia-*, Editora Hucitec, São Paulo.

Santos, B. S. (2009), *Una epistemología del Sur*, Siglo *XXI* Editores, México.

Sauer, C. (1952), *Agricultural Origins and Dispersals*, George Grady Press, New York.
Sauer, C. (2008), "The Morphology of Landscape" en Oakes, T. S. y P. L. Price (eds.), *The cultural goegraphy reader*, Routledge, London, pp. 96-104.
Sempat Assadourian, C. (1989), "La despoblación indígena en Perú y Nueva España durante el siglo XVI y la formación de la Economía Colonial", *Historia Mexicana*, vol. XXXVIII, núm. 3, México, pp. 419-453.
Sheridan, C. (2002) "Diversidad nativa, territorio y fronteras en el noroeste novohispano", *Revista Desacatos*, núm. 10, México, pp. 13-29.
Sheridan Prieto, C. (2001), "Indios Madrineros, colonizadores tlaxcaltecas en el Noreste Novohispano", *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 24, México, pp. 15-51.
Sichra, I. (2003), *La vitalidad del quechua –Lengua y sociedad en dos provincias de Cochabamba–*, PROEIB-Andes/Plural Editores, La Paz.
Someda, H. (2010) "El discurso sobre el Imperio de los Incas y la idea de Roma en los cronistas", en Seki, Y. y H. Someda, *Miradas al Tahuantinsuyu*, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, pp. 29-55.
Sorabji, R. (1983), *Time, Creation and the Continuum. Theories in antiquity and the early middle ages*, Duckworth, London.
Sosa, I. y B. Connaughton (1999), "Introducción", en Sosa, I. y B. Connaughton (coords.), *Historiografía Latinoamericana Contemporánea*, UNAM, México, pp. 13-30.
Sunyer, P. (2010), "La Geografía Histórica y las nuevas tendencias en la Geografía Humana", en Lindon, A. y D. Hiernaux (dirs.), *Los giros de la Geografía Humana*, Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, Barcelona.
Taracena, A. (2008), "Propuesta de Definición Histórica para Región", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* núm, 35, México, pp. 181-204.
Thomas, H. (1994), *La Conquista de México*, Editorial Patria, México.
Thrift, N. (1977), "Time and theory in human geography"-2 parts-, *Progress in Human Geography,* no. 1, pp. 65-101 y 413-457.
Tomé Martín, P. (2012), "El desierto como categoría colonial" en Fábregas, A., A. Najera y C. González, (coords.), *Transversalidad y paisajes culturales. Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca*, El Colegio de Jalisco, Guadalajara, pp. 47-66.
Trejo, D. (2009), "La historia regional en México; reflexiones y experiencias sobre una práctica historiográfica", *História Unisinos*, vol. 13, no. 1, São Leopoldo, pp. 5-18.
Tuan, Y. F. (1977), *Space and place. The perspective of experience*, Arnold, London.
Tuathail, G. Ó., S. Dalby and P. Routledge (2006), *The geopolitics reader*, Routledge, London.
Van Doesburg, S. (coord.; 2007), *475 años de la fundación de Oaxaca* (2 tomos), H. Ayuntamiento de la Ciudad de Oaxaca-Fundación Alfredo Harp Helú, Oaxaca
Wallerstein, I. (coord.; 2006), *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, Siglo XXI-UNAM Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México.

Wallerstein, I. (2011), *The Modern World-System*, University of California Press, Berkeley.

Weigand, P. y A. Weigand (2000), "Dinámica socioeconómica de la frontera prehispánica de Mesoamérica", en Areti, M. (ed.), *Sedentarios y Nómadas en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff,* UNAM/IIH-IIE-IIA, México, pp. 113-124.

Zarate, A. de (1965), *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Zavala, S. (1961), "Los aspectos geográficos en la colonización del Nuevo Mundo", *Revista Geográfica* núm. 55, tomo XXIX, Río de Janeiro, pp. 51-137.

Zusman, P. (2000), *Tierras para el Rey. Tres fronteras y la construcción colonial del territorio del Río de la Plata (1750-1790)*, tesis doctoral, Departament de Geografia Humana- Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.

Zusman, P. (2001), "Naturaleza y tradición en los orígenes de la Geografía argentina –El proyecto disciplinario de Elina Correa Morales–, *Terra Brasilis*, 3 | 2001, posto online no dia 05 Novembro 2012, consultado o 26 Fevereiro 2014 [http://terrabrasilis.revues.org/335].

Zusman, P. (2011), "La tradición del trabajo de campo en Geografía", *Geograficando*, no. 7, La Plata, pp. 15-32.

Zusman, P. (2012), "Espacios nacionales y transnacionales en la historia disciplinar. Hacia la comprensión de la circulación de los científicos y su repercusión en el viaje de las ideas", en Cecchetto, G. y P. Zusman (comps.), *La Institucionalización de la Geografía en Córdoba*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, pp. 55-71.

Zusman, P. y G. Cecchetto (2012), "Introducción", en Cecchetto, G. y P. Zusman (comps.), *La Institucionalización de la Geografía en Córdoba*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, pp. 9-18.

Geografía e historia en Iberoamérica: síntesis de su evolución y consideraciones contemporáneas, editado por el Instituto de Geografía, se terminó de imprimir el 25 de enero de 2015, en los talleres de Impresos Herman, S.A. de C.V., San Jerónimo, no. 2259, Pueblo Nuevo Alto, Del. Magdalena Conteras, México, D.F.
El tiraje consta de 500 ejemplares impresos en offset sobre papel cultural de 90 gramos para interiores y couché de 250 gramos para los forros. Para la formación de galeras se usó la fuente tipográfica Adobe Garamond Pro, en 9.5/10, 10/12, 11.2/12.7 y 16/19 puntos.
Edición realizada a cargo de la Sección Editorial del Instituto de Geografía de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Revisión y corrección de estilo: Martha Pavón. Diseño y formación de galeras: Diana González Chávez.
Fotos de portada: .

Geografía e historia en Iberoamérica: síntesis de su evolución y consideraciones contemporáneas

Gustavo G. Garza Merodio
Gabriela Dalla Corte Caballero
(Coordinadores)

El desgastado discurso de mucha de la geografía sobre el análisis de la relación sociedad-medio y la región, se debe en buena medida a la exclusión del conocimiento historiográfico en sus análisis y discursos. Lo que implica que los geógrafos carezcan, por lo general, de sustentos filosóficos en su aproximación a la relación sociedad-medio y en la definición de la región. Siendo común en las comunidades geográficas, un escaso reconocimiento de la geografía histórica como parte fundamental de la disciplina. Con la idea de aportar posibilidades teórico-metodológicas, que promuevan el papel que la geografía histórica puede y debe tener en la integración y renovación del conocimiento geográfico, se concibió este trabajo colectivo, teniendo en cuenta que le es indispensable a la geografía histórica, esclarecer tanto el papel que en ella juega la evolución del pensamiento historiográfico, como su definición desde parcelas socioeconómicas y culturales ajenas a los centros hegemónicos de poder intelectual y tecnológico.

ISBN 978-607-02-7433-6
9 786070 274336